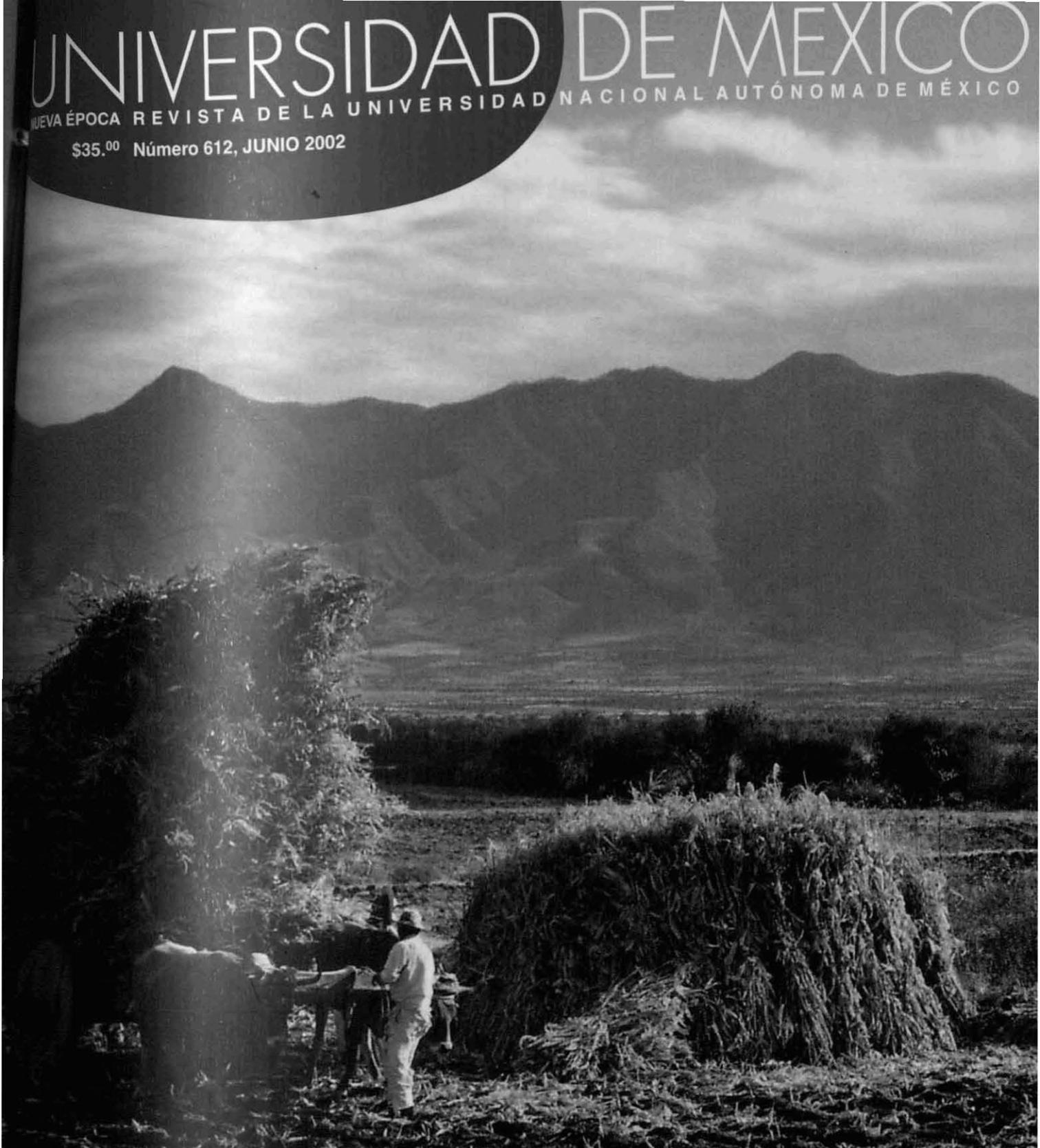


# UNIVERSIDAD DE MEXICO

REVISTA DE LA UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

\$35.00 Número 612, JUNIO 2002



ARTURO WARMAN • ARMANDO BARTRA • ANA PAULA DE TERESA • LUIS ABOITES AGUILAR  
II COLOQUIO INTERNACIONAL EL DESARROLLO RURAL EN MÉXICO EN EL SIGLO XXI  
Rodrigo Díaz Cruz • Paul Valéry: Diálogo del Arbol

## EL CAMPO MEXICANO

"...EL AZUL ES EL VERDE QUE SE ALEJA  
-VERDE COLOR QUE MI TRIGAL TENÍA-,  
AZUL DE UN VERDE PRESO EN LEJANÍA  
CON QUE TU FUGA CONSTRUYÓ SU REJA.

INMENSIDAD AZUL, DONDE MI QUEJA  
TIENDE SU MUDO VUELO DE AGONÍA,  
PARA BUSCAR EL VERDE QUE TENÍA,  
VERDE EN AZUL, ALLÍ DONDE SE ALEJA..."

Elías Nandino

**RACISMO Y  
DISCRIMINACIÓN  
DE GÉNERO  
VERSUS  
LA CONSTRUCCIÓN DE  
LA CIUDADANÍA INDÍGENA:  
MÉXICO  
(1920-2001)<sup>1</sup>**



**Olivia Gall\***

**1** Discurso pronunciado en el xxiii Simposio sobre Etnicidad, Ciudadanía y Violencia, en el Congreso Internacional de Estudios sobre América Latina, Washington D.C., 6 al 8 de septiembre, 2001.

**\*** Olivia Gall tiene un doctorado en Ciencia Política por el Instituto de Estudios Políticos de la Universidad de Grenoble, Francia. Actualmente es investigadora del Programa de Investigación Multidisciplinaria sobre Mesoamérica y el Sureste (Proimmse) de la UNAM, con sede en San Cristóbal de las Casas, Chiapas, y que dirigió de 1998 a 2000. Hoy en día, el Proimmse está adscrito al Instituto de Investigaciones Antropológicas de la UNAM.

SEPARATA DE LA REVISTA *UNIVERSIDAD DE MÉXICO*

Juan Ramón de la Fuente

**Rector**

Dra. Olga Elizabeth Hansberg

**Coordinadora de Humanidades**

**Revista *Universidad de México***

**Director**

Ricardo Pérez Montfort

**Consejo Editorial**

Roger Bartra

Rodrigo Díaz Cruz

Juan Pedro Laclette

Clara E. Lida

Linda Manzanilla

Carlos Pereda

Vicente Quirarte

**Coordinador Editorial**

Horacio Ortiz

**Editores**

Javier Bañuelos

Isaac García

Mauricio Ríos Celis

**Asistente editorial**

Miriam Aguirre

**Editor de arte**

Francisco Montellano

**Coordinadora de "Miradas"**

Itzel Rodríguez Mortellaro

**Publicidad y relaciones públicas**

Jazmín Flores Yarce

Rocío Fuentes Vargas

**Administración**

Mario Pérez Fernández

**Diseño y producción editorial**

Agustín Estrada

**Asistente de diseño y formación**

Araceli Limón

Impresa en la ciudad de México en mayo de 2002,  
en los talleres de Artes Gráficas Panorama, S.A. de C.V.

México o los Estados Unidos Mexicanos se ha destacado por algunos de sus principios y su política tolerante y liberal. Hay muestras claras de esto. Entre ellas, dos que nos ocupan en este panel: 1) después de la gran revolución social y política de 1910, el Estado mexicano decidió consolidar la construcción de la identidad étnica y nacional a partir de una política de dos caras: el *indigenismo*, un conjunto de acciones destinadas a integrar a los habitantes de más de 50 pueblos mexicanos —que hoy constituyen más de 10% de los 100 millones de mexicanos— en la nación y la *mestizofilia*, una ideología de mestizaje, de “mezcla de sangres”, a diferencia de lo que plantea Spencer en el sentido de que ésta entraña la fuerza intrínseca de una sangre impura como los cimientos de la construcción de la nación, y 2) en 1989, de acuerdo con el convenio 169 de la OIT, nuestro congreso reformó el artículo 4º constitucional que, desde entonces, establece que México es una nación multicultural y pluriétnica. Actualmente, cuando se hace referencia a una identidad nacional con diversidad étnica, se hace referencia a uno de los elementos fundamentales de la nacionalidad mexicana.

Entonces, tomando en cuenta el contexto antes mencionado, ¿por qué este discurso cuestiona si la política del Estado mexicano del siglo xx y principios del siglo xxi ha sido racista o no? El análisis que se hace aquí plantea dos interrogantes: 1) si el pensamiento oficial del Estado mexicano del siglo xx sobre el tema puede ser considerado racista, y 2) qué sucede con el tema cuando se analiza desde una perspectiva de género, es decir, si el pensamiento del Estado mexicano y las políticas públicas han sido diferentes respecto de los hombres indígenas y las mujeres indígenas.

Debido a que el tema que aborda el primer interrogante se ha estudiado y analizado con más frecuencia, en este discurso se pondrá más énfasis al tema que propone el segundo interrogante.

### **Mestizaje-indigenismo, la moneda de dos caras de la historia de México del siglo xx**

La ideología posrevolucionaria del Estado y su política en torno a lo que se denomina “el problema de los pueblos indios” se llamó *indigenismo* y se desarrolló como una formulación mestiza, no india, sobre la cuestión india (*Ibid.*, citando a Aguirre Beltrán). La otra cara de la moneda era el *mestizaje* como otra característica importante de lo que se podría traducir como práctica político-cultural hacia los pueblos indígenas de México.

En términos precisos, el *mestizaje* y el *indigenismo* sólo eran las dos caras de un programa institucional social y cultural cuyo objetivo principal era integrar a los indios, en forma consciente y directa, en el universo *mestizo*. Los objetivos de estas dos caras eran el mismo: una fusión étnica y cultural.

La lógica del asimilacionismo, esta forma de ver la mezcla de sangres, era, en realidad, una lógica racista. No era una lógica definida a partir de lo que el mundo comúnmente denomina estándares racistas, es decir, exclusión, odio al otro, segregación o simple exterminación física y cultural, sino una lógica definida a partir de una política étnicamente violenta porque se vio alimentada por una ideología de mezcla de sangres, que tiene por objetivo un “blanqueamiento” progresivo y por ideal, la disolución de identidades diferenciadas. Conforme a esta lógica, las minorías étnicas tienen la obligación de renunciar a su identidad diferenciada mediante la asimilación a un modelo cultural y fenotípico dominante, que el Estado declaró mestizo y que sigue siendo autorreferencial y autoelegido, respecto a otros pueblos (Castellanos, 1994; véase también Gall, 1998: 239).

Durante los últimos veinticinco años, hemos presenciado un cambio en el discurso de las instituciones *indigenistas*, que ya reconocen públicamente: 1) que los pueblos indígenas han sido sujetos a prejuicio y discriminación y que el *mestizaje* cultural y biológico no ha

remediado estas condiciones, y 2) que fue necesaria una reconsideración del plan maestro para la nación, que incorporara el concepto de identidad nacional con diversidad étnica, a la que ahora se hace referencia como uno de los elementos fundamentales de la nación mexicana.

Sin embargo, aunque desde la perspectiva de las leyes nacionales e internacionales el Estado mexicano ha articulado una vez más la arena contemporánea de la legislación y el pensamiento internacionales respecto de la problemática de los pueblos indígenas, la aplicación de esta reforma crucial para asegurar un trato legal equitativo para estos pueblos se halla, en términos prácticos, lejos de lo que la constitución establece.

La síntesis de la idea que respalda la política real del Estado hacia los indígenas fue expresada por Alan Arias, asesor de un senador conservador del PRI (*Milenio*, 3 de mayo de 2001):

lo que fue decisivo es que la representación federal y popular del país consideró que lo mejor para la sociedad y para los grupos étnicos era una modificación de la ley suprema que no contraviniera la estructura jurídica y política del Estado mexicano (citado por Gómez, *op. cit.*).

Así pues, aunque el discurso del Estado mexicano hacia las minorías étnicas está cambiando poco a poco hacia una tolerancia multicultural, la práctica, la realidad, muestra que las políticas culturales y la política del Estado mexicano todavía busca la forma de justificar por qué aquellos que son vistos como los "otros" están excluidos de las decisiones que les conciernen, de la aplicación de la ley, de la ciudadanía. Esta omisión —no tomar en cuenta lo que el "otro" es desde su propia perspectiva, lo que piensa, lo que siente y quiere para sí— es, creo, la esencia del racismo que cimienta las bases ideológicas de los dos periodos de la política del Estado mexicano respecto de nuestros pueblos indígenas: *indigenismo-mestizaje y multiculturalidad*.

Como podemos ver, el asimilacionismo ha sido la expresión más contundente del tipo de racismo que ejerce el Estado mexicano. No obstante, en México existen

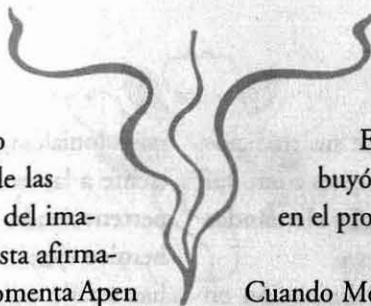
otros tipos de violencia racista. Éste no es el mejor lugar para hablar del racismo en Chiapas, pero, en esa remota provincia del sureste mexicano, el asimilacionismo caracteriza sólo una parte de la ideología de la población y las prácticas hacia los indios, mientras que el segregacionismo antindígena marca las mentes y corazones de la gran mayoría de la población mestiza en los altos y en la selva, llamada los *ladinos*. La discriminación racial segregacionista no es exclusiva de Chiapas. También la podemos encontrar en otros lugares del país, por ejemplo, en los altos del estado de Puebla y la podemos encontrar, específicamente, cuando hablamos sobre el racismo que sufren las mujeres indígenas mexicanas en general.

#### **Raza, género y nación en México: segregación y exterminación en vez de asimilacionismo**

Como la gran mayoría sabemos, recientemente, un grupo de destacadas investigadoras en Latinoamérica ha rescatado, con éxito, a las mujeres indígenas del olvido en que las tenían varias disciplinas como actores sociales. Uno de los objetivos de este esfuerzo ha sido ayudar a combatir la discriminación de clase, género y raza que se ha perpetuado, por siglos, en contra de las mujeres indígenas y que aparece en forma constante en sus testimonios. Comprender la correlación existente entre estratificación de clase, género y raza resulta, entonces, fundamental no sólo para explicar la triple opresión de las mujeres indígenas, sino para entender las diversas estrategias de lucha que han desarrollado en contra del Estado, la sociedad mestiza y sus comunidades y organizaciones (Gall y Hernández Castillo, 2001).

Desearía contribuir a ese objetivo, analizando el trasfondo y las propuestas de cuatro artículos sobre el tema escritos, recientemente, por investigadoras mexicanas. Estos trabajos fueron publicados en el número de octubre de la revista *Debate Feminista, Racismo y Mestizaje*, que yo coordiné.

Primero, con base en la postura teórica de Verena Stolcke respecto del paralelismo que existe entre raza y etnicidad, por una parte, y sexo y género, por otra, en sociedades altamente estratificadas (Stolcke, 1993), me centraré en la forma específica cómo estas investigado-



ras describen cómo el nacionalismo mexicano se apropió de los cuerpos de las mujeres indígenas, como fundamento del imaginario sobre el cual está construido. Esta afirmación ayuda a entender por qué, como comenta Apen Ruiz, el racismo del Estado en contra de las mujeres indígenas no necesariamente adopta un rostro asimilacionista, sino un aspecto más parecido al diferencialismo (véase Wieviorka, 1998). Segundo, tal y como lo muestra Aída Hernández, la forma como este tipo de racismo —aunado al hecho de que las comunidades se apropien de los cuerpos y las vidas de sus mujeres indígenas— impone un tipo de discriminación racial en estas mujeres que se combina con manifestaciones profundamente violentas, incluso desconocidas para los hombres de esas mismas comunidades. Las manifestaciones nos llevan a concluir que, aunque el racismo descrito anteriormente en contra de los hombres indígenas en México los excluye de la ciudadanía, cuando se refiere a las mujeres indígenas —víctimas de una discriminación racial mucho más violenta y, en la mayor parte del país, muy distinta a la que sufren los hombres—, este racismo las excluye completamente de la ciudadanía, aun aquella que se concibe como un sinónimo de la mezcla de razas. Tercero, la aportación de Marisa Belausteguigoitia, quien se refiere a La Malinche y a Acteal como dos símbolos de las ideas expuestas anteriormente, muestra, casi en forma gráfica, las manifestaciones de este racismo dirigido especialmente contra las mujeres indígenas, que alcanzan niveles de violencia extrema como, por ejemplo, la violación y, en Chiapas, la exterminación. Concluiré examinando las propuestas de Hernández y Belausteguigoitia, respectivamente, sobre posibles formas para cambiar la situación de las mujeres indígenas, relegadas de la ciudadanía, incluso 145 años después de la redacción de nuestra constitución liberal, 91 años después de nuestra revolución y un año después de que el PRI fuera expulsado del gobierno federal.

En el México moderno, las almas y los cuerpos de las mujeres indígenas han constituido, literal y metafóricamente, la materia prima para el nacionalismo oficial basado en el mito de un México mestizo homogéneo.

En *Forjando patria*, Manuel Gamio atribuyó a las mujeres una función fundamental en el proceso cuando escribió:

Cuando México sea una gran nación, se lo deberá a muchas cosas, pero, principalmente, a la raza fuerte, viril y resistente, moldeada, en lo sucesivo, por las femeninas mujeres mexicanas.

Bajo el control del Estado, el papel de estas mujeres era dar a luz a un México mestizo, un México con un pie —masculino— en el cambio, la modernidad y otro —femenino— bien plantado en la tradición, en otras palabras, el mundo indígena. Ruiz escribe: “Aunque es producto del cruzamiento de razas, la mujer mestiza tenía que mantener ciertos rasgos de su cultura indígena”. Por esto, Gamio racializó y biologizó ciertos aspectos culturales de las mujeres indígenas (Ruiz 2001:14), por ejemplo, cuando escribió que la mujer indígena:

tiene el don supremo del amor y puede aspirar a la gloria suprema de la maternidad, [mientras que las mujeres blancas] docenas, quizás cientos de miles de mujeres dotadas para la maternidad y dispuestas a amar, vegetan miserables, ridículas, célibes, ignominiosas y enloquecidas, por el deseo de satisfacer el anhelo legítimo de sus vientres sedientos (Gamio, 1923:70, citado por Ruiz, 2001:14).

Debido a esto, como concluye Ruiz atinadamente, para un nacionalismo revolucionario “es evidente que el mestizaje, en el sentido de un blanqueamiento, funcionó para los hombres indígenas pero no así para las mujeres” (Ruiz, 2001:17), quienes tienen que seguir siendo de piel morena, “no modernas”, “tradicionales”, “naturales” o, como Gamio apunta, “femeninas pero no feministas” (*Ibidem*).

Como también sabemos, para las culturas indígenas —e incluso, ahora, para muchos de los movimientos indígenas— los cuerpos y las almas de las mujeres se consideran propiedad de la comunidad, es decir, los hombres de la comunidad. Dentro de esto, el discurso pa-

triarcal fundamenta la reivindicación de sus tradiciones “milenarias”, considerando a las mujeres como las transmisoras supremas de la cultura (Gall y Hernández Castillo, 2001).

En resumen, un análisis de la discriminación en contra de las mujeres indígenas desde la perspectiva que aquí se plantea —la de racismo y sexismo— muestra con claridad cómo las ha afectado con particular violencia. Un hacendado guatemalteco, que intentaba mostrar cuánto apoyaba la no exterminación de los indios, pero sí el mestizaje como una forma de blanquear a la gente de su país, le comentó a la socióloga Martha Casaus Arzú en la década de los ochenta:

La única solución es que Guatemala mejore la raza; que traiga algunos sementales arios para que la mejoren. Tuve un administrador alemán en mi propiedad hace muchos años y, por cada india que dejaba preñada, le pagaba cincuenta dólares extra (Casaus Arzú, 1992:279).

La situación en Chiapas no ha sido del todo diferente. Los documentos históricos y los relatos orales demuestran que esta clase de “servicio nacional” está aún en boga en las plantaciones de café en la región del Soconusco; la mayoría de las veces se ejerce con fuerza en las mujeres nativas.

Entonces ¿qué sucede cuando una mujer se arma con piedras y palos para defender su tierra en contra de las fuerzas del Estado? La mujer y la tierra conforman otra ecuación que “rompe el pacto en el que estaba cimentada la nación mexicana”, comenta Marisa Belausteguigoitia, en el que la mujer representaba pasivamente la tierra (2001:17). Pero esta nueva ecuación representaría un costo muy alto para la mujer porque están racializadas y porque son rebeldes.

Por esto, los cuerpos de las mujeres indígenas “se convierten, una vez más, en un campo de batalla”, en el que están sometidas a dos formas violentas de apropiación: la violación o la exterminación. “La violación o la amenaza de violación es una forma de castigo y apropiación del cuerpo de las mujeres que traicionan” (Idem:16). Como sucedió durante los periodos

poscoloniales y posrevolucionarios, el Estado hace consciente a las mujeres del grado en que ellas continúan perteneciendo a las instituciones nacionales. Está el heroico ejército nacional, cuyos miembros honorables han estado violando sistemáticamente a las mujeres indígenas desde 1994, sin recibir algún castigo por ello.<sup>2</sup> Está también el caso de la matanza de Acteal, que Belausteguigoitia llamó “la carne sin mediador, sin palabra”, “mujeres partidas en dos por el filo de la modernidad” (Idem:12 y 4).

El acoso sexual que sufren las mujeres indias de Chiapas —muchas veces obligadas a convertirse en prostitutas para los soldados por el deterioro del tejido social de sus comunidades— y Acteal, son los símbolos más claros de cómo las mujeres de los grupos indígenas orilladas a una situación de “racialización/rebelión” pueden sufrir formas de racismo y represión más violentas que el asimilacionismo.

“En Acteal, lo que sucedió fue que el grito protector de ‘mujeres y niños primero!’ se transformó en ‘¡destruyan la semilla!’. Las madres indígenas de la nación mestiza fueron sospechosas de inmediato”. El castigo era dejarlas “fuera de la nación” (como están sus hombres), pero, además, “fuera de toda protección constitucional”. Muertas a machetazos, como el último recurso del sexismo/racismo mexicano (Idem: 12, 18, 16). Atacadas de acuerdo con la manifestación más extrema del racismo en el mundo: la exterminación.

El interrogante es: ¿está sucediendo algo en México que nos haga creer que podríamos progresar hacia una política antisexista y antirracista efectiva, que permitiera que los hombres y las mujeres indígenas llegaran a ser, algún día, ciudadanos en toda la extensión de la

2 Para analizar este tema sobre el arma de doble filo del racismo y el sexismo contra las mujeres indígenas en el contexto de la realidad económica, social, cultural y política de Chiapas, debemos tomar en cuenta que están marcadas por un pasado colonial que aún está presente en muchos sentidos, y que muchos rasgos de este pasado han sido destacados por la incierta entrada del Estado en la modernidad. En un caso como éste, una historia de género debe incorporar, necesariamente, elementos analíticos centrales como las sorprendentes disparidades socioeconómicas, las relaciones culturales y los conflictos interétnicos, con el fin de determinar si hay una relación estrecha entre clase, raza y género.



palabra? Creo que es justo mencionar que lo que ha sucedido hasta ahora ha sido y seguirá siendo, principalmente, el trabajo de los movimientos indígenas, y, por algún tiempo, de grupos de mujeres que sigan dentro del movimiento. Recientemente, presenciamos un acontecimiento sin precedente y primordial en México que bien puede ser el símbolo más importante de esta acción y sus frutos: la aparición de la líder zapatista, la Comandante Esther, ante el Congreso, "exigiendo el acceso a la modernidad, a la ciudadanía y a la nación, en un español con fuerte acento tojolabal y con un cuerpo pletórico de signos de diferencia: color, sexo, rasgos, cabello lacio y piel morena" (*Idem*, 24).

También ha habido sectores no indígenas de nuestra sociedad que han empujado en esa dirección. ¿Adónde vamos y adónde necesitamos ir hoy para alcanzar estos objetivos?

Las políticas y las acciones antirracistas en México deben basarse en la construcción de mediaciones exitosas. Entre ellas, debemos incluir a los maestros, los jueces, los medios de comunicación, las instituciones del Estado que trabajan para la defensa de los derechos civiles y los derechos humanos, etc. y los grupos feministas. Para determinar si son exitosas o no, debemos encontrar la forma de que la nación escuche y mire al "otro" sin alterar el significado de su mensaje más allá del reconocimiento.

En este sentido, a pesar de lo que uno piense del Subcomandante Marcos desde un punto de vista político, todos debemos admitir que él ha sido un importante receptor y vehículo para la mediación, que ha ayudado a exponer, como nunca antes, el profundo racismo del pueblo mexicano y de sus instituciones. Pero, tomando en cuenta el conflicto de Chiapas y el tema indígena, ha habido otros mediadores como, por ejemplo, los esfuerzos cuidadosamente instrumentados del obispo Samuel Ruiz y las comunidades eclesíásticas que lo respaldan, aunado a un gran número de intelectuales, organizaciones por los derechos humanos, la prensa nacional e internacional, que abordaban el tema en las primeras planas, y un movimiento importante de solidaridad civil. Pero, debido a que las mujeres indíge-

nas son las víctimas más importantes de estos fenómenos culturales, sociales, políticos e ideológicos que las excluyen de manera violenta de la ciudadanía, quisiera concluir retomando el tema sobre lo importante que resulta la mediación de las feministas en este contexto.

En el volumen de *Debate Feminista* que se publicará en breve, el artículo de Aída Hernández señala que una nueva corriente del feminismo indígena está surgiendo en México. Ella destaca que las mujeres indígenas siempre han tenido una especie de doble lealtad, relacionando su propia lucha de género con la lucha de su pueblo por la autonomía; pero, al hacerlo, se han topado con mucha resistencia tanto del movimiento feminista, como del movimiento indígena. Comentaré esto brevemente aunque se analiza más a fondo en mi discurso. Hernández piensa que la feminista hegemónica en México ha sido bastante etnocéntrica, una conclusión con la que simplemente concuerdo.

Así, desde mi punto de vista, y aquí concluyo, para que los grupos feministas mexicanos puedan ser mediadores efectivos contra el racismo, deben avanzar en forma consciente hacia una discusión que incluya, entre sus puntos centrales, lo siguiente: aquellos que creen que sí hay derechos humanos universales, válidos para todos, deben hacer dos cosas: librar una batalla incansable contra el racismo y no ceder terreno en la defensa de los valores que creemos son válidos para todos, y que nada tienen que ver con raza o color de piel (Castoriadis, 1985:23).

Pero estos dos procesos deben ocurrir simultáneamente. Sin uno u otro:

aunque creamos que estamos combatiendo el racismo porque capitulamos antes valores universales, al final caemos inevitablemente en una defensa ciega del relativismo cultural, que nos lleva, a una premisa antirracista que, curiosamente, se vuelve racista. ¿Por qué? Porque se limita y, entonces, puede ignorar y excluir, en principio, la posibilidad de algunos valores a pesar de que la cultura que les dio vida pueda ser aceptada o entendida por otros.

o al resistir el ataque a los valores que creemos pueden ser universales, pero fracasar al combatir el racismo al mismo tiempo, caemos en una defensa ciega de la superioridad de los valores occidentales. Este error, imperceptible para algunos, pero útil política y conscientemente para otros,

puede obligarnos a utilizar la retórica de los derechos humanos en forma colonial, en una manera que —en busca de esta causa sublime e incuestionable— se niegue a escuchar lo que puede ser correcto en las voces y la razón cultural de otros (véase Collier y Speed, 2001).





Foto: A. Torres

# UNIVERSIDAD DE MÉXICO

NUEVA ÉPOCA REVISTA DE LA UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

Dr. Juan Ramón de la Fuente

**Rector**

Dra. Olga Elizabeth Hansberg

**Coordinadora de Humanidades**

## Revista Universidad de México

**Director**

Ricardo Pérez Montfort

**Consejo Editorial**

Roger Bartra

Rodrigo Díaz Cruz

Juan Pedro Laclette

Clara E. Lida

Linda Manzanilla

Carlos Pereda

Vicente Quirarte

**Coordinador Editorial**

Horacio Ortiz

**Editores**

Javier Bañuelos

Isaac García

Mauricio Ríos Celis

**Asistente editorial**

Miriam Aguirre

**Editor de arte**

Francisco Montellano

**Coordinadora de "Miradas"**

Itzel Rodríguez Mortellaro

**Publicidad y relaciones públicas**

Jazmín Flores Yarcé

**Suscripciones**

Rocío Fuentes Vargas

**Administración**

Mario Pérez Fernández

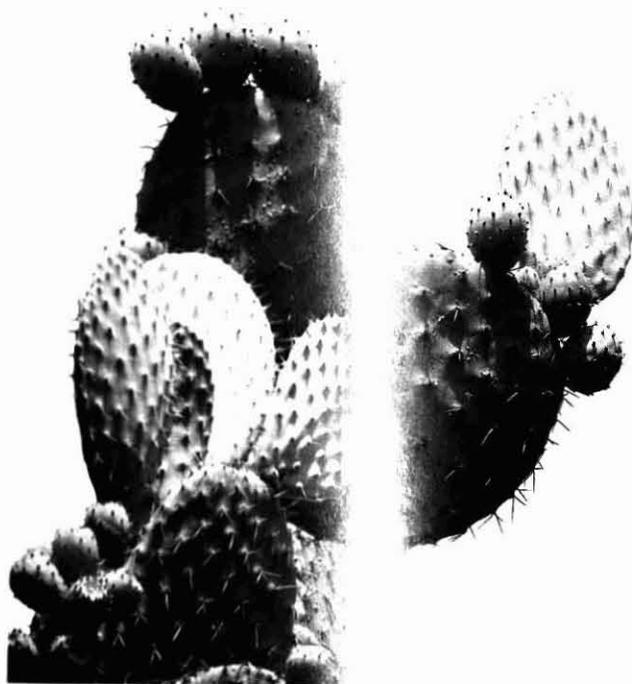
**Diseño y producción editorial**

Agustín Estrada

**Asistente de diseño y formación**

Araceli Limón

Portada: Fotografía de Armando Salas Portugal (fragmento); las viñetas utilizadas en la ilustración de gran parte de este número son obra de Fermín Revueltas.



Oficinas de la revista: Lado poniente del Estadio Olímpico, Ciudad Universitaria, C.P. 04510. Del. Cuauhtémoc, México, D.F. Apartado Postal 70288, C.P. 04510, México, D.F. Teléfonos: 5616-2422, 5616-7211.

Correspondencia de Segunda Clase.

Registro DGC Núm. 061 1286. Características 2286611212.

Impresión: Artes Gráficas Panorama S.A. de C.V.

Distribución: Revista *Universidad de México*.

Precio del ejemplar: \$35.<sup>00</sup> Suscripción anual: \$350.<sup>00</sup>

(US\$110.<sup>00</sup> en el extranjero). Ejemplar de número atrasado: \$40.<sup>00</sup>

Revista mensual. Tiraje de tres mil ejemplares. Esta publicación no se hace responsable por textos no solicitados. Cada autor es responsable del contenido de su propio texto.

Certificado de Licitud de Título número 2801.

Certificado de Licitud de Contenido número 1797.

Reserva de uso exclusivo número 112-86.

Correo electrónico (e-mail): reunimex@servidor.unam.mx

Internet: <http://www.unam.mx/univmex>

## LA REFLEXIÓN Y LAS IDEAS

**El campo en la encrucijada** 5  
Arturo Warman

**Orilleros, polimorfos, trashumantes. Los campesinos del milenio** 13  
Armando Bartra

**La modernización sin sus pobladores. Del Megaproyecto del Istmo al Plan Puebla Panamá** 25  
Ana Paula de Teresa

**La agricultura del norte mexicano durante el siglo xx** 35  
Luis Aboites Aguilar

**Sísifo en el campo mexicano. (Sobre el segundo Coloquio Internacional "El desarrollo rural en México en el siglo xxi")** 42  
Javier Bañuelos Rentería  
Isaac García Venegas

## TIPOS E IMPRESIONES

**Diálogo del Árbol** 49  
Paul Valéry  
Traducción de Gabriel Astey

## ORDEN Y CAOS

**Las humanidades. Algunas notas sobre la antropología social mexicana a propósito del Foro "Las humanidades en el contexto nacional actual"** 56  
Rodrigo Díaz Cruz

**Umbral. Problemática de la población jornalera agrícola migrante ante las transformaciones de la agricultura mexicana** 60  
Eduardo Valenzuela Gómez Gallardo  
Germán García Mier

**Al margen. Académicos y periodistas** 62  
Leonardo Martínez Carrizales

**Aeropuerto. El origen de la cultura electrónica** 63  
Sergio González Rodríguez

**Arrebatos. Pensamiento con spray** 65  
Mónica Lavín

## LAS ARTES Y LOS OFICIOS

### Paralajes

66 **¿Puebla en Escocia?: investigación y subdesarrollo musical**  
Ricardo Miranda

### Carta del exterior

68 **Cuerpo de campo. Las representaciones del gaucho en la propaganda gráfica del peronismo. Buenos Aires (1946-1955)**  
Marcela Gené

## PERFILES

### Variaciones y fugas

71 **Raí. El blues del Sahara**  
Sergio Monsalvo C.

72 **La valona de la Tierra Caliente de Michoacán**  
Raúl Eduardo González

### Miradas

77 **Diego Rivera, agrarista**  
Itzel Rodríguez Mortellaro

80 **Los apetitos de la buza**  
Amaury Alejandro García Rodríguez

### La caja de pandora

82 **La imagen, la tierra, el otro: notas sobre el cine y el campo mexicano**  
Román Domínguez Jiménez

## SENDEROS

### Capilaridades

85 **El tractor UNAM: Humanidades, selección de tecnologías y soberanía nacional**  
Alberto Betancourt Posada

### Los expedientes secretos

87 **La revolución agraria mexicana**  
Frank Tannenbaum

### Contertulios y colegas

92 **Ingeniero José Manuel Covarrubias**  
Tesorero de la UNAM

## LA FOTO

93 **Marco Antonio Cruz**

94 **EL LECTOR**

FERMÍN REVUELTAS, UN COLORISTA FEBRIL  
CARLA ZURIÁN



## EL CAMPO EN LA ENCRUCIJADA

Arturo Warman \*

**F**ormo parte de la minoría que no está convencida de que el campo pasa por el peor momento de su historia. En el último decenio el producto agropecuario creció en promedio por arriba de la población nacional, revirtiendo la tendencia del decenio previo. Ese crecimiento modesto, de alrededor de 2% anual, triplica el incremento en la población rural. Las exportaciones se han incrementado más rápido que el producto agropecuario. Desde la reforma constitucional del artículo 27 en 1992 se han abatido los conflictos agrarios y se ha fortalecido la seguridad jurídica de las modalidades de la propiedad rural. Cerca de las cuatro quintas partes de los ejidos del país ya cuentan con certificados individuales y colectivos sobre su propiedad. Los productores rurales más pobres están recibiendo apoyos directos a su ingreso, primero a través del Procampo desde 1994 y más tarde por el Progreso desde 1997. En el país la población dedicada al trabajo del campo ya no crece o lo hace muy lentamente y en algunos estados empieza a descender en términos absolutos. Estos y otros datos no sustentan el diagnóstico de que el campo está peor que nunca, mucho menos cerca de un desastre terminal.

Sin embargo estamos lejos de superar la profunda y prolongada crisis que se abate sobre el campo. Hace 35 años, cuando me inicié en los estudios rurales, el tema era su crisis. Lo sigue siendo ahora, por lo que me cabe el dudoso honor de haberme especializado en la crisis rural perpetua. Los datos que permiten alegar que el campo no está en su peor momento no tienen la fuerza ni la velocidad suficientes para postular que la crisis ha sido superada, ni siquiera para sugerir una firme tendencia en esa dirección; apenas alcanzan para suponer que no se está agravando. El estado crítico persiste y el campo todavía se encuentra frente a una encrucijada que lo puede encaminar hacia su dolorosa agonía, con enormes costos y riesgos para el conjunto nacional, o a su lenta pero firme revitalización, que también implica costos o mejor dicho inversiones a largo plazo por parte de la sociedad, que rompa los nudos formados en la estructura de la producción y la vida rural.

Una mirada distante nos informa que en el año 2000 uno de cuatro mexicanos vivía en el campo o en localidades con menos de 2 mil 500 habitantes, y uno de cada cinco se dedicaba a las labores agropecuarias, es decir, alrededor de 25 millones de mexicanos. En el campo uno de cada seis habitantes habla una lengua indígena. La enorme muchedumbre rural, del mismo tamaño que la población de todo el país en 1950, apenas aporta alrededor de 5% del producto nacional. Una proporción muy importante de los mexicanos, cerca de la cuarta parte, apenas pro-

duce cada año la vigésima parte del total nacional. Una ecuación así se resuelve en la pobreza agregada del sector rural o agropecuario. Más de la mitad de las familias rurales está afectada por la pobreza extrema; las tres cuartas partes de los pobres extremos del país viven en el campo. La pobreza es el principal problema del campo y conforma una de las barreras más recias para el desarrollo nacional sostenido.

Otra mirada más detallada y un poco menos distante nos muestra que la pobreza rural agregada está muy mal repartida. El campo está afectado por la concentración excesiva de la riqueza y por la iniquidad regional. Extrapolando datos del Censo Agropecuario de 1991 –el censo programado para el 2001, acaso el más importante de la historia, fue suspendido indefinidamente alegando razones de austeridad presupuestal–, hay alrededor de cuatro y medio millones de unidades de producción rurales con alrededor de tres millones de ejidatarios o comuneros y millón y medio de propietarios privados. Apenas unas 15 mil de esas unidades son empresas grandes y otras 140 mil son empresas pequeñas, que contratan mano de obra para producir. Alrededor de un millón 100 mil unidades combinan la mano de obra familiar y contratada para vivir de los ingresos que generan. El 70% de las unidades, un poco más de tres millones, son minifundistas, es decir que la producción agropecuaria de su unidad no les alcanza para solventar los costos

de permanencia de la familia, por lo que recurren a la obtención de ingresos fuera de sus predios para sobrevivir en aguda pobreza. Desde otra óptica: menos de la tercera parte de las unidades de producción logran vivir con sus ingresos agropecuarios, entre ellos unas 15 mil empresas grandes que concentran cerca de la mitad del valor de la producción rural. La pobreza agregada del sector encubre una gran iniquidad dentro del mismo.

La desigualdad interna del sector se expresa regionalmente. En el centro-norte y el noroeste del país se concentran las obras de infraestructura para la producción agropecuaria, particularmente las de irrigación, frente a un sur dejado a la mano de Dios y de los agricultores o ganaderos de esa porción del país. La inversión pública generó esos enclaves de privilegio que arrastraron por décadas hacia sí

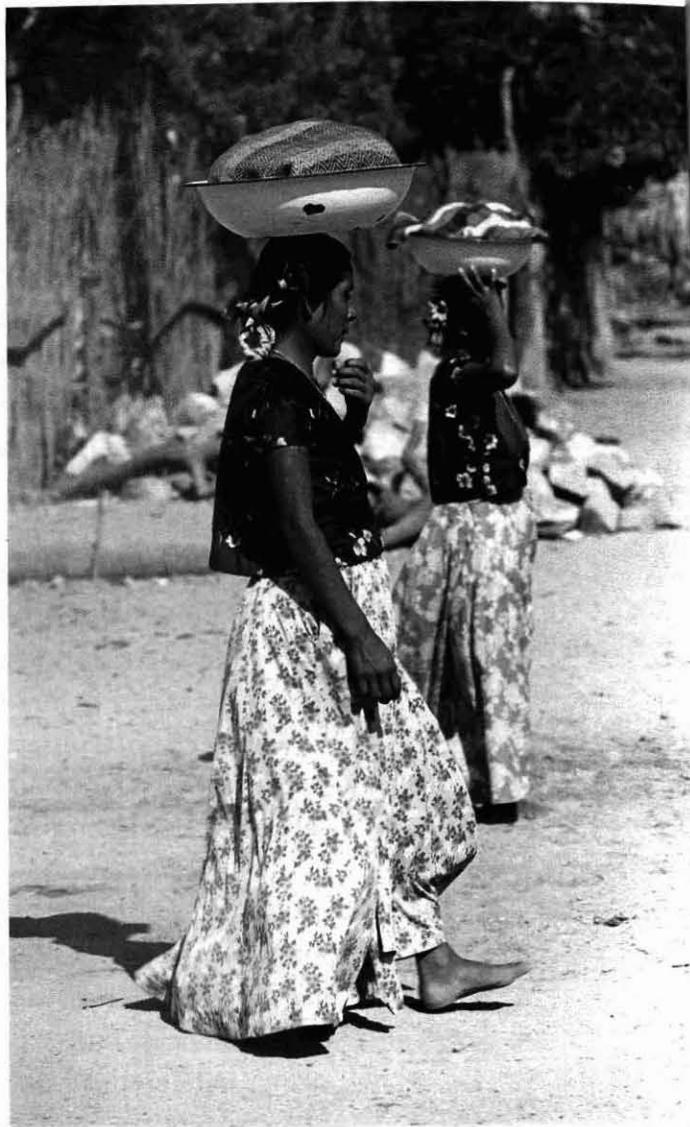


Foto: A Estrada

mismos todas las inversiones y subsidios para el campo. Los subsidios a las zonas irrigadas superan todavía con amplitud los que reciben los campesinos pobres del país. Las políticas agrarias y agropecuarias de México no sólo responden por la desigualdad regional, también lo hacen por el daño causado a la naturaleza y sus recursos. Deforestación de más de medio millón de hectáreas por año, extracción abusiva de aguas subterráneas, salinización, desertificación, erosión y otros muchos males, muchos irreparables, afectan severamente a la tierra mexicana y a quienes la trabajan. La reversión de esa tendencia a la destrucción de los recursos es una urgencia nacional; costará mucho dinero lograrlo, lo cual ojalá se invierta en promover desarrollo rural sustentable y equitativo.

Si acercamos más la mirada hacia los campesinos podemos percibir que los hermanos siameses minifundio y pobreza permanecen en la vida de la mayoría de los productores y trabajadores del campo, que se extienden sin generar crecimiento ni progreso. Más de la mitad de los campesinos obtienen más ingreso fuera de su predio que de él. El peonaje o trabajo asalariado en su comunidad, región o en los ejércitos itinerantes de la migración estacional, es la principal fuente de ingresos fuera del predio. El trabajo rural, falsamente equiparado en nuestra legislación al trabajo fabril, no está debidamente regulado ni protegido y no proporciona acceso a la seguridad social. Muchos minifundistas se definen como peones cuando en los censos se pregunta por su actividad principal. La segunda fuente de ingresos se deriva de la remisión de dinero por quienes no pudieron permanecer en el campo y emigraron de manera definitiva a las ciudades o al extranjero pero conservan raíz y relaciones en su comunidad. Artesanías, extracción o recolección de recursos naturales, turismo y todo lo que aparezca, complementan los ingresos que los campesinos obtienen en sus predios, en un equilibrio austero e inestable.

La mitad de los titulares de la propiedad agraria tienen más de cincuenta años de edad, con una esperanza de vida promedio de setenta años. Desprovistos de los beneficios de la seguridad social para enfrentar su vejez tienen que recurrir a su titularidad agraria como seguro. Naturalmente no la exponen con riesgos ni aventuras, resisten a los cambios que puedan alterar su precaria seguridad. Mientras tanto, los sucesores y herederos jóvenes o no tanto, más dispuestos



Foto: Jorge Acevedo

a innovar, no acceden a las responsabilidades ni decisiones de la propiedad. Se configura una circularidad conservadora reacia y resistente a la transformación técnica y a la asociación, otra barrera a la transformación. Esta situación promueve la dispersión de la población rural, que establece localidades nuevas y pequeñas para reproducir en condiciones más pobres la existencia conocida, hasta sumar cerca de 200 mil localidades en todo el país. Los servicios esenciales, concebidos para ser brindados por grandes obras, no pueden alcanzar a más de la mitad de esas localidades.

La producción campesina está cercada por una voraz red de intermediarios comerciales, financieros o mejor usureros, de transporte y técnicos que encarece lo que los productores compran y abarata lo que venden. Los elevados costos de intermediación desalientan la elevación de la productividad y participación en el mercado, contribuyen a fortalecer la tendencia conservadora de los productores campesinos. Las tierras para ampliar la producción campesina están agotadas, se alcanzaron los límites para el crecimiento territorial y se presenta la saturación. Mucha gente sale del campo pero se quedan los que admite este espacio saturado frente a las grandes incertidumbres y dificultades de encontrar acomodo fuera de su comunidad.

En 1992 se apostó por la inversión en el campo para desatar los nudos que traban el desarrollo. La apuesta plausible tropezó con severas barreras imprevistas. La inversión pública, la de mayor magnitud y peso en el campo, no sólo no pudo crecer sino que disminuyó frente a la crisis financiera y de la recaudación fiscal. La inversión pública para la formación de capital apenas alcanzó para el mantenimiento insuficiente de los activos históricos, que se han deteriorado y son obsoletos. Los subsidios quedaron montados entre la inercia previa que favorece a los productores comerciales, en especial a los empresariales, y los de nuevo cuño orientados a la compensación de las desventajas estructurales frente a la apertura comercial para todos los productores. Permanecen los subsidios al privilegio aunque sus receptores alegan que son insuficientes y deben aumentarse. Los subsidios compensatorios se quedaron chicos para cumplir su función: complementan de manera limitada el ingreso de los productores pobres y resultan poco trascendentes para los productores ricos. Los subsidios a la actividad agropecuaria son de proporción equiparable a la que otorgan los competidores externos pero se diluyen frente a indefiniciones en su propósito y el enorme número de unidades de producción en condiciones extremas de desigualdad. Los recursos públicos son insuficientes para desatar las barreras estructurales por sí mismos, aunque una orientación precisa y un manejo eficaz podrían superar muchas de sus limitaciones.

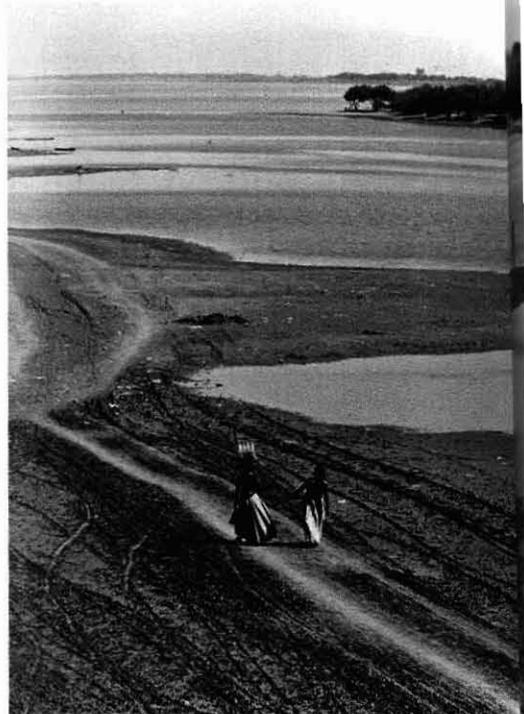




Foto: A Estrada

Los indispensables recursos de la inversión privada no han llegado al campo con la magnitud y la velocidad necesarias para generar cambios estructurales significativos. En parte, esto se explica por el escenario de crisis financiera y precios internacionales con tendencia a la baja para los productos agropecuarios, que han desalentado la transferencia de capitales de otros sectores hacia el agropecuario. La otra fuente de inversión privada, las empresas agropecuarias, se ha aferrado a las inercias previas donde las ganancias se obtienen más de la captura de subsidios públicos que del incremento de la productividad y competitividad. La descapitalización en el campo puede haber disminuido pero no se ha suspendido. Las sociedades mercantiles son excepcionales y la asociación entre las distintas formas de propiedad ha prosperado de manera escasa y casi clandestinamente. La circulación de la propiedad agraria es lenta, desconfiada y con frecuencia permanece al margen de la ley a través de tratos informales que no se traducen en capitalización. La transformación de la estructura productiva en el campo, reflejo de la inversión de capital, no muestra desviaciones respecto a su tendencia antes de 1992.

El empate crítico entre una producción agropecuaria dirigida y financiada por el Estado y otra en manos de los productores y sus decisiones, permanece sin resolución. Se podría alegar que los resultados alentadores aunque modestos de la última década sugieren que las fuerzas transformadoras ya están actuando, que ya frenaron el deterioro. En sentido contrario podría aducirse que el ritmo del cambio es insuficiente, que su dirección no es clara y que sus impactos estructurales son todavía cosméticos, que pese a todo la encrucijada permanece enfrente.

En los debates políticos sobre el campo, que suceden sobre todo en el Congreso o frente a las secretarías de Estado, son ocasionales, superficiales y carecen de continuidad. La encrucijada o el problema estructural y su correlato, la aspiración a largo plazo, poco se mencionan. Las grandes discusiones parecen arraigadas en el pasado cada vez más remoto. El monto y destino de los subsidios corporativos es el tema que más pasiones despierta y fortalece la prolongación del empate, casi de la parálisis. El alivio temporal e insuficiente con programas emergentes para los productores de café, piña, caña de azúcar, maíz de Sinaloa, entre otros, mitiga síntomas pero no alcanza las raíces y pronostica la repetición de la demanda y su solución paliativa. Los hoyos son cada vez más grandes y numerosos mientras que la capacidad de tapanlos se reduce. A veces se vuelve al debate sobre el artículo 27 para prevenir la reaparición del latifundio o la privatización del ejido, procesos que no se han presentado y que parece poco posible que lo hagan. Otras veces se pelea alrededor de la autosuficiencia alimentaria, concepto elusivo y confuso en un marco de fronteras abiertas, para proteger intereses particulares. El debate se concentra en lo inmediato y es omiso respecto al punto de destino, así como sobre las rutas para alcanzarlo. El inmediatismo, si se sigue prolongando, equivale a una decisión por la catástrofe, por la derrota.

La débil representación política de los campesinos y productores del campo explica en gran medida la desorientación del debate y el desorden en las acciones. Los partidos políticos importantes carecen de propuestas claras para superar la crisis en el campo aunque abundan las declaraciones abstractas sobre un campo rico y justo, que todos podemos compartir. Esos enunciados no sustituyen la ausencia de programas consistentes. En la acción política los partidos adoptan posiciones y causas erráticas cuando no contradictorias con propósitos muchos más estrechos e inmediatos: oponerse, aliarse, abanderar movilizaciones surgidas espontáneamente o desde abajo, ganar el voto. Las políticas respecto al campo son instrumentales para los partidos políticos existentes por lo que frecuentemente desembocan en populismo y demagogia.

Los partidos políticos incorporaron a las centrales campesinas formadas alrededor de la lucha por la tierra como sus filiales agrarias en busca del voto verde, por lo que absorbieron posiciones anacrónicas, conservadoras. Esas centrales u organizaciones cupulares que representaban fundamentalmente a los solicitantes de tierras, no han reaccionado con agilidad ni profundidad a la caducidad de su propósito a partir de las reformas constitucionales de 1992. Entre la negociación de los saldos del reparto agrario y la búsqueda de posiciones en los nuevos espacios abiertos para los partidos políticos, las centrales campesinas se estancaron y se quedaron al margen de los procesos y disputas alrededor de la producción rural y su destino. Los productores rurales se quedaron sin representación política, sin canales para transmitir a la representación nacional sus problemas y propuestas. Están surgiendo distintos tipos y formas de organización gremiales y regionales para restablecer las líneas de transmisión entre la realidad rural y la representación política. Frente a los espacios ocupados por las centrales campesinas de viejo cuño y la indiferencia de los partidos políticos, las nuevas organizaciones tropiezan con enormes dificultades para plantear sus posiciones en un contexto político desdibujado y desarticulado. La debilidad de la representación política de los campesinos permanece en condiciones de avance democrático inmaduro que todavía no otorga representación a la diversidad nacional.

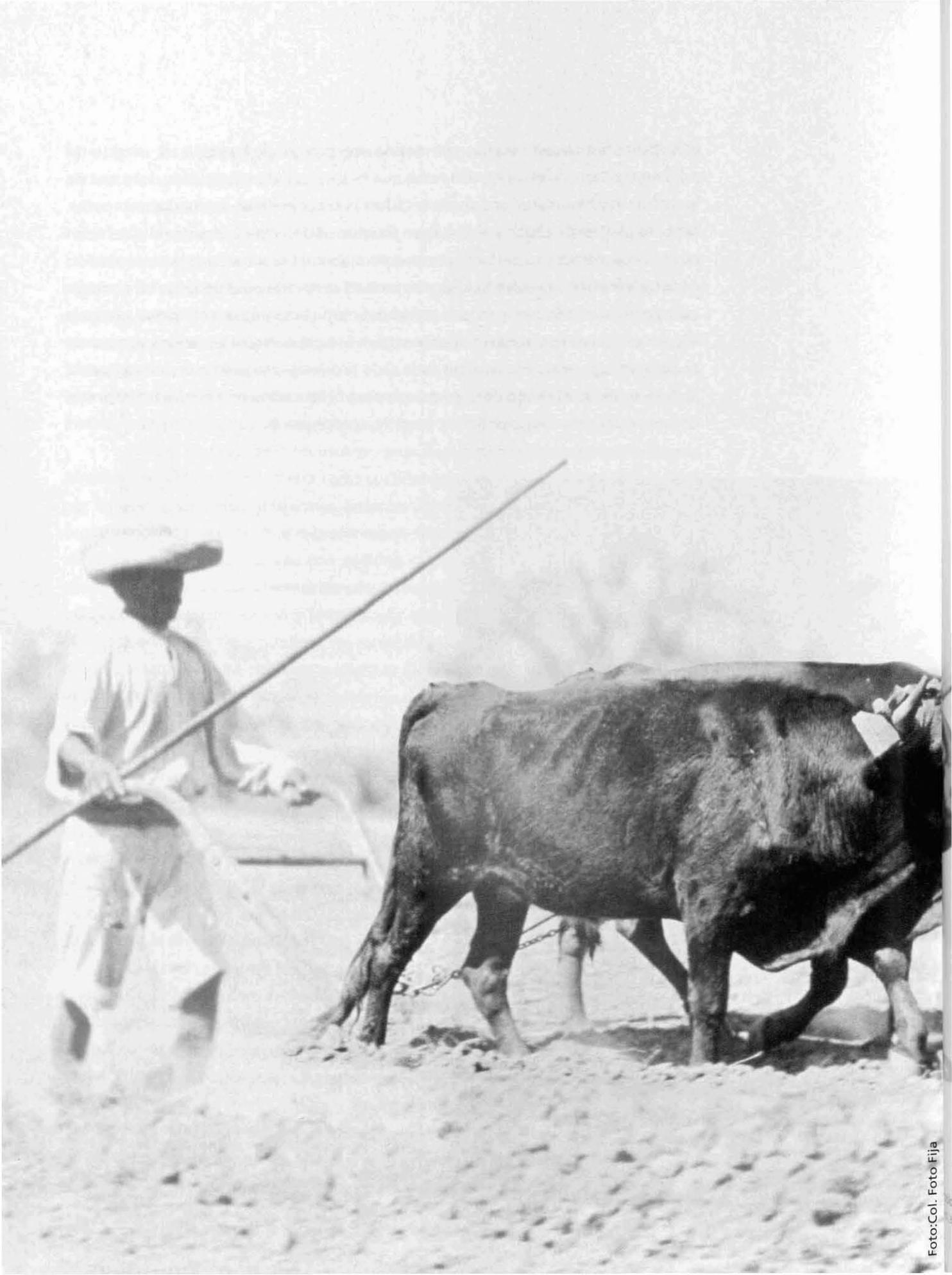
En el campo no hay un desastre pero tampoco una esperanza, hay un problema que requiere de análisis y discusión profunda con la participación de los productores rurales, para tomar decisiones de aliento comparable y visión de largo plazo. El campo no sólo resiente una coyuntura desfavorable, ojalá que el fenómeno del "Niño" no la convierta en emergencia nacional, sino una crisis estructural que la reforma inconclusa de 1992 no ha logrado superar. La transformación estructural, que es fatalmente dilatada, puede abordarse desde muchos frentes y perspectivas pero no se puede incidir en ella con ocurrencias ni improvisaciones; la continuidad y perseverancia, la certeza, son condiciones esenciales para avanzar. Se requiere de un

Foto: A Estrada

acuerdo nacional democrático que defina una política de largo plazo, persistente pero no rígida, para el desarrollo rural, que incluya una clara definición del papel de los recursos y las instituciones públicas. Quizá no estén dadas las condiciones políticas para plantear, debatir y alcanzar un acuerdo nacional para el desarrollo del campo en estos momentos, pero es necesario considerar el riesgo de que la prolongación de la indefinición se vuelva la solución, probablemente la peor de todas las posibles. La experiencia en que la inercia se volvió definición la vivimos en el siglo xx y origina la crisis perpetua que todavía se abate sobre el campo. Nadie tiene idea de cuando se deja atrás la encrucijada, pero cada ciclo productivo salvado o arruinado por la inercia aumenta el riesgo de que la disyuntiva, oculta como está por las turbulencias coyunturales y los vacíos políticos, pase desapercibida. \*



Nota: las cifras, proporciones y magnitudes que se mencionan están sustentadas en mi libro *El campo mexicano en el siglo xx*, Ict, México, 2001. También en él se apoyan los conceptos y posiciones.



# ORILLEROS, POLIMORFOS, TRASHUMANTES.

## LOS CAMPESINOS DEL MILENIO

Armando Bartra\*

Lo peculiar de los márgenes es que son siempre el producto y el reflejo de algo otro que a menudo remite al centro, el cual se niega paradójicamente a reconocer su imagen en este espejo...

Es por esto que la respuesta analítica más común se resume por lo general en hacer un corte tajante entre la norma y el margen, entre centro y periferia, entre el capital y el resto. La cuestión campesina entra en este juego, puesto que justamente presenta de entrada todos los aspectos de la no modernidad...

La cuestión campesina puede ser el punto de partida para una reflexión sobre el funcionamiento de todo el orden social... porque está en el margen... y el margen, cuando ya no se le considera como un apéndice o un desecho, aparece como lo que es... un momento de la reproducción de un orden general.

Claude Faure, *El campesino, el centro y la periferia*

La barbarie extramuros es mito fundacional de las civilizaciones globalizadoras. Porque los sistemas imperiales necesitan postular un más allá. Un ámbito salvaje al otro lado de sus fronteras donde el "orden natural" justifique tratamientos de excepción. Procedimientos brutales contrastantes con los buenos modos que se presume imperan murallas adentro. Coartada y autoengaño, en realidad, pues por lo menos desde el siglo XVI, cuando el gran mercado engulle América, la barbarie ya no es más el horizonte de la civilización sino su cara oscura, su pesadilla, su clóset vergonzoso. Entonces el capitalismo real es también, y sobre todo, el de la periferia: gobernado a la mala, bolseado sin clemencia, diezmado por pestes, sacudido por la hambruna.

Pese a la ideología de fuerte apache que inspira las nuevas cruzadas imperiales, el hecho es que los hombres del tercer milenio compartimos una casa de cristal. Y la progresiva conciencia de la globalidad hace cada día más vano el mito de que a los "civilizados" los rodea una exterioridad premoderna: presunto territorio de salvajes irredentos a quienes es legítimo someter a cintarazos o "bombas inteligentes". Desacreditada la pretensión de que hay un adentro —el presente verdadero por antonomasia— y un afuera —algo así como el pasado congelado—, los bárbaros invaden las calles, la red y el imaginario de las metrópolis. Hoy la marginalidad interiorizada es patente y estentórea: sudacas avecindados en el norte, muchedumbres en incontenible éxodo austral, homosexuales desmecatados, insólitas rebeldías indias en línea, furor globalifóbico... Y con ellos resucitan los campesinos, emblema viviente de la centralidad de los orilleros y la actualidad de los anacrónicos.

## I. Perversos polimorfos

Día a día, los campesinos hacen que los economistas se lamenten, que los políticos suden y que los estrategas maldigan, destruyendo sus planes y profecías...

Teodor Shanin, *La clase incómoda*

En el reino uniforme que el capitalismo trata de imponer al menos desde la primera revolución industrial, los campesinos son una anomalía: diversos por naturaleza, sustentan su polimorfismo perverso en múltiples y variadas maneras de interactuar con la biosfera. Porque mientras el sistema fabril es proclive a la especialización, la monotonía tecnológica y el emparejamiento humano, la agricultura es territorio de la heterogeneidad: variedad de climas, suelos, ecosistemas y paisajes, que se expresa en diversidad productiva y sustenta pluralidad societaria y variedad cultural.

Desde un inicio el capitalismo apostó al emparejamiento de lo que es dispar por idiosincrasia y naturaleza: uniformó a los hombres con el overol obrero y desmontó los bosques nivelando los suelos para edificar metrópolis, instalar fábricas y establecer vertiginosos monocultivos. En el campo, el saldo fue económicamente perverso, pues al privatizar recursos naturales variopintos, desigualmente distribuidos y escasos, el sistema del mercantilismo absoluto engendró rentas agrícolas: ganancias extraordinarias provenientes no de la inversión sino de la propiedad. No faltó quien las creyera herencia del viejo régimen; en verdad eran saldo de una contradicción insalvable: la resistencia de *madre natura* a la compulsión emparejadora del capital.

El sueño del capitalismo decimonónico fue hacer de la agricultura una fábrica: atendida sólo a máquinas e insumos industriales y liberada por fin de los caprichos de la naturaleza. El uso del láser para nivelar suelos, la plasticultura, la hidroponía, los innumerables agroquímicos, las semillas mejoradas, el riego computarizado, la fertirrigación, la maquinaria agrícola asistida por técnicas de programación, entre otras innovaciones, revolucionaron paulatinamente el campo. Pero la profecía no se cumplió del todo sino a fines del siglo xx, cuando al descifrar el germoplasma, la biotecnología creyó haberse apropiado –ahora sí– de las fuerzas productivas de la vida, que en adelante podían ser aisladas, reproducidas, intervenidas y, sobre todo, patentadas.

El gran dinero anda de fiesta. Por fin el sector agropecuario está por librarse de la dictadura de la fertilidad, las lluvias y el clima, como de antiguo lo hicieron las demás ramas de la industria. Por fin podrá prescindir del terrateniente, del campesino y del burócrata, que fueron necesarios para medio ordenar una producción que no se sometía como las otras al autómatas fabril. Por fin fue vencida la



Foto:Col. Foto Fija

voluble naturaleza, empeñada por siglos en imponer su perversa diversidad a un sistema que sólo florece en la monotonía. Y es que la nueva productividad depende cada vez menos de la heterogeneidad agroecológica, de modo que al irse independizando los rendimientos de condiciones naturales diversas y escasas, menguan también las rentas diferenciales. Sobrepagos que en el pasado pervirtieron el reparto del excedente económico, haciendo necesario apelar al Estado y los campesinos como alternativa al indeseable y costoso monopolio agrícola privado.



Foto: Col. Foto Fija

Paradójicamente, la tendencial extinción de la vieja renta de la tierra coincide con el debut de la flamante renta de la vida. A la añeja privatización de superficies fértiles está sucediendo el agandalle de la diversidad de flora, fauna y microorganismos, ya no sólo secuestrando especímenes sino descifrando, interviniendo y patentando sus códigos genéticos. Ciertamente la biodiversidad, natural o domesticada, no puede cercarse o embalsarse –por algo ha sido siempre un bien colectivo y de acceso franco, cuya reproducción social está a cargo de las comunidades agrarias– pero con el subterfugio de patentar “organismos modificados” es posible establecer alambradas virtuales en torno al genoma. Y no es poca cosa, pues se trata de un bien infinitamente más rentable que la tierra, del que hoy dependen la agricultura, la farmacéutica, los cosméticos y una porción creciente de la expansiva industria química.

Dejar la alimentación, la salud y el buen ver de la humanidad, en manos de un puñado de trasnacionales de la biotecnología, es un riesgo enorme. Pero preocupa aun más el que sus colosales e irrestrictos intereses nos impongan un modelo tecnológico según el cual, conservada la vida en forma de especímenes, tejidos y códigos genéticos, los ecosistemas biodiversos salen sobrando. Porque habiendo bancos de germoplasma *ex situ* ya no importa arrasar bosques, selvas y policultivos, para establecer vertiginosas plantaciones especializadas, ni preocupa que el genoma silvestre o históricamente domesticado se contamine de transgénicos (frankensteins odiosos, no tanto por su condición artificialmente mutante como por lo imprevisible de su comportamiento en libertad). Así, en el tercer milenio, además del emparejamiento de hombres, máquinas, tierras y aguas, nos amenaza el intento de uniformar la biosfera. Pretensión en la que nos jugamos el pellejo, pues la reproducción de la naturaleza depende de la enmarañada diversidad biológica, de ecosistemas complejos siempre entreverados con la pluralidad social.

Las llamadas industrias de la vida son en verdad industrias de la muerte. Pero lo que en ellas se dramatiza no es sólo su propia irracionalidad sino también una de las tensiones mayores del sistema del gran dinero: la contradicción entre la

uniformidad tecnológica, económica y social que demanda el orden del mercado absoluto y la insoslayable diversidad biológica, productiva y societaria, consustancial a la naturaleza y al hombre. Un conflicto sin duda radical, que sus críticos primeros apenas destacaron, quizá porque en el fondo compartían el optimismo emparejador del joven capitalismo.

En los tiempos que corren, restablecer la diversidad virtuosa es asunto de vida o muerte, pues a la urbanización e industrialización inmisericordes se suma una agricultura insostenible: deforestación exponencial, pérdida de suelos fértiles, escasez de agua dulce, monocultivos fertilizados, plagas resistentes, consumismo de agroquímicos, manejo irresponsable de transgénicos... Y en esta encrucijada civilizatoria, los arrinconados campesinos piden la palabra y reivindican de nueva cuenta su modo de hacer. Porque cuando se trata de impulsar una agricultura sustentable que combine salud ambiental y equidad societaria, la empresa privada tuerce el rabo, mientras que en comparación los pequeños productores domésticos resultan un dechado de virtudes.

Las revaluadas ventajas de los labriegos ya no se refieren, como pensábamos en los años setenta, a su condición de productores de alimentos y materias primas baratos, que al "transferir su excedente económico a través del intercambio desigual" sustentaron la industrialización. Atrás quedó la freudiana envidia de la plusvalía, que algunos campesinólogos le atribuimos gratuitamente a los rústicos, y con ella las laboriosas pruebas argumentales de que los agricultores domésticos eran tan explotados como los obreros. Quizá lo son, pero el problema de fondo es otro.

Los campesinos son indispensables, no porque "producen bienes baratos y sin subsidio", sino porque reproducen la diversidad social y natural, que es un valor de uso y no un valor de cambio. Los pequeños productores agrícolas –hoy se ve– son polifuncionales. Esto significa que su eficiencia y competitividad no deben valorarse sólo con base en lo que lanzan expresamente al mercado, sino también de bienes y servicios poco visibles en una óptica estrechamente mercantil. Por lo general ausentes de los análisis costo/beneficio, estas funciones son de índole societaria, cultural y ambiental.

Veamos algunas funciones de carácter social:

1. En un país con severos problemas de autosuficiencia, seguridad y soberanía laborales, forzado a exportar alrededor de mil 500 ciudadanos al día, la economía campesina genera empleos e ingresos a costos sustantivamente menores que la industria y los servicios.
2. Cuando México ha perdido autosuficiencia, seguridad y soberanía alimentarias, la producción campesina de básicos destinada al mercado nacional, local o al autoconsumo, reduce el riesgo de crisis de medios de vida y de hambrunas.



Foto:Col. Foto Fija

3. En el contexto de una sociedad rural desintegrada por el éxodo y la falta de opciones, y un mundo urbano saturado de precaristas atendidos a la economía informal parasitaria, la economía agropecuaria doméstica fija a la población y fortalece la comunidad.
4. Frente a una producción rural tradicionalmente pulverizada, la nueva proclividad campesina a combinar labores familiares con actividades asociativas, genera economías de escala y refuerza la organicidad social.
5. Cuando el narconegocio deviene socorrida estrategia de sobrevivencia rural, restaurar la viabilidad de la economía doméstica es la forma más barata de combatir el crimen organizado.
6. Y sin duda la forma menos cruenta y más legítima de desalentar la guerrilla es fortalecer a campesinos y comunidades como punto de partida para la dignificación justiciera y democrática de la sociedad rural.

Otras funciones son culturales:

1. Si uno de nuestros mayores activos es la diversidad de culturas: autóctonas, migradas y mestizas, y si la matriz originaria de esta pluralidad es casi siempre de carácter rural y comunitario, habrá que reconocer en la economía campesina el sustento material y espiritual de nuestra identidad como nación.
2. Admitir la legitimidad de las reivindicaciones autonómicas de los pueblos indios, supone también reconocer en la economía familiar, que mayoritariamente practican, la base productiva de sus derechos.
3. Dado que la cultura popular no industrial incluye tanto productos artesanales como usos lingüísticos, políticos, jurídicos, religiosos, indumentarios, musicales y culinarios, así como prácticas y saberes agrícolas a veces ancestrales, su futuro depende de la revitalización de la comunidad y la economía campesina que la sustenta.



Foto: Col. Foto Fija

Y otras funciones más son ecológicas:

1. En tiempos de grandes disturbios ambientales que dramatizan los límites del modelo prevaleciente de producción y consumo, resaltan las virtudes de una economía y una socialidad comunitarias capaces de mantener y desarrollar una relación más armoniosa con el ambiente.
2. Admitiendo que algunas prácticas campesinas ancestrales, como la roza-tumba y quema, dejaron de ser sustentables por la presión demográfica sobre las tierras disponibles, no cabe duda que los nuevos paradigmas ambientales –tanto los grises que impulsan tecnologías limpias, como los verdes que convocan a no vio-

lentar la capacidad de carga de los ecosistemas— están revalorando los aprovechamientos diversificados, el bajo o nulo empleo de agroquímicos y la escala productiva modesta capaz de adecuarse con flexibilidad a los variopintos requerimientos del ambiente, es decir, están reivindicando el diverso y cambiante pero terco y consistente modelo campesino de producción.

3. Cuando el agua potable, la atmósfera limpia y el suelo fértil devienen recursos escasos y cada vez más valiosos, contra los que atentan tanto los patrones tecnológicos intensivos y uniformes como la compulsión lucrativa del capital, es necesario apelar una vez más a una producción campesina, por naturaleza diversa y que antepone el bienestar a la ganancia.
4. Si el siglo XXI ya no ha de ser de los petroquímicos sino de las industrias de la vida basadas en la ingeniería genética, el recurso estratégico por excelencia será la biodiversidad; un bien que las transnacionales y sus bioprospectores extraen y patentan, mientras que comunidades y campesinos lo preservan y recrean para su aprovechamiento franco y compartido.

Los saldos en justicia, pluralidad y ecología están ahí, pero el mercado no los reconoce ni los retribuye. Apenas algunos servicios ambientales, como la “captura de carbono”, la “cosecha de agua” o la retención de suelos, han cobrado cierta visibilidad, pero los intentos de medir, cotizar y hacer efectiva su retribución están en pañales. En algunos casos se busca que las empresas contaminantes paguen estos servicios. En otras ocasiones los consumidores finales demandantes de bienes *orgánicos, verdes, limpios y sustentables*, o también *justos y equitativos*, y hasta *indios*, están otorgando sobrepagos, que en parte retribuyen las virtudes intrínsecas del producto y en parte premian la presunta equidad y amabilidad ambiental de su cultivo. Finalmente, a través del gasto público, los gobiernos destinan ingresos fiscales a contrarrestar la desigualdad social, impulsar las culturas autóctonas y preservar el ambiente. Sin embargo, ni el incipiente mercado de servicios ambientales, ni el módico consumo de productos justos y ecológicos, ni el parco gasto público en equidad, cultura popular y ecología, retribuyen significativamente las funciones socioambientales decisivas prestadas por la economía campesina y la comunidad rural.

Identificar, ponderar y cotizar estos múltiples servicios, es el primer paso. Pero lograr su justa retribución no será fácil, pues aunque parezca asunto comercial, reconocerlos afrenta a los principios del absolutismo mercantil; un sistema que no concede valor de cambio a bienes sociales, culturales y ambientales que no puedan ser privatizados y por ende lucrativos. Admitir que la sociedad debe retribuir el fortalecimiento de valores como la equidad, la armonía y la diversidad cultural, o que debe pagar por la preservación y restauración de bienes, que por otra parte se rei-



Foto:Col. Foto Fija

vindican como colectivos y no privatizables, como los recursos naturales y la biodiversidad, es un hueso duro de roer para los integristas de la libre competencia. Por fortuna las evidencias de que se avecina una catástrofe ecológica y los síntomas de que la marginalidad urbana y rural están a punto de reventar, han hecho visibles las virtudes campesinas.



Col. Foto Fija

Por décadas reivindicamos el derecho de los rústicos a existir alegando que podían ser tan "eficientes" como los empresarios. Batalla perdida, pues en términos de rendimientos técnicos directos y rentabilidad económica estrecha, la brecha entre la pequeña agricultura doméstica y la privada se ha venido ensanchando. Tanto así, que para algunos los campesinos ya son una clase innecesaria y prescindible cuya inminente extinción hay que celebrar. Hoy el debate debe replantearse: quizá los productores domésticos no son tan "eficientes" como los empresarios del campo si los medimos con la vara de la empresa privada, pero sin duda lo son infinitamente más si ponderamos su impacto sociocultural y ambiental, rubros donde el agronegocio de plano sale reprobado.

¿Pero aún habrá campesinos cuando, por fin, se decida premiar sus servicios? ¿El éxodo incontrolable no está acabando con lo que restaba de la comunidad rural? Probablemente los habrá, pues los labriegos y en especial los indios, no sólo resultaron polimorfos, también transterritoriales y ubicuos.

## II. Campesinos en tránsito

Tú llegas a una sociedad como la estadounidense, bien cosmopolita, y de repente te preguntas: "¿Quiénes somos nosotros. Quién soy yo en este país. ¿Mexicano? Esto está muy general". Y luego los propios mexicanos te dicen: "Eres de Oaxaca o oaxaquita", quíerese o no. Pero no soy de Oaxaca, así nomás, yo soy de un lugar. Y vas ubicando... Luego yo creo que hay un cambio... en la forma de ver la identidad: un poco más global, no tan reducida a tu pueblito o región...

La migración nos ha dado cierto sentido de solidaridad para defender nuestros derechos... Los triquis migrantes, mixtecos, zapotecos..., hemos encontrado nuestro espacio al salir de Oaxaca. Hay unión de todos nosotros.

Desde los sesenta comienza la migración al noroeste... donde nos empiezan a decir "oaxaquitas" o "oaxacos", en términos despectivos..., esto nos llena de coraje. Había que reivindicar el nombre de oaxaqueño... y binacional, porque estamos en dos países... Fue así como decidimos...(ponernos) Frente Indígena Oaxaqueño Binacional.

**Arturo Pimentel, dirigente del nos**

La imagen de una comunidad indígena mesoamericana cerrada, introvertida y conservadora, que describen antropólogos como Eric Wolf, probablemente fue válida hasta los cincuenta, pero en la segunda mitad del siglo xx, los

poblados étnicos intensificaron notablemente sus intercambios disruptivos con el exterior, tanto de mercancías como de personas. Sin duda el saldo fue la paulatina descomposición de un agregado humano que sacaba fuerzas del enconchamiento y la desconfianza en la innovación perturbadora. Pero ésta no fue la única resultante, mientras que unas comunidades se erosionaban, otras se adaptaron, sobrevivieron y hasta embarnecieron en el trance, al asumir el oportunismo y la plasticidad como estrategia, pero conservando el núcleo básico de cohesión.

Después de los sesenta del siglo pasado, se intensifica y hace más remota la migración desde el sureste campesino e indígena, y la trashumancia deviene clave de las mayores mutaciones comunitarias. El peregrinaje estacional en vaivén, que ya se daba a las costas más o menos cercanas, se extiende del sureste a los valles agrícolas de Sonora, Sinaloa y Baja California, en el último cuarto del siglo la migración proveniente de la Mesoamérica raigal cruza atropelladamente la frontera, primero a las cosechas de California y luego a las ciudades. Y cuanto más profunda es la incursión, más tiende a ser definitiva, de modo que muchos de los jornaleros sudacas que llegan al noroeste y a los Estados Unidos, se establecen en las regiones de trabajo.



Foto:Col. Foto Fija

La migración distante y prolongada no sólo altera la fisonomía de los lugares de destino, también modifica profundamente la economía, socialidad y cultura de los poblados de origen, con quienes los trasterrados conservan lazos estrechos. Y sobre todo revoluciona a la comunidad, que al desdoblarse en sucursales remotas deviene multiespacial, discreta, binacional.

En esta suerte de globalización plebeya que es el éxodo, los nuevos nómadas se echan al morral la identidad y los pueblos dislocados se organizan por encima de distancias y fronteras. Así, los campesinos del milenio devienen trans-territoriales y ubicuos. Y sin embargo, en un sentido profundo, permanecen campesinos, pues para las comunidades a la intemperie preservar la identidad es cuestión de vida o muerte.

La irrefrenable compulsión migratoria, resultante de una larga crisis que acabó con el empleo, el ingreso y la esperanza de pobres y no tan pobres, ha hecho de México una nación peregrina. En particular los campesinos –de suyo pata de perro– se la viven en el camino. Pero el nomadismo cíclico e incluso la diáspora, no significan olvido y muerte de la comunidad originaria sino fundación de una nueva comunidad salteada.

La escala del fenómeno es inmensa. Hay en México alrededor de 4 millones de jornaleros, en su mayor parte migratorios: en Sonora se emplean unos 150 mil trabajadores agrícolas estacionales, 100 mil en Baja California y por el estilo en Sinaloa. Asalariados a tiempo parcial que al principio bajaban de las zonas serranas de las mismas entidades, después llegaron de Oaxaca y ahora vienen principalmente

de Guerrero, aunque ya empiezan a arribar los chiapanecos expulsados por la crisis del café. El gran flujo migratorio del Pacífico, al que se suman anualmente unos 60 mil trabajadores guatemaltecos, es el principal; pero hay muchos otros, algunos altamente especializados: las cortadoras de mango que antes trabajaban en campos cercanos a su pueblo, ahora recorren un circuito que empieza en Tapachula, Chiapas, y luego recorren las huertas de Oaxaca, Guerrero, Michoacán, Colima, Nayarit y Sinaloa.

Y ya estando en el camino, pues de una vez *on the road*. "¿A dónde irás que más valgas?... Al gabacho ¿Qué no?", reflexionan los jóvenes carentes de porvenir en Mexiquito. Antes se iban casi puros campesinos fregados; ahora ya no, la mayoría de los nuevos migrantes tiene un poco de dinero y algunos estudios. Pero aun así, la diáspora rural es enorme, quizá la mitad de esa patria trasterrada, que en números gruesos representa a 20 millones de mexicanos – 20% de la población nacional–, de los cuales cerca de la mitad nacieron en México, y la mitad de esa mitad son indocumentados.

La desbandada es cada día mayor. Según Conapo en 96% de los municipios mexicanos hay cierta "intensidad migratoria" hacia los Estados Unidos, pero en estados como Zacatecas, Durango, Aguascalientes y Michoacán, entre 60 y 70% de los municipios presentan tasas altas y muy altas de migración. En estas entidades, así como en Jalisco y Guanajuato, el flujo poblacional a Estados Unidos es histórico; sin embargo, en los últimos años, regiones indígenas más profundas, como las mixtecas (poblana, oaxaqueña y guerrerense), el sur de el Estado de México y de Morelos, el norte de Guerrero, el sureste de Puebla y más recientemente el centro de Oaxaca y el centro-sur de Veracruz, se han incorporado a la diáspora.

Dicen que la distancia es el olvido, pero los migrantes rasos no conciben esa razón. Siempre solidario, el sector más pobre de los trasterrados envía dinero a sus familiares varados en México. No es poca cosa; el año pasado fueron más de 9 mil millones de dólares, lo que hace de la exportación de connacionales la cuarta fuente de divisas, sólo superada por el petróleo y el conjunto de las manufacturas, pero muy por encima del turismo, el sector agropecuario y el extractivo. Un flujo, centavero quizá, pero mucho mayor que la nueva inversión extranjera directa, por la que tanto nos afanamos. En el último lustro las remesas han venido creciendo a una tasa de 11% anual, y de ellas dependen directamente 1 millón 250 mil hogares, es decir alrededor de 6 millones de personas, 6% de la población. Y muchas de estas familias que viven con el alma en un giro son rurales, campesinos que encuentran en los envíos en dólares un ingreso más seguro y abundante que el gasto público agropecuario, pues en los últimos años las remesas superaron ampliamente el total de los recursos fiscales que se gastan en sostener a la Sagarpa, más los que se canalizan a Alianza para el Campo y Procampo.



En verdad es un toma y daca. Los trasterrados retroalimentan a sus pueblos natales con dinero, artilugios electrónicos e influencias culturales del gaba-cho, pero tienen en ellos una entrañable retaguardia que los dota de raíces, de identidad. Y por eso, todos los años, un millón y medio de personas, 15% de los nacidos en México pero residentes en Estados Unidos, regresan de vacaciones a sus enfiestados pueblos natales, en una suerte de efímero y recurrente milenio chiquito que los reintegra brevemente a la edad de oro y a sus orígenes. Sentido de pertenencia que es bagaje indispensable, sobre todo cuando se vive en las entrañas del monstruo.

Las comunidades no se disgregan, se extienden, se replican por metásta-sis. El resultado es un espacio distendido y topológico: una superficie social que conserva sus propiedades por más que se estire o comprima. Pero las comunidades multinacionales no fronterizas no sólo se estiran, también se fragmentan, y sus segmentos distanciados, más que a la topología remiten a una geometría de la discontinuidad.

La condición dislocada de las comunidades que dispersó la diáspora define territorios distendidos y desgarrados: espacios no euclidianos que se avienen mal con las mojoneras y cartografías convencionales. Dilatados colectivos, que aun salteados y discontinuos, delimitan un adentro y un afuera, mantienen la cohesión, elevan la autoestima... Los nuevos gitanos migran con "el costumbre" a cuestras, pero pelando bien los ojos y asumiendo con prestancia las novedosas coordenadas de los lugares de destino. Sin embargo las comunidades transterritoriales desperdigadas siguen definiendo su propio espacio/tiempo interno. Hacia adentro las reglas y los relojes que se emplean para medir distancias sociales, procesos de cambio y ciclos históricos, provienen de la comunidad originaria. Y –como nos enseñó Einstein para la física– esta asincronía de los relojes y desproporción de las reglas es más fuerte cuanto mayor es la velocidad relativa de un sistema respecto de otro. Porque ocurre con frecuencia que las comunidades más movidas son también las más diferentes y cohesivas.

Cohesión que no significa enconchamiento inmovilizador sino receptividad y adaptación. Una comunidad fuerte no es dura, rígida, cerrada y resistente al cambio, sino flexible, dinámica, oportunista, mudable. Y muchas de estas mudanzas van en el sentido de aglutinar al colectivo fortaleciendo y reinventando su identidad.

El comunero errante es un ente peculiar, mágico. Con frecuencia salta de uno a otro segmento de su dilatado hábitat, que pueden distar miles de kilómetros, como quien va aquí nomás, a casa de la abuela. Puede concelebrar las festividades tradicionales del terruño sin tener que salir de su nuevo asentamiento, pues por



Foto: Hnos. Mayo, AGN



Foto: Col. Foto Fija

remotas que sean las sucursales devienen parte constitutiva de la comunidad originaria. Más aun, puede ocupar simultáneamente diversos cargos y lugares sociales en el colectivo disperso, porque en los grupos cohesivos quien se va a la villa no pierde su silla. Y es que en la comunidad discreta hay una suerte de relativización de la lejanía o indiferencia a la distancia, que con una ayudita de los nuevos medios de comunicación, permite abolir el cerca y el lejos. La politopía es, en fin, una forma de sobreponerse al desgarramiento migratorio, de resistir.

Los comuneros del éxodo –a los que Michael Kearney llama “polibios” por analogía con las especies que son a la vez terrestres y acuáticas– son ubicuos e intercambiables. Los que se quedan despiden a los que se van, “como si se despidieran de ellos mismos”, dice José Saramago de ciertos viajeros, en su novela *La balsa de piedra*. Y de esta manera, los comuneros de la diáspora sacan fuerza de la adversidad.

Gracias a la politopía de los que se van sin irse y la terca multifuncionalidad de los que quedándose no se quedan del todo, los campesinos son aún nuestros contemporáneos. El olor a leña y mazorcas asadas todavía es el aroma de la patria. Habiendo modo, los mexicanos rasos del tercer milenio seguimos comulgando con tortillas y sal gorda, acucillados en torno a un ardiente y democrático sol de barro. \*



112. Tehuacan Woman in traditional dress, Puebla, Mexico.  
Exhibited Summer, New York, U.S. of America.

# LA MODERNIZACIÓN SIN SUS POBLADORES. DEL MEGAPROYECTO DEL ISTMO AL PLAN PUEBLA PANAMÁ

Ana Paula de Teresa\*

## UN POCO DE HISTORIA

A lo largo del tiempo, de manera recurrente, el istmo de Tehuantepec ha sido objeto de grandes planes y proyectos. Desde fines del siglo XIX se ha planteado conectar esta zona con el mercado mundial. Hoy en día nos encontramos ante la renovada polémica que desata el Plan Puebla Panamá (PPP) que supuestamente "ahora sí" detonará el desarrollo del sur-sureste mexicano.

La región del istmo es una de las áreas más importante de biodiversidad nacional. Su riqueza se debe a que es un espacio de confluencia de los reinos neotropical y neártico y de las biotas de los golfos de México y de Tehuantepec. Sus planicies costeras, cerros, montañas, pantanos y manglares dan cobijo a una variada flora y fauna, endémica y migratoria.<sup>1</sup> En la región hay numeroso cursos de agua y sus nacientes. En la vertiente norte se encuentran los ríos Coatzacoalcos, Tonalá y Usumacinta, mientras que en la vertiente sur se localizan Los Perros, Tequisistlán, Tehuantepec, Chicapa y Ostuta.

La importancia estratégica de la región, como ruta entre los océanos, no es nueva. Desde la época prehispánica esta zona fue un centro de intercambios demográficos, comerciales y militares. Las comunicaciones fluviales del río Coatzacoalcos fueron claves para el comercio regional durante la Colonia.<sup>2</sup> Sin embargo, no es sino hasta la primera mitad del siglo antepasado que el interés internacional por el istmo de Tehuantepec cobra fuerza. En esta época se consideraba que la población escasa o deficiente constituía el principal obstáculo para la prosperidad nacional, que entonces se asociaba con una población abundante. Por ello, uno de los ejes para fomentar el desarrollo económico del país fue la creación de leyes de colonización encaminadas a poblar las áreas "vacías" del territorio nacional, ubicadas principalmente en el trópico húmedo y en las regiones áridas del norte y noroeste de México.

Con las leyes de colonización expedidas entre 1824 y 1830 el gobierno promovió la ocupación del norte del país; en el sur creó la provincia del istmo. En esta última se trató de hacer un centro de población que estuviera a mitad del camino entre los dos mares, para lo cual se debían colonizar los baldíos que se repartirían primero entre militares, después entre capitalistas nacionales y extranjeros y finalmente, las tierras que sobraran, se entregarían a la población carente de propiedad. El resultado de este proceso fue la formación de modernas plantaciones capitalistas en el Papaloapan (Veracruz), fincas cafetaleras en el Soconusco (Chiapas), haciendas henequeneras en Yucatán, estancias ganaderas en el norte y explotaciones madereras en Oaxaca, Chiapas y Tabasco.<sup>3</sup>

Antropóloga. Profesor-Investigadora de la UAM-I

Batalla, Á., *Recursos naturales (climas, agua, suelo, colonización)*, ed. Nuestro Tiempo, México, 1972, p. 141.  
Una ruta que unía Guatemala y La Habana se comerciaba en la región con cochinilla de Yucatán, añil de Guatemala y caña de Tehuantepec. Esta se comercializaba por el Soconusco, Tehuantepec, Saravía, Acayucan, San Evangelista, Papaloapan y Veracruz.  
Xochitl y Ascencio, "El Estudio de la colonización: algunos enfoques", en Leyva, Xóchitl y Ascencio, Gabriel, (eds.), *Colonización, cultura y sociedad*, Universidad de Ciencias y Artes del Estado de Chiapas, Chiapas, México, 1997, p.16.

Durante el gobierno de Porfirio Díaz se consolidan los esfuerzos anteriores en materia de colonización. En 1883 se expidió la nueva ley que ratificó el trato con las deslindadoras que incluían la fórmula siguiente: un tercio del total de tierra deslindada quedaría en manos de la empresa como pago por sus servicios. El deslinde pretendía favorecer la privatización de la tierra y con ello fomentar la explotación económica por lo que la delimitación territorial debía servir para colonizar. Sin embargo, años después fue evidente que éste había sido aprovechado para la especulación y la concentración de la propiedad y no tanto para poblar las áreas supuestamente ociosas.<sup>4</sup>

#### EL PROYECTO TRANSÍSTMICO DURANTE EL PORFIRIATO

En 1842, el general Santa Anna firmó un decreto mediante el cual otorgaba a José de Garay el privilegio de explotar por 50 años la región con miras a construir un ferrocarril transístmico. Este proyecto era particularmente interesante para los capitalistas ingleses y norteamericanos que querían extraer las maderas preciosas que ya quedaban lejos de los ríos navegables.

De Garay vendió en 1851 la concesión del istmo a una compañía norteamericana, la Louisiana Tehuantepec Railway Company, que estableció sus oficinas en Tehuantepec. Aunque esta compañía nunca llegó a construir el ferrocarril, vendió a diversos extranjeros concesiones de uso sobre la tierra. Para los últimos años del siglo antepasado, algunas de las empresas y haciendas que se establecieron en la zona fueron: J. Henry & Sons Co., que adquiere 90 mil hectáreas; la Mexican International Land Co., con 32 mil 500 hectáreas; la New York Lumber Co.; la St. Paul Development Co.; el señor Hearst y numerosos latifundistas menores que establecieron las haciendas del Corte, la Esmeralda, la de los Méndez, la de Pedro Vázquez, la de Coyulapa y el Respiro.<sup>5</sup>

En 1889 el general Porfirio Díaz impulsó la construcción del ferrocarril transístmico a través de la compañía inglesa Pearson & Son Limited, a la cual se le conceden 51 años de usufructo. Esta empresa debía concluir las vías férreas, construir los puertos de Salina Cruz y Coatzacoalcos de tal manera que se pudieran recibir buques de gran calado y realizar el tendido telegráfico. El 29 de julio de 1894 quedó establecida la comunicación interoceánica y el 30 de enero de 1907 Díaz inaugura oficialmente los 310 kilómetros de vías y los talleres ferroviarios de Matías Romero. Sin embargo, en 1914 la apertura del Canal de Panamá a la navegación norteamericana relegó al abandono los puertos de Salina Cruz y Coatzacoalcos y el ferrocarril que los unía.<sup>6</sup>

Mientras terminaba la construcción del ferrocarril transístmico, la compañía Pearson & Son Limited hizo exploraciones petroleras exitosas en el sur de Veracruz. Así, durante las décadas de 1920 a 1940 México se convierte en el tercer productor mundial de petróleo. La expropiación petrolera realizada por Cárdenas en marzo de 1938 permite que el país se inscriba, por derecho propio, en el intrinca-



Foto: Col. Fo

- 4 Aboites, Luis, "Colonización en México: Breve revisión Histórica 1821-1940", en Leyva, X., y Ascencio, G., *op.cit.*, pp. 42-43.
- 5 Según la *Relación de Santa María Chimalapa*, muchos de estos propietarios no llegaron a tener documentación agraria ya que sólo sacaron las maderas preciosas sin ocupar nunca los predios. En todo caso, a principios del siglo xx casi todas las tierras de esta zona estaban repartidas entre propietarios extranjeros. Las tierras no compradas fueron consideradas como terrenos baldíos por la Comisión de Fomento de Tehuantepec, que en 1908 levantó un censo de ellas. Véase González, A., *Relación de Santa María Chimalapa*, Casa de la Cultura del gobierno del estado de Oaxaca, colección Agua quemada, México, 1985, p. 4.
- 6 Münch, Guido, "Etnología del istmo veracruzano", IIA/UNAM, México, 1944, pp. 33-34.



Ferrocarril del Istmo, 1913

do sistema de relaciones internacionales que se tejen alrededor de este recurso no renovable. Posteriormente, la construcción de la carretera Coatzacoalcos-Minatitlán en 1938, la carretera pavimentada del sureste en 1950 y la carretera panamericana en 1951, a la vez que hacen posible la explotación y comercialización del petróleo desplazan al ferrocarril como medio de transporte nacional.

#### EL MEGAPROYECTO DEL ISTMO A FINES DEL SIGLO XX

La decisión de insertar la economía mexicana en la circulación de bienes y servicios en todo el mundo se comienza a perfilar desde principios de 1970. Para 1977, los puertos industriales y petroleros de Coatzacoalcos y Salina Cruz se conciben como los extremos de una alternativa terrestre al Canal de Panamá. El proyecto se llamó Servicio Multimodal Transistmico, conocido popularmente por Alfa-Omega. Sus objetivos básicos eran: "impulsar el desarrollo de una zona ístmica; servir como infraestructura de transporte y atraer carga internacional". Años después, un analista sostendría que este proyecto "...no fructificó porque se requieren de fuertes inversiones en infraestructura y su factibilidad comercial no puede estar sustentada en el simple tráfico de mercancías que requiere de maniobras adicionales frente a otras opciones [...] El simple cruce no es un potencial".<sup>7</sup>

La comunicación entre los dos puertos industriales y petroleros de altura, permitiría la articulación de dos de las tres grandes cuencas marítimas del mercado internacional: la del Atlántico Norte y la del Pacífico. La primera constituye el espacio de intercambio de dos de las economías más grandes del mundo: América del Norte y la Comunidad Económica Europea (CEE). La segunda contiene el otro gran espacio económico internacional: Japón, Taiwán, Corea, Singapur y Hong Kong, sin olvidar que en las costas americanas se encuentra la economía más dinámica de Estados Unidos, la de California y en su extremo oriental, China. En 1985 esta segunda cuenca concentraba 46% del Producto Mundial Bruto y para 1990, llegaba a 58%, estimándose que para la década del 2000 se estabilizaría alrededor de 50 por ciento.

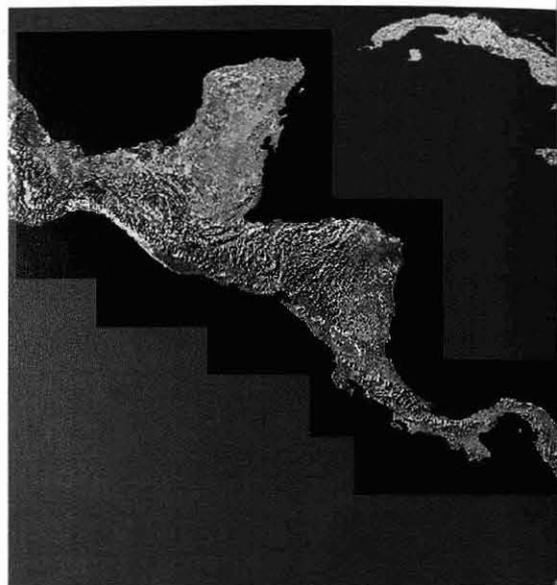
La decisión de insertar la economía mexicana en la circulación de bienes y servicios de las tres grandes áreas del mercado mundial (Estados Unidos, Europa y Japón) muestra que la economía nacional no es un sistema autónomo sino que se encuentra sujeta a la dinámica del mercado internacional. Es precisamente esta dinámica la que obliga a México a emprender una transformación acelerada en las prácticas de producción y comercialización a través de tres ejes: la maquila, la inversión extranjera y la producción para la exportación.

La globalización se impone en todos los espacios sociales. No obstante, ésta asume formas distintas en función de las características concretas de las sociedades en las que se inserta. En México, la integración al mercado mundial se impulsa a través de un conjunto de políticas que promueven la estabilidad macroeconómica, la descorporativización de la economía y la liberalización del comercio. En este proceso algunas formas sociales se vuelven caducas y se sustituyen por otras cuyo común denominador parece ser la primacía de la lógica del mercado. Para ello se crean los marcos regulatorios e institucionales sobre los cuales se asientan los nuevos "derechos de propiedad". Estos, además de clarificar las acciones, prioridades y objetivos gubernamentales, tienden a proporcionar seguridad jurídica y "confianza" a los inversionistas privados.

Un claro ejemplo del cambio en la regulación de la propiedad se presenta en las reformas al artículo 27 constitucional y su Ley Reglamentaria.<sup>8</sup> Dichas reformas tienen un carácter tanto político como económico. Ambos aspectos, aunque íntimamente relacionados entre sí, tienen implicaciones distintas sobre la realidad del agro, por lo que es importante distinguir aquellos elementos que tienen un impacto fundamentalmente político –como son la liquidación del reparto agrario, la resolución del rezago agrario y los cambios al corporativismo rural– de aquellos que afectan la organización económica del ejido. Estos últimos se ubican en dos ejes: 1) se eliminan restricciones en el funcionamiento interno del ejido (subordinación al Estado, imposibilidad legal de contratar mano de obra, privatización de la superficie parcelada) y, 2) se plantean cambios en la regulación de las tierras ejidales con otros agentes económicos (asociación, renta, venta, garantía de crédito). En síntesis, sin atacar frontalmente a la propiedad social, las reformas al artículo 27 constitucional crean las condiciones para privatizar la tierra e impulsar el desarrollo de la agricultura empresarial en detrimento de la producción campesina.<sup>9</sup>

México se incorpora al Tratado de Libre Comercio (TLC) con Estados Unidos y Canadá el 1 de enero de 1994. La adhesión de nuestro país al TLC presupone una relación desigual ya que por un lado, la economía mexicana, en términos totales, equivale tan sólo a 4% de la de los Estados Unidos y por otro, Estados Unidos realiza con México sólo 5% de todo su comercio exterior mientras que 75% de las transacciones nacionales se llevan a cabo con el vecino país del norte, lo cual implica una relación de dependencia estructural con la economía norteamericana.<sup>10</sup>

En este nuevo contexto nacional e internacional se impulsa en 1996 el Programa de Desarrollo Integral del Istmo de Tehuantepec, actualmente convertido en el Plan Puebla Panamá. Esto es, se ponen en marcha las medidas jurídicas y administrativas necesarias para su realización. La principal variante es que hoy en



Área que abarca el Plan Puebla-Panamá

día el Estado no cuenta con los recursos –ni tampoco con la voluntad política– para desarrollar la infraestructura física y la inversión social que exige el programa transístmico. Por ello, se plantea que deberá ser principalmente la inversión privada (tanto nacional como extranjera) la que concrete su realización.

#### EJES DEL MEGAPROYECTO: OAXACA Y VERACRUZ

La Secretaría de Comunicaciones y Transportes, con los gobiernos de los estados de Oaxaca y Veracruz, formaron en 1996 el Comité Coordinador Interinstitucional que impulsó el Programa de Desarrollo Integral del Istmo de Tehuantepec.<sup>11</sup> En él se identifica la región a partir de las zonas urbanas relacionadas con el petróleo y sus derivados; es decir, desde Salina Cruz hasta Coatzacoalcos, involucrando a Tehuantepec, Juchitán, Ixtepec, Matías Romero, Acayucan, Minatitlán y Cosoleacaque.<sup>12</sup>

La propuesta pretende estructurar un espacio internacional con comunicaciones de alta tecnología, sistemas avanzados de localización de cargas, arrastre y distribución de embarques y operaciones eficaces de redistribución de productos. Alrededor de la infraestructura portuaria, ferroviaria y carretera, se plantean proyectos "detonadores" del desarrollo de la región. Básicamente, éstos son industriales, petroquímicos, mineros, pesqueros, agroindustriales, de turismo e infraestructura urbana.

El área de impacto del programa transístmico abarca 80 municipios con una población total de 1 millón 978 mil 136 habitantes en 1990. Del total de municipios, 49 corresponden al estado de Oaxaca y 31 a Veracruz. Con respecto a la marginalidad, 40% de los municipios se clasifican en un nivel alto y sólo 18.7% presentan un perfil de baja marginalidad. 24.4% del total de la población de la región (482 mil 860 habitantes) pertenecen a 12 grupos étnicos distintos: zapotecos, popolucas, nahuas, zoques, huaves, mixes, chontales, mixtecos, tzotziles, chinantecos, mazatecos y chochos. 62% vive en el lado oaxaqueño y 38% del lado veracruzano.<sup>13</sup>

Es importante destacar que en esta región, 77.8% de la población indígena se ocupa en el sector primario y predomina la propiedad social de la tierra con mil 230 núcleos agrarios divididos en mil 174 ejidos y 56 comunidades. Del total de núcleos, 85% está del lado veracruzano con mil 042 ejidos y tres comunidades (en los municipios de Pajapan, Jesús Carranza y Playa Vicente, con una comunidad cada uno). Mientras que 15% de los núcleos agrarios restantes se encuentra en Oaxaca con 132 ejidos y 53 comunidades.

Para impulsar el programa ístmico se han propuesto un total de 125 proyectos de los cuales 20% son de infraestructura urbana, 18.4% se refieren a la industria petrolera y petroquímica, 14.4% son pesqueros, 8.8% industriales, 7.2% de infraestructura ferroviaria, 6.4% de infraestructura portuaria, 5.6% de infraestructura carretera, mientras que la minería y las agroindustrias abarcan 4.8% cada una y por último 3.2% de los proyectos se ubican en turismo.<sup>14</sup>

Estos simples datos muestran que el plan de desarrollo para la región no está pensado para satisfacer las necesidades de la población local, mayoritariamente vinculada a la tierra y a las actividades agropecuarias, a no ser como reserva de mano de obra barata. La instrumentación de la mayoría de los proyectos supone, por un lado, la explotación de recursos naturales que, bajo el régimen de tenencia ejidal y/o comunal, aun están en manos de la población local y, por otro, la "importación" de trabajadores calificados pues los habitantes de la zona (con un bajísimo nivel de escolaridad) no están capacitados para competir por un empleo permanente en las ramas de la petroquímica, la industria, la minería o de infraestructura urbana. Así, cabe preguntarse, ¿a que puede aspirar la población campesina e indígena del sur de México bajo este programa?

Más que la superación de las condiciones de marginalidad y pobreza de la población local, parece que lo que se encuentra en juego con el megaproyecto del istmo es la inversión de capitales privados nacionales y extranjeros. Las principales cartas para atraer a los inversionistas son básicamente tres: 1) la ubicación estratégica de la región; 2) la disponibilidad de mano de obra barata, y 3) la existencia de recursos abundantes y diversos, sin olvidar que es precisamente en esta zona donde destacan tres áreas naturales en riesgo:

1. La primera es la de Los Tuxtlas en Veracruz, en donde hay una estación biológica bajo la atención de la UNAM, con 700 hectáreas de selva alta perennifolia.<sup>15</sup> Esta zona se encuentra muy presionada por intereses madereros y de colonización espontánea.
2. Le sigue, también en el estado de Veracruz, con el mismo tipo de vegetación básica, la zona de Uxpanapa, que no tiene ningún tipo de protección. Esta zona está considerada por la Unión Internacional para la Conservación de la Naturaleza (UICN) como un centro de diversificación de plantas, que se continúa con Los Chimalapas (Oaxaca) y El Ocote (Chiapas).<sup>16</sup>
3. La tercera zona es la de San Miguel y Santa María Chimalapas, con 594 mil hectáreas de selva húmeda y bosques que en 20 años se han reducido en 40%. Esta es una zona de alta diversidad de especies con representantes endémicos de flora y fauna.

Es indudable que en México los grandes proyectos de desarrollo (mineros, de explotación petrolera, de hidroeléctricas, de redes carreteras, etc.) han generado riqueza de manera inmediata a pequeños sectores sociales nacionales e internacionales. Sin embargo, en varios casos también han dañado de manera irreversible al medio ambiente y a las poblaciones locales de los territorios en que se llevan a cabo. Así, por ejemplo, la selva de Uxpanapa fue talada para crear 20 ejidos en donde se trasladaron 20 mil chinantecos de Oaxaca debido a la inundación de sus tierras por la presa Miguel de la Madrid (o Cerro de Oro) en mayo de 1989. Por su parte, la zona norte del istmo, dedicada a actividades agropecuarias con una concentración de dos millones de cabezas de ganado vacuno, se ha visto amenazada



Alojamiento para los trabajadores del ferrocarril de Tehuantepec, ca. 1900



por la ganadería extensiva y la siembra de pastos artificiales inducidos. Por otro lado, la contaminación industrial hace que el estuario del río Coatzacoalcos sea una de las zonas costeras más contaminadas del mundo.

Finalmente la región de los Chimalapas, poblada originalmente por indígenas zoques, experimentó a partir de 1948 diversos procesos de colonización que afectaron la integridad de las selvas. A través de la extracción de maderas finas en gran escala, la apertura de tierras al cultivo y la introducción de la ganadería extensiva, se deterioró severamente el entorno. Paralelamente a la destrucción de la diversidad y riqueza ecológica, los Chimalapas han padecido un clima de fuerte inestabilidad política generado por los conflictos agrarios, la indefinición de los límites interestatales con Chiapas y la conjunción de intereses de grupos de ganaderos, de madereros y de narcotraficantes.<sup>17</sup>

Llama la atención la nula referencia que en el programa transísmico y posteriormente en el Plan Puebla Panamá, se hace a los agudos conflictos agrarios que se viven en sus áreas de influencia. Tan sólo en Oaxaca, de los 95 expedientes instaurados en la Procuraduría Agraria 90 son por conflictos por límites entre núcleos agrarios. 23% de estos últimos involucran a núcleos que están en 10 de los 17 municipios de impacto directo del Programa. Sorprende entonces la falta de consideraciones sobre el riesgo de asentar proyectos en áreas de conflicto, sin haber realizado previamente los trámites conciliatorios y/o jurídicos ante los tribunales agrarios correspondientes. Esto no solamente podría aumentar la escalada del conflicto poniendo en peligro las inversiones, sino también atenta contra la estabilidad política de la región ya de por sí fuertemente impactada por el movimiento zapatista en Chiapas, el paso de los migrantes guatemaltecos hacia Estados Unidos y el narcotráfico.

#### EL PLAN PUEBLA PANAMÁ (PPP)

El Plan Puebla Panamá anunciado por la Presidencia de la República en septiembre del 2001, es una ampliación del proyecto transísmico a los nueve estados de la región sur-sureste de México (Campeche, Chiapas, Guerrero, Oaxaca, Puebla, Quintana Roo, Tabasco Veracruz y Yucatán) y a los siete países de Centroamérica (Belice, Costa Rica, El Salvador, Guatemala, Honduras, Nicaragua y Panamá).<sup>18</sup>

Se propone como una respuesta al notable rezago económico y social que presenta la región sur-sureste la que, según el Conapo, concentra 84% de los municipios de alta y muy alta marginación. Para el gobierno federal este rezago obedece tanto a que se mantiene una estructura agraria en la que predomina el régimen de tenencia ejidal y comunal, como a las disposiciones constitucionales que frenan la inversión privada en el campo. Esto es, la propiedad originaria de la nación de las tierras y aguas así como la regulación del aprovechamiento del subsuelo y la exclusividad del Estado para la extracción de hidrocarburos y el manejo de ciertas fuentes de energía eléctrica, pues en esta porción del territorio nacional se localiza

... O. y Gerez P., *Conservación*  
... México, INIREB/Conservación  
... Internacional, México, 1988, pp.  
... 197.

... O. y Gerez P., *op. cit.*, pp.

... Áreza A.P., y Hernández G.,  
... *Quiénes de la selva. El*  
... *proceso de reconstitución del*  
... *territorio zoque de los*  
... *Chimalapas*, UAM-I, Conacyt,  
... *Guamap*, México, 2000.

... Presidencia de la República,  
... *Documento Base*, México, 2001,  
... 10-11. El Coordinador de la  
... Comisión Ejecutiva del PPP es  
... *Arturo Salazar Adame*.

65% de las reservas petrolíferas del país; se obtiene 94% de la producción de crudo y 54% del gas, además de que en el istmo de Tehuantepec se concentra 90% de la producción de petroquímicos básicos y secundarios.

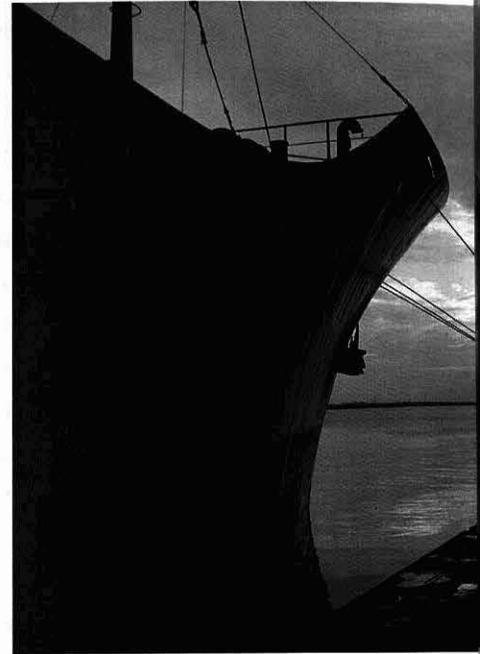
Se prevé que el PPP sea financiado por multinacionales y grandes empresas transnacionales, sin compromiso de inversiones públicas que no procedan de créditos internacionales. Éste se presenta fundamentalmente como un proyecto de infraestructura, de mejoramiento y construcción de carreteras, puentes y aeropuertos, centrales de generación eléctrica, de extracción de petróleo y gas, y construcción de ductos para abastecer al mercado norteamericano, de fomento a la agricultura de plantación y de aprovechamiento de la rica biodiversidad de la zona. En síntesis, este plan se podría resumir en seis puntos: 1) la condición estratégica de la región por las posibilidades de desarrollo de la comunicación interoceánica y los potenciales de expansión de la industria petroquímica; 2) la disponibilidad de mano de obra abundante (27 millones de habitantes) con costos competitivos en el ámbito mundial; 3) los recursos petroleros de Campeche, Tabasco y Chiapas; 4) la gran biodiversidad y el potencial agropecuario, forestal y pesquero; 5) la riqueza hidráulica e hidroeléctrica, y 6) un variado recurso turístico y cultural.

En cuanto a los esquemas de desarrollo rural que se proponen, estos corresponden a un tipo de agricultura de plantación que alteraría profundamente la organización social, política y productiva de las comunidades rurales, al hacer pasar al campesino (ya sea éste ejidatario, comunero o pequeño propietario) de productor directo a jornalero asalariado, arrendatario de su propia tierra y/o migrante potencial. Por otra parte, la propuesta de "conformación de nodos concentradores de la población que hoy vive en localidades aisladas y dispersas" para facilitar la ejecución de obras y programas de desarrollo, es una forma de romper con las formas tradicionales de asentamiento y organización de la población rural de la zona.<sup>19</sup>

#### EPÍLOGO

Un antecedente de lo que hoy propone el gobierno como modelo de desarrollo para el sur del país se puede ver, desde hace seis años, en el municipio de Tehuacán, Puebla. Esto es, la desintegración de las comunidades tradicionales; una industrialización con base en la maquila; la pérdida de la biodiversidad en manos de las grandes transnacionales; la migración y el abandono de tierras.<sup>20</sup>

En Tehuacán, famoso durante décadas por su agua mineral, existen más de 300 maquilas de ropa de mezclilla. Las empresas emplean un total de 35 mil obreros, 80% de los cuales son indígenas nahuas, mazatecos, popolucas y mixtecos. La avanzada de la inversión privada ha traído como consecuencia el despojo legal de las tierras campesinas y el saqueo de agua de la región. Actualmente el líquido vital



escasea por la sobreexplotación de los mantos acuíferos y la contaminación provocada por el lavado de la mezclilla.

Un dirigente empresarial afirma que el principal atractivo para los inversionistas de Tehuacán "son los bajos salarios y las casi nulas obligaciones de las empresas extranjeras que se han instalado (no pagan impuestos, no tienen aranceles de importación y les dan infraestructura casi gratis)". La población de la zona ha ganado empleos, sin embargo las condiciones de trabajo son malas, los salarios bajos y los derechos de los trabajadores prácticamente inexistentes. Los obreros manuales, muchos de ellos menores de edad, trabajan entre 10 y 14 horas diarias durante seis días a la semana por un salario promedio de 58 pesos diarios. Esto significa que trabajan entre 50% y 75% más tiempo que un obrero con una jornada normal de ocho horas, a cambio de tan sólo 21% más de ingreso que el salario mínimo. Contabilizado por hora de trabajo, el mínimo paga alrededor de seis pesos la hora mientras que el mayor salario de las maquilas se reduce a un rango de entre 4.80 y 4.10 pesos la hora.

Por si fuera poco, la población trabajadora de Tehuacán vive en unas 100 colonias de reciente creación. Las casas no tienen agua, luz ni drenaje y muchas de ellas están construidas con cartón y plástico. Además, en los últimos meses, la crisis económica ha provocado el cierre de cerca de 30% de las empresas, dejando a los obreros en el más crudo desempleo. Para paliar la crisis los empresarios han trasladado las maquilas a varios puntos de América Central donde el precio de la mano de obra es todavía más barato.

¿Será este "paraíso" lo que ofrece el PPP a los pobres del campo mexicano?

El abismo que existe entre lo que se plantea construir en la región sureste de México —particularmente en el istmo de Tehuantepec— y las condiciones sociales, políticas y ambientales que se presentan en este espacio, no puede zanjarse con el simple argumento de que se generarán empleos y oportunidades comerciales. Se requiere además la interrelación duradera de ambientes y sociedades locales, en donde la población sea parte integrante del proyecto de desarrollo.

En el contexto del proceso de globalización es evidente que México debe utilizar todas las ventajas comparativas que tiene a su disposición para participar en los grandes flujos comerciales internacionales. No obstante, esta participación puede asumir formas distintas según sea el modelo de desarrollo que se quiera alcanzar. Así, más que una negativa rotunda al PPP porque afectará a la población y atentará contra la "soberanía", hay que replantear la manera de vincularse al mundo global considerando los intereses de todos los sectores sociales y no sólo los del capital. Para ello, la promoción de un debate público abierto y crítico, tanto en el espacio político mexicano como en las universidades, entidades municipales y locales, es una tarea fundamental. \*

Foto: A Estrada

ibid.  
Ramírez Cuevas J., "Masiosare: Tehuacán: la capital de los jeans", *La Jornada*, 29 de julio de 2001, p. 8.



# LA AGRICULTURA DEL NORTE MEXICANO DURANTE EL SIGLO XX

Luis Aboites Aguilar\*

**E**l norte de México destaca por varias características, entre ellas la escasa población (aún hoy cuenta con menos de 21% de la población y con la mitad del territorio), la frontera con Estados Unidos y su planta industrial, en buena medida compuesta por maquiladoras.<sup>1</sup> Otra característica de este norte mexicano es la agricultura, sin duda la más próspera del país.

En los estudios especializados es casi inevitable el señalamiento de la gran desigualdad existente entre los agricultores norteros y los del centro y sur del país. Para explicar ese fenómeno se consideran factores tales como: mayores parcelas e índices de mecanización, mejor disponibilidad de infraestructura de riego y mejores servicios de asistencia y crédito. Pero ¿cuál es el origen de esa agricultura próspera? y ¿cuáles son sus principales etapas? Dar respuesta a estas preguntas es útil para adentrarse en esta historia de indudable importancia en el México de principios del siglo xxi, en vista de las grandes dificultades que ha enfrentado la agricultura mexicana en los últimos años. La agricultura del norte no se ha salvado de esas dificultades, como podrá demostrarse fácilmente.

## El origen 1880-1930

La próspera agricultura nortera es cosa reciente, no tiene más de 130 años. Antes de 1880, los productores, en su mayoría asentados en las riberas de los ríos, estaban vinculados a mercados regionales. Con base en técnicas y procedimientos locales, esos productores no destacaban por algún cultivo en especial. No había henequén como en Yucatán ni caña como en Morelos. Organizada para surtir los requerimientos de ciudades y centros mineros, la agricultura nortera se caracterizaba por la diversidad de cultivos.

El cambio agrícola comenzó en la década de 1880, en la Comarca Lagunera. En esa área, de excepcionales condiciones climáticas e hidrológicas, tuvo lugar una acelerada expansión del cultivo del algodón. No es que antes no se sembrara algodón; la diferencia fue la escala y la potencia económica que hizo posible un crecimiento realmente extraordinario. Impulsada por el arribo del ferrocarril, pero también por los capitales de inversionistas de Saltillo, Monterrey y la ciudad de México, la región lagunera adquirió muy pronto los rasgos que la definieron como tal, a saber, una amplia área irrigada, la formación de varios centros urbanos de gran jerarquía en los alrededores (Torreón y Gómez Palacio), un sorprendente incremento de la población (quizá el más alto del país entre 1880 y 1910) y sobre todo el surgimiento de un grupo

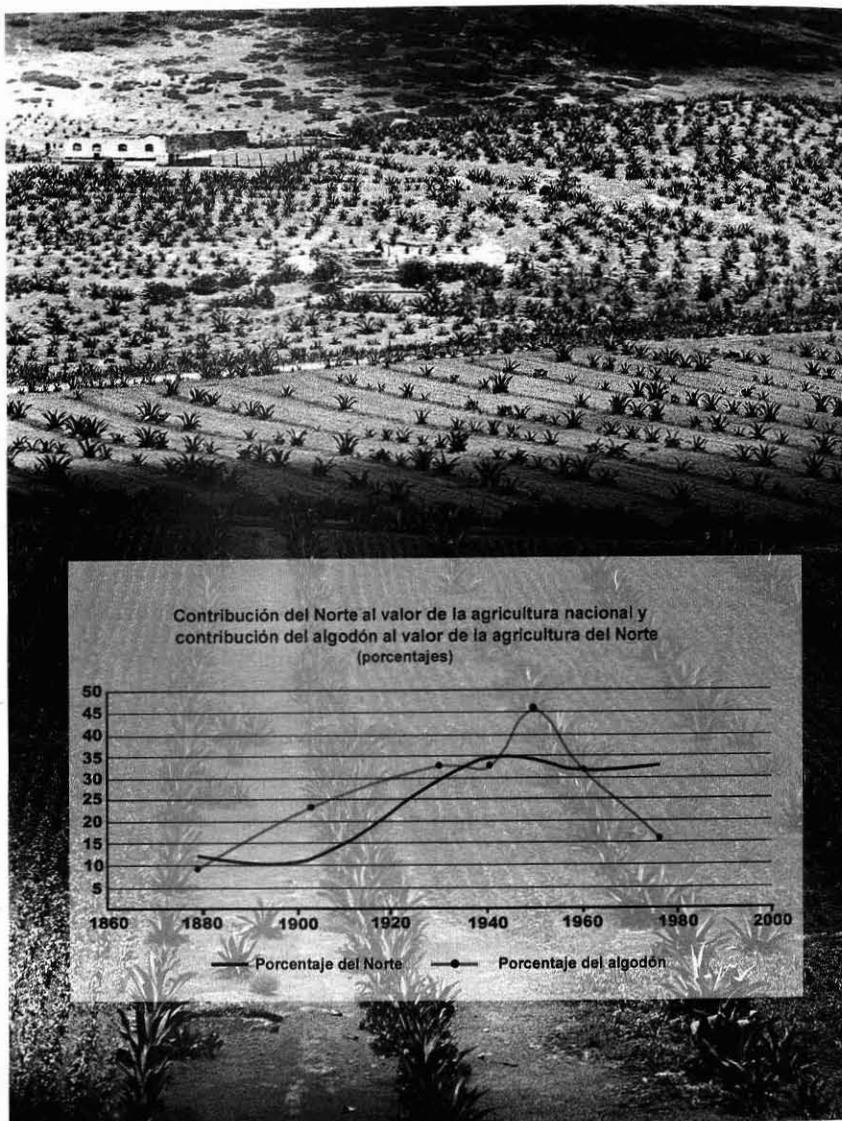
\* Director de El Colegio de

refiere a los actuales Baja California, Coahuila, Durango, Nuevo León, Tamaulipas.

de agricultores ávidos de ganancias, de una fuerza de trabajo itinerante y barata que fue indispensable, especialmente para la cosecha. En 1906 la superficie algodoneira en esta zona llegó a 150 mil hectáreas, una cifra inusitada en el norte apenas veinte años antes. Un aspecto medular fue que, a diferencia de épocas anteriores, la agricultura lagunera quedó estrechamente ligada a mercados mucho más distantes, sobre todo a las plantas textiles ubicadas en el centro del país. Para 1910 el norte aportaba ya la mayor parte de la producción nacional de esa fibra.

Años después, la fiebre algodoneira de la Laguna se repitió a menor escala en el Valle de Mexicali, en este caso gracias al capital de empresarios norteamericanos que a gran velocidad avanzaban en la explotación de tierras y aguas en el suroeste de su país y en el norte de México. Con aguas del río Colorado, entre 1910 y 1930 se abrieron 80 mil hectáreas al cultivo, en su mayor parte destinadas al algodón. Así nació Mexicali, que muy pronto se convirtió en la capital del entonces Territorio de Baja California.

Otras áreas agrícolas que formaron parte de esta misma dinámica fueron las de los valles costeros de Sonora, el Yaqui (donde surgió Ciudad Obregón) y el Mayo. La agricultura ribereña de origen más antiguo, como la del río Sonora con cabecera en Ures, no desapareció del todo pero sí quedó desplazada por la fuerza de las zonas que se expandían mediante fuertes inversiones en obras hidráulicas. Entre 1910 y 1930 en estos valles la superficie irrigada aumentó con más discreción que en la Laguna y Mexicali; las cifras no dejan de ser elocuentes: de 10 mil a 47 mil hectáreas en el caso del Yaqui. En Sonora, el algodón no fue el cultivo importante, más bien lo fueron el garbanzo y el trigo. Los valles costeros sinaloenses, en donde la producción de tomate comenzó a ser un excelente negocio, guardaron semejanzas con los de Sonora, en particular con el de Los Mochis, sobre el río Fuerte, y el de Culiacán. En Los Mochis el cultivo cañero sirvió no sólo para propiciar el nacimiento de esa localidad





sino también para crear un emporio azucarero, propiedad del estadounidense Johnston, por demás figura relevante en el desarrollo económico de Sinaloa.

Este desarrollo agrícola se vio beneficiado por nuevas formas de explotar tierras y aguas, basadas en la electricidad, maquinaria pesada y cemento, por el ferrocarril y por las inversiones extranjeras, sobre todo norteamericanas. La poderosa clase de agricultores que se formó al calor de esa dinámica mostró gran habilidad para capear las consecuencias económicas de la revolución de 1910 y para negociar la continuidad de sus intereses en las décadas sucesivas. Del mismo modo, se formó un amplio sector laboral alimentado por el arribo de numerosos trabajadores del centro y sur del país, atraídos por los salarios más altos y la posibilidad de emigrar a Estados Unidos. El alza de precios de productos agrícolas provocado por la Primera Guerra Mundial contribuyó a dar viabilidad a este proceso de transformación agraria en el norte.

Las características de esta dinámica agrícola se pueden apreciar en la gráfica que acompaña a este texto. Por un lado, la aportación norteña al valor de la agricultura nacional aumentó de manera notable entre 1879 y 1930, y por otro destacó el creciente peso del algodón en el valor de la agricultura de esta área. Dicho de otro modo, el algodón levantó a la agricultura norteña y así ésta ganó un peso decisivo en todo el país. Además, esa prosperidad agrícola implicó una nueva forma de integración del norte al resto del país, sobre la base de un intercambio: el norte enviaba algodón y recibía trabajadores. Lo paradójico es que esa integración al mercado nacional obedeció en gran medida a los vínculos norteños con capitales, tecnologías y mercados externos y no con los proyectos del centro del país.

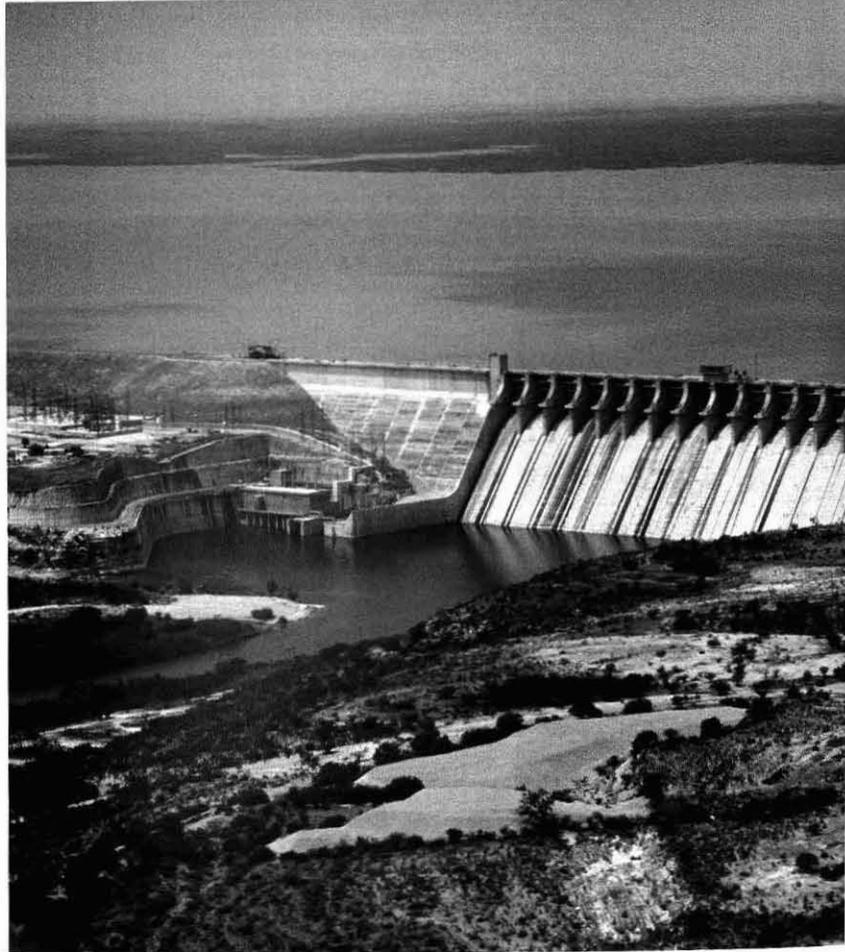
#### **La hora de la inversión pública 1930-1970**

Los vencedores de la revolución, sonorenses y norteños en buena medida, dieron continuidad a la dinámica agrícola que hemos descrito. Desde 1926 se agregó un nuevo componente, a saber: la inversión pública y más allá, la injerencia inédita del poder público en el manejo de la tierra y el agua, con base en el artículo 27 de la Constitución de 1917. Una de las secuelas de esas nuevas facultades legales del Estado revolucionario y de la capacidad de su gasto público fue la cancelación del negocio privado vinculado a la expansión de la agricultura, ya que por un lado reclamó para sí el monopolio de la irrigación y por el otro las demandas populares hicieron inviables los proyectos empresariales dedicados a la colonización y fraccionamiento de la gran propiedad. Los grandes terratenientes y las compañías extranjeras perdieron, pero no así los agricultores, quienes se beneficiaron de esta prosperidad en gran medida algodonera. Ellos hallaron modos para consolidar y expandir sus intereses en los años siguientes. El trabajo de Hubert Carton de Grammont sobre Sinaloa es elocuente en este sentido.

Foto: A Estrada

La intervención estatal en este periodo se centró especialmente en la ampliación de la superficie irrigada, tanto en las zonas ya abiertas durante la etapa anterior o bien en zonas nuevas, en donde surgieron ciudades como Delicias y Anáhuac. Tanto en las zonas agrícolas formadas durante el porfiriato como en las áreas abiertas después de 1926, diversas dependencias gubernamentales quedaron a cargo del manejo de tierras, aguas y créditos, a través de una nueva figura burocrática, los distritos de riego.

La vocación nortea de la inversión pública en obras de irrigación ha sido subrayada por diversos estudiosos. En su trabajo sobre la modernización de la agricultura mexicana, Cynthia Hewitt de Alcántara menciona que entre 1940 y 1970 los ocho estados norteaños recibieron poco más de 60% de esa gigantesca inversión. El resultado fue un nuevo ciclo de expansión de la superficie cosechada, sobre todo en los valles de la costa del Pacífico y en el norte de Tamaulipas. En esta última zona la cifra llegó a más de 200 mil hectáreas de tierras de excelente calidad que muy pronto quedaron en manos, no de repatriados como pretendió el gobierno cardenista en un primer momento, sino de antiguos propietarios, comerciantes y políticos. En ese contexto surgió una nueva localidad, Valle Hermoso, que ganó la categoría municipal a principios de la década de 1950 a pesar de la oposición del municipio de Matamoros.



Un aspecto fundamental de la agricultura norteaña en este tiempo es el auge y decadencia del cultivo algodonero. Hasta mediados de la década de 1950 el algodón se expandió, ganó más y más tierras y aguas. Fue una época de euforia económica que por desgracia no ha merecido ningún estudio concienzudo. Con no pocos abusos, las compañías despepitadoras, en primerísimo lugar Anderson & Clayton, hicieron más expedita la comercialización de la fibra, tanto para abastecer al mercado interno como para exportar excedentes. El aumento de la superficie cosechada y de los rendimientos hicieron posible la exportación de un número de pacas creciente. Dicha producción de algodón se convirtió en una de las principales

fuentes de divisas entre 1945 y 1955. En esos años tres cuartas partes del algodón se colocaron en el mercado internacional.

Sin embargo, a fines de la década de 1950 la situación cambió de manera drástica. Los precios de la fibra cayeron, en parte por maniobras estadounidenses en el mercado mundial y en parte por el creciente uso de fibras sintéticas. Además del descenso de precios, los costos de cultivo subieron por los ataques de plagas, en particular de la *viruela*. El resultado fue la quiebra de miles de agricultores algodoneeros mexicanos. A mediados de los sesenta, el gobierno federal se vio obligado a rescatar a los productores mediante una "consolidación de adeudos", que, por cierto, tampoco ha sido estudiada de manera puntual y que daría mucho qué decir sobre la relación entre productores agrícolas y gobierno.

Los agricultores se vieron obligados a diversificar sus cultivos, lo que marcó un cambio notable en esta actividad. Entre las opciones se contaron cultivos tradicionales como maíz y trigo —protegidos por altos precios internos— y otros como el sorgo y la alfalfa, que indicaban un auge inusitado de la agroindustria. Los frutales también ganaron espacio.

La diversificación de cultivos marcó el final del episodio algodoneero de la agricultura nortea. Sin embargo, como se puede apreciar en la gráfica que acompaña este texto, el declive de esa fibra, tan notable después de 1960, no trajo consigo una baja en la aportación nortea al valor de la agricultura nacional, que se sostuvo en el nivel alcanzado desde 1930. Lo importante es que quienes siguieron sembrando algodón en el norte fueron principalmente los ejidatarios, un grupo de productores manipulable por medio del crédito oficial. A ellos les tocaría lidiar con este cultivo en la época de vacas flacas.

#### La crisis 1970-2000

Durante la década de 1970 se consolidó la diversificación de cultivos en las principales zonas agrícolas del norte mexicano. Lo mismo ocurrió en las pequeñas áreas que se habían mantenido al margen de la poderosa palanca del gasto público, pero no en aquéllos que vivieron el auge algodoneero. Los lugares en los que el algodón no había tenido tanta preponderancia no se vieron afectados por sus alzas y bajas. Estas áreas, sinaloenses sobre todo, dedicadas a la exportación del tomate vivieron otra experiencia. En estos casos los productores hallaron condiciones para mantener su producción e incluso para mejorarla técnicamente. Allí empezó a ser común el riego por goteo y más adelante la aplicación dosificada de fertilizante junto con el agua (la llamada fertirrigación), así como el uso del láser para el trazo de parcelas. Estos verdaderos nichos de agricultura empresarial resistieron mejor las nuevas condiciones de la actividad agrícola. Entre esas nuevas condiciones habría que mencionar dos cambios drásticos en las políticas gubernamentales

Foto: A Estrada

que sacudieron a la agricultura nacional en su conjunto: por un lado, la disminución si no es que el retiro virtual de la inversión pública y por otro, la apertura comercial. Para colmo, estos cambios, que se hicieron sentir después de 1983, se vieron acompañados por una drástica disminución de la precipitación pluvial en la década de 1990, acaso tan severa como la de 1949-1958.

El arribo de productos extranjeros a bajos precios, el endurecimiento del crédito, el alza de insumos y la sequía provocaron grandes dificultades a diversos grupos de productores, incluidos algunos que se habían enriquecido en años anteriores por el auge algodonero o bien en la etapa de diversificación de cultivos. Las quiebras y endeudamientos crónicos se hicieron cosa cada vez más común. El auge de El Barzón, la toma de bodegas y casetas de peaje, el cierre de carreteras, los desfiles con maquinaria agrícola, han sido otras tantas manifestaciones de la inconformidad de los otrora prósperos agricultores. En contraste, aquellos dedicados a la siembra de insumos para la industria lechera o alimentaria, a la producción de legumbres y productos de exportación fueron de los pocos que pudieron sortear el nuevo escenario. Como siempre, los sectores más vulnerables ofrecieron lo que les quedaba, sus derechos a la tierra y al agua. Tampoco se ha estudiado de manera sistemática el efecto de los cambios al artículo 27 constitucional de 1992 en este movimiento de recursos productivos, sobre todo de aquellos en manos de ejidatarios. Lo cierto es que ha habido acaparamiento de tierras y aguas, por ejemplo en la Laguna para la producción lechera. Tampoco se ha investigado a fondo qué hicieron los agricultores que abandonaron la actividad. ¿También se sumaron a la migración como los ejidatarios y jornaleros? No lo sabemos de cierto.

Un componente de esta crisis de la agricultura norteña –que una vez más tampoco ha sido estudiado– es el empequeñecimiento notable de la superficie cosechada. En este caso el analista debe ser muy cuidadoso para distinguir las causas naturales de su reducción, es decir, la sequía, de las causas de índole social, como las ya mencionadas sobre la reducción del gasto y la apertura comercial. En este último sentido cabe considerar también el deterioro ambiental, reflejado en la sobrexplotación de mantos acuíferos subterráneos, una práctica tecnológica que se generalizó a partir de 1950. El arsénico en la Comarca Lagunera y la intrusión salina en la costa de Hermosillo son quizá los indicios más alarmantes y atendidos por la opinión pública. Este límite ambiental también ha obligado a reducir la actividad agrícola. En ese distrito sonorenses, que depende por entero del agua subterránea, la superficie cultivada alcanzó su máximo histórico en 1969-1970, con 130 mil hectáreas. Desde entonces se ha reducido hasta menos de la mitad, 60 mil hectáreas en el ciclo 1991-1992.





Foto: A Estrada

Si en la primera parte de este escrito el argumento descansó en los aumentos de superficie, en esta última se tiene que hablar más de las reducciones. El problema es que sabemos mucho más de lo primero que de lo segundo. Una hipótesis de trabajo es que el estudio cuidadoso de las reducciones tal vez lleve a la conclusión de que la agricultura norteña ha pasado ya a mejor vida. Lo grave de esta comprobación es que estamos hablando de la agricultura más próspera del país. Y si eso ocurre en el norte, habrá que imaginar la gravedad de la situación en las áreas pobres del centro y sur del país.

Por último, cabe retomar el componente de integración que se ha destacado para la agricultura norteña. Si ésta ya es cosa del pasado, habría que preguntarse si en lo sucesivo la industria maquiladora, alimentaria, de bebidas y la reciente de la rama automotriz tendrán la suficiente fuerza para distinguir al norte, como tan bien lo hizo la agricultura al menos entre 1880 y 1970. Asimismo habría que preguntarse por el estado que guarda la integración del norte al resto del país. ¿Tiene la actividad industrial contemporánea el sentido integrador que tuvo el algodón? \*

# SÍSIFO EN EL CAMPO MEXICANO.

## (SOBRE EL SEGUNDO COLOQUIO INTERNACIONAL “EL DESARROLLO RURAL EN MÉXICO EN EL SIGLO XXI”)

Javier Bañuelos Rentería  
Isaac García Venegas\*

**D**esolación, ambigüedad y paradoja. Tal vez estas palabras definen con precisión las condiciones del campo mexicano. El siglo XXI lo encuentra inmerso en una tragedia de la que no saldrá fácilmente. No por falta de voluntad, extraordinariamente presente en el ámbito discursivo oficial, sino por las políticas y estrategias que imperan en el mundo y a las que, lejos de sustraerse, los responsables de la política económica nacional se pliegan dogmáticamente. Al menos esto se desprende del Segundo Coloquio Internacional “El desarrollo rural de México en el siglo XXI”, organizado por la Mesa Directiva de la Cámara de Diputados y coordinado por el diputado federal Éric E. Villanueva Mukul.<sup>1</sup> Los días 20, 21 y 22 de marzo del presente año se reunieron en el recinto de San Lázaro funcionarios federales y locales, diputados, académicos y campesinos representantes de organizaciones sociales, para intercambiar ideas, opiniones y propuestas en torno al agro mexicano.

Mientras que por esos mismos días se llevaba a cabo una cumbre mundial en Monterrey, con el fin de discutir las nuevas condiciones de la política global y el financiamiento para el desarrollo, la otra cara de esa globalización mostraba los contornos de su rostro a través de las reflexiones que en este evento hicieron los participantes y asistentes. Acaso lo más llamativo de este Coloquio es que en los rasgos, el gesto, la forma de ese rostro global se asoma algo torvo y siniestro, algo que perturba y desalienta, una incontrovertible realidad que indica la poca importancia que el campo tiene hoy en día en nuestro país.

\* Editores de la revista *Universidad de México*

<sup>1</sup> Agradecemos al diputado Éric E. Villanueva y a sus colaboradores el que nos hayan facilitado los materiales (ponencias y versiones estenográficas) para realizar este reportaje.



### La desolación

Aun cuando las aglomeraciones urbanas, las noticias y los indicadores sugieran otra cosa a la percepción cotidiana, México es un país rural. Esta afirmación no proviene de un campesino enamorado de su tierra, sino del subsecretario de Desarrollo Rural del gobierno federal, Antonio Ruiz García, y da los datos que la corroboran: no obstante que el 75% de sus habitantes viven en zonas urbanas, el 92% del territorio todavía es rural y 97% de los centros de población, muchos de ellos con menos de 2 mil 500 habitantes, están asentados en ese amplio espectro del suelo mexicano. En otras palabras, México se caracteriza por ser un territorio en el que la concentración urbana es consecuencia directa del abandono del campo. La migración no sólo cruza las fronteras nacionales; también las locales, las de las “matrías”, para utilizar la feliz expresión del historiador Luis González. El movimiento es uno aunque su desenlace tenga dos caras: las urbes crecen, el campo se dispersa en pequeños poblados.

Esta dinámica de concentración-dispersión no es exclusiva de la relación entre campo y ciudad; se reproduce, aunque con otros nombres, en el interior del ámbito rural mismo. Para empezar, únicamente 18 de las 49 millones de hectáreas arables que existen en nuestro país se cultivan (9% de la superficie nacional). De ellas, una tercera parte cuenta con riego, otra es de buen temporal y la tercera parte restante es francamente mala para la agricultura. En



Foto: A Estrada

suma, 3% de la superficie total de hectáreas nacionales son rentables y cuentan con todos los recursos necesarios para ser explotadas de manera intensiva; 6% está en la incertidumbre. Lo cual da lugar a dos tipos de campo en México: uno de carácter empresarial, altamente dinámico e integrado al mercado; otro, formado por un "minifundismo empobrecedor" —como le llama el Dr. Jesús Moncada de la Fuente, director del Instituto de Investigaciones Forestales, Agrícolas y Pecuarias (INIFAP), organismo público descentralizado de la Sagarpa— en el que 60% del total de las unidades rurales de producción es menor a las cinco hectáreas y de ellas, la mitad tiene menos de dos hectáreas.

Por supuesto, el acceso a la tecnología en este mundo dividido es profundamente desigual. Ese "minifundismo empobrecedor", en caso de que logre producir algo más que lo necesario para el autoconsumo, no puede garantizar cosechas intensivas, almacenamiento, empaque, transporte ni comercialización. Tal situación no se debe a una in-

capacidad propia de los productores, sino al hecho de que están endeudados, los créditos no les llegan o no en cantidad suficiente, carecen de una eficaz defensa sanitaria para combatir enfermedades y plagas, y debido a malos manejos poscosecha tienen pérdidas altísimas (25% en todo el país). Todo lo contrario sucede del lado de la agricultura empresarial. Allí predomina el uso de insumos químicos adecuados y suficientes para que la producción no sea afectada, una alta productividad a bajos costos, cultivos adecuados a la calidad de la tierra, comunicaciones y transportes eficientes, estrategias de empaque y selección. Los impactos de estos dos tipos de explotación de los recursos agrícolas son también diferentes. Sólo de un lado aumentan las tierras de cultivo ociosas, se agota vertiginosamente la fertilidad del suelo, existe erosión y desertificación, deforestación dramática —600 mil hectáreas anuales—, contaminación de aguas y desperdicio de 30% del agua de riego por mal uso e infraestructura hidrológica avejentada y deteriorada.

Se entiende, entonces, que la dispersión de la población rural tenga lugar precisamente en esas 12 millones de hectáreas de temporal irregular (de hecho, en las últimas dos décadas han aparecido alrededor de 20 mil localidades de jornaleros agrícolas con menos de 200 habitantes), y que la concentración de tierras en unas cuantas manos tenga lugar en aquel 3% privilegiado. También se entiende que las condiciones de vida sean desiguales. Por ejemplo, que la escolaridad promedio en el campo sea de 3.1 años, un porcentaje mucho menor que el de por sí ínfimo existente en las ciudades: 7.1 años. Situación similar es la que se padece en diversos aspectos, como salud y alimentación. Los índices de desnutrición son los más elevados allí, y la falta de servicios como agua potable o drenaje vuelven más vulnerable a la población que en cualquier otro lado. En su intervención, Francisco Piedra Gilayall comenta: "Según los últimos reportes sobre la población en pobreza extrema señalan que el 60% se ubica en las áreas rurales y que equivalen a una población aproximada no menor a los 12 millones de personas". Pobreza extrema, con todo lo que ella implica.

### La ambigüedad

¿Cómo explicar esto en un país en el que su revolución no sólo tuvo como una de sus principales causas el problema agrario sino que había hecho de lo agrario una bandera casi sagrada? La respuesta no por sencilla deja de ser cruel: desde mediados de la década de los sesenta del siglo xx el campo dejó de ser un pilar esencial en el desarrollo nacional. En efecto, justo cuando el milagro mexicano entregaba saldos rojos a cambio de sus sortilegios, el campo mexicano se vio desfavorecido frente a otros sectores de la economía, como la industria y el turismo. No obstante, y pese a lo que se diga hoy día sobre la dañina intervención del Estado en asuntos económicos, es la forma "neoliberal" de insertarse en la economía de mercado lo que profundiza su crisis estructural. La apertura comercial unilateral y abrupta a partir de la década de los ochenta del siglo pasado es la responsable de la situación desoladora del agro. Los resultados de la aplicación irrestricta del dogma neoliberal dejan mucho qué desear y no

son, en modo alguno, mejores que los obtenidos cuando el keynesianismo dominaba en el mundo.

A partir de 1982 el Estado mexicano retiró su apoyo a la agricultura en aspectos tan delicados como la inversión en infraestructura técnica; castigó los precios de los productos básicos, generando desabasto y un auge extraordinario de los intermediarios que compraban barato y vendían caro. De este modo, auspició la transferencia de recursos y personas a otros sectores. Además, descuidó la calidad del agua y del aire; incluso de la educación técnica. La comercialización de los productores ajenos a los intereses de las transnacionales fue radicalmente afectada con la desaparición de empresas como Tabamex, Inmecafe, Comexal... Sin apoyo se quedaron un número importante de productores que por medio siglo habían vivido con protección, subsidios y ayuda en la comercialización y la regulación de los bienes agrícolas.

Aunque los especialistas no lo digan, pareciera que una de las características más conspicuas del dogma neoliberal es su ambigüedad. Como toda buena doctrina, sólo los fieles la aplican al pie de la letra, pero no las jerarquías. Con el golpe de Estado en Chile en 1973 quedó claro de dónde recibirían el impulso primordial las ideas neoliberales. Antes que Reagan en Estados Unidos o Thatcher en Inglaterra, fue Pinochet el primero en aplicarlas fielmente. Con la apertura comercial mexicana sucede lo mismo. La supresión de las políticas de fomento económico sectorial llevadas a cabo en México siguen exactamente el camino contrario al que transitan los países industrializados. En los últimos cuatro años Estados Unidos incrementó su apoyo al campo en más de 20 millones de dólares y la Unión Europea en cerca de 40 millones; México, por el contrario, redujo su apoyo en 95.7% considerando la inversión fija que se hacía a principios de la década de los ochenta. Igual pasa con la industria manufacturera: la inversión es apenas una veinteaava parte de lo que fue a principios de aquella década.

Ante esto, el deterioro del agro y su desigual desarrollo se antojan no nada más inevitables, sino imparables. Las cifras son contundentes: en el año 2000 el valor *per cápita* del PIB agropecuario y fores-



Foto: A Estrada

tal fue 13.7% menor que el de 1981; medido en kilogramos, descendió 28.6% en los ocho principales granos, en carnes rojas cayó un 32% y en producción maderera fue 28% menor que en 1981. En cambio, la importación de alimentos pasó de mil 790 millones de dólares en 1982 a más de 10 mil 500 millones de dólares nueve años después. Las consecuencias para los agricultores son también evidentes: los productos de maíz perdieron el 53% de su poder de compra; los de trigo el 46.9%, y los de soya 59 por ciento.

Que este modo tan devastador de sumarse al mercado internacional no es el adecuado lo demuestra el caso chino. En aquel país la liberalización gradual y selectiva de su actividad económica se refleja en un crecimiento del PIB por persona, entre 1971 y 2001, de 496%; es decir, una tasa anual de 8.1%, cifra que contrasta fuertemente con el escaso 0.37% anual mexicano entre 1983 y 2001, pese a su larga transición democrática, inexistente en la China comunista. Las exportaciones chinas crecieron 22%, mientras que las mexicanas, con todo y TLC, 16 por ciento.

Por ello, siguiendo a Joseph Stiglitz, Premio Nobel de Economía 2001, José Luis Calva afirma que la liberalización del comercio es una ficción porque la apertura comercial se define en función de los intereses de los países desarrollados y de los generadores de tecnología, y porque, además, son los países ricos los que menos cumplen con los compromisos de la liberalización que ellos mismos establecen. La ambigüedad consiste en soñar con la creación de una globalidad que reduzca las asimetrías, pero en realidad vivir en una que las acentúa; imponer un dogma cuando los países que "han tenido éxito no le han hecho caso a este dogma, no han aplicado estrategias de corte neoliberal, sino al contrario, estrategias de mercado administrado[...]. Los países ricos pregonan al mundo entero el Libre Comercio, la rectoría de los mercados, pero ellos aplican estrategias de mercado administrado. Por una parte con fuerte cocientes de protección comercial, y por otra parte, con fuertes políticas de fomento industrial agropecuario, regulación financiera, etc." Entonces, concluye Calva, "lo que realmente ocurre en el mundo entero no es un proceso de convergencia en niveles de bienestar dentro de una aldea global, sino [...] una profundización de las desigualdades entre países ricos y pobres, y entre estratos sociales a nivel de cada país." Es decir, la concentración y dispersión, sólo que con otros nombres.

#### La paradoja

El gobierno de Vicente Fox se halla ante el reto de resolver un problema de larga incubación en el campo mexicano. O por lo menos intentarlo. Para el nuevo gobierno la solución no se basa única-

mente en la inversión, sino en el cómo y dónde invertir. Con este fin, propone una estrategia para el desarrollo rural a la que denomina el "modelo de los cuatro ejes". Según Antonio Ruiz García, el primer eje consiste en volver empresarios a los productores, sobre todo a los pequeños (3 millones 200 mil unidades de producción que son de carácter familiar, pequeñas, no intensivas en capital pero sí en mano de obra propia). De aquí que el concepto de "empresarialidad" sea fundamental para esta estrategia. Dice Ruiz García: por este concepto entendemos "la posibilidad de que el individuo o una organización de individuos, tomando decisiones por sí mismo e integrando los recursos materiales con los que cuenta [tierra, conocimientos, economía], los pone en juego, los integra, le mete un sistema de administración y al final genera riqueza". Porque de eso se trata desde la perspectiva gubernamental: generar riqueza, una que ante todo sea "no subordinada", sin patrones.

El segundo eje es el de la organización de los productores para combatir la desestructuración del campo mexicano. Pero no se trata de "la colectivización en la producción sino la cooperativización de las necesidades". El objetivo es dinamizar y diversificar la producción para abaratar los insumos, agilizar los créditos, bajar los costos en la transformación de productos, y satisfacer los mercados locales, regionales comunitarios y mundiales. Este eje considera también el desarrollo con el capital físico, es decir, aquello que se relaciona con los recursos naturales, la infraestructura de comunicación y la "conectividad". Según el nuevo gobierno, la degradación de los recursos naturales tiene que ver con "la debilidad de los derechos de propiedad" que se conserva en 60% del territorio nacional. Esta debilidad, afirma García, significa en muchos casos "tierra de muchos, tierra de nadie". Por ello proponen una "discriminación positiva" hacia la inversión en infraestructura básica y "conectividad" y de equipo comunitario para una vida digna en el medio rural y la generación de mecanismos que permitan revertir la degradación ecológica.

El tercer eje consiste en el desarrollo de capital humano. Para la administración foxista, éste es el



eje clave de su estrategia. El supuesto es sencillo: el desarrollo no ocurre si los individuos no asumen su papel. "A fin de cuentas —enfatisa García— el desarrollo no es consecuencia de la acción gubernamental; al Estado, a la sociedad le toca poner el marco para el desarrollo, el desarrollo ocurre cuando todos y cada uno de los individuos asumen su responsabilidad de ser productivos, de participar socialmente, de generar riqueza y por lo tanto tener derecho al goce de la misma". El desarrollo de este capital humano requiere de educación primaria, alimentación adecuada, y salud. "Cuando la gente está dotada de capacidades —sostiene el funcionario federal—, de salud y entonces por lo tanto de condiciones para expresar su máximo potencial y se encuentra con un capital físico adecuado, que son recursos naturales, infraestructura y un modelo económico que le permita creatividad y generación autónoma de riqueza, pareciera que el desarrollo ocurre casi por sí solo, pero ése es el elemento central." En resumen, en éste como en otros aspectos de esta administración, lo central es la gente.



Por último, el cuarto eje, se refiere al capital social, a la participación social de los productores en las decisiones que les competen. Implica, ante todo, la creación de espacios que posibiliten a la sociedad rural expresar sus anhelos e influir en las decisiones políticas que les afectan.

Este "modelo de los cuatro ejes" se articula en lo que el subsecretario de Desarrollo Rural llama "capital territorial", refiriéndose con ello a la articulación de espacios geográficos regionales. Como él mismo lo explica, se trata de hacer una "infraestructura básica coordinada" para que el fomento o la educación, por ejemplo, no estén "desorientadas". Además, necesita de un

Foto: A Estrada

presupuesto que ahora, gracias a la Ley de Capitalización Rural, puede ser multianual, esto es, "que permite hoy en día traer a valor presente, los 7 años de Procampo para hacer inversiones concurrentes el Sector Rural".

Lo paradójico de este modelo es que, en su intento de solucionar el problema agrario, hace abstracción completa de ese mismo contexto global al que quiere insertarse. "Empresarialidad", "organización", "capital humano" y "capital social", nada dicen sobre el problema central del campo mexicano: el nuevo dominio que ejercen las transnacionales, como lo demuestra en su intervención Blanca Rubio. Más allá de discursos y buenas intenciones, es la efectividad de las estrategias de estas empresas la que determina, más que cualquier otra cosa, la situación actual que se vive en el campo.

Con el fin de obtener pingües ganancias, las transnacionales utilizan varios recursos para abaratar las materias primas necesarias para su producción. Sea por medio de altos subsidios, bien de los países industrializados o incluso de los mismas na-

ciones en desarrollo como México; sea por medio de créditos blandos para la importación de insumos, como en Estados Unidos, en donde se otorgan créditos por tres meses con tasas de interés muy reducidas; sea presionando los precios internos de los productos, importando bienes justo en las épocas de cosecha; o bien sea, en definitiva, importando bienes por encima de las cuotas establecidas en el TLC sin pagar arancel, lo cierto es que las agroindustrias no sólo logran su objetivo, sino que incluso desestructuran formas productivas que a la larga rendirán sus frutos también a favor de la agroindustria.

Vale la pena citar el ejemplo dado por una de las ponentes a este respecto: en 1999, el precio del frijol al inicio de la cosecha era de \$8.50, pero debido a la introducción de frijol de Argentina, en gran parte ilegal, los productores de esta grano se vieron obligados a venderlo a \$3.50. Por donde se le vea, el campo mexicano se enfrenta a una competencia desleal a la que el proyecto gubernamental, más que enfrentar, parece impulsar.

En efecto, al responsabilizar a los productores de su atraso tanto por su organización gremial y falta de visión empresarial, como por el sistema de "prelegalidad" —esa tierra de todos, tierra de nadie a la que hacía referencia Antonio Ruiz García— imperante y su inclinación por obstinarse en sembrar granos no productivos —como el maíz y la soya, tan sólo por mencionar dos ejemplos— se exime al gobierno de su deber y se deja a los productores a merced de estas políticas económicas globales cuyos intereses no son los de los productores mexicanos.

Tampoco parece que la propuesta de impulsar una "reconversión productiva" hacia cultivos rentables —flores, frutas y hortalizas, esa "diversificación" propuesta por el modelo de los cuatro ejes—, alentar la "empresarialidad" —a fin de cuentas el otro nombre de los famosos changarros—, y articular regiones —eufemismo de proyectos como el Plan Puebla-Panamá— vayan a ofrecer una solución al problema del campo mexicano. Es más, ni siquiera parecen dirigirse a siquiera intentarlo. Muy al contrario, se ajustan adecuadamente a la "fase exportadora neoliberal" o a un modelo de desarrollo que



Foto: A Limón

se sustenta en una forma de dominio "desestructurante y excluyente", como le llama Blanca Rubio. Otra vez, la concentración y la dispersión, con otros nombres.

Si esto es así es porque esa dinámica de concentración y dispersión es propia de un sistema y se expresa en varios ámbitos: el global –países desarrollados y países subordinados–, el nacional –ciudad y campo–, el sectorial –la agricultura empresarial vs la agricultura de subsistencia–, y por supuesto, el más evidente, el de las clases –ricos y pobres–, aunque hoy se diga que ya no existen. ¿Es posible revertir esta tendencia, impulsar el desarrollo agrícola pensando en el desarrollo económico de corte neoliberal? La respuesta parece clara y contundente: no, no lo es, ni lo será hasta que decline el dogma y su aplicación; no, no se puede impulsar porque como bien dijo la diputada Beatriz Paredes al inaugurar el acto, la problemática del desarrollo rural es

a fin de cuentas una problemática de política económica; es cierto, de política sobre todo. Es preciso, como dijo otro de los participantes en este Coloquio: "redimensionar la perspectiva que tenemos del campo mexicano, debemos de dejar de verlo como un lastre económico y social, improductivo, demandante de enormes recursos y lleno de conflictos".

Así, pues, el campo mexicano vive una situación que en mucho recuerda al castigo que los Jueces de los Muertos impusieron a Sísifo: subir una enorme piedra por una cima y dejarla caer por la otra ladera, cosa que nunca sucedió, pues el peso de la piedra (un disco solar) y la inclinación de la cima (la bóveda del cielo), hacían que aquella siempre regresara al fondo desde el que, una y otra vez, Sísifo intentaba cumplir con lo ordenado por los Jueces. Pareciera que este intento inútil de lograr una meta inalcanzable es algo que comparte el campo mexicano con el fundador de Corinto. \*

# FERMÍN REVUELTAS

colorista febril



Carla Zurián

Los estudios sobre el arte mexicano de la etapa posrevolucionaria (1920-1940) abundan en la búsqueda e interpretación de movimientos plásticos, literarios o ideológicos, que ayudaron a conformar el discurso nacionalista. Aunque el muralismo se erigió como la corriente oficial de esos años, los pintores que participaron en él, como Fermín Revueltas, también compartieron otras manifestaciones intelectuales o políticas.

La personalidad fecunda e inconsecuente de Revueltas respondió a las necesidades de esta cultura posrevolucionaria, en el más amplio sentido, pues sus derroteros estéticos fueron transformándose a través del tiempo. De ser un joven que ensayaba las corrientes europeas como el impresionismo, el cubofuturismo o el constructivismo, la cercanía con los militantes del Partido Comunista Mexicano, y su labor en las misiones culturales, avivaron la rebeldía de su carácter, a la vez que definieron un lenguaje pictórico de contenido social.

#### UNA INFANCIA ERRANTE

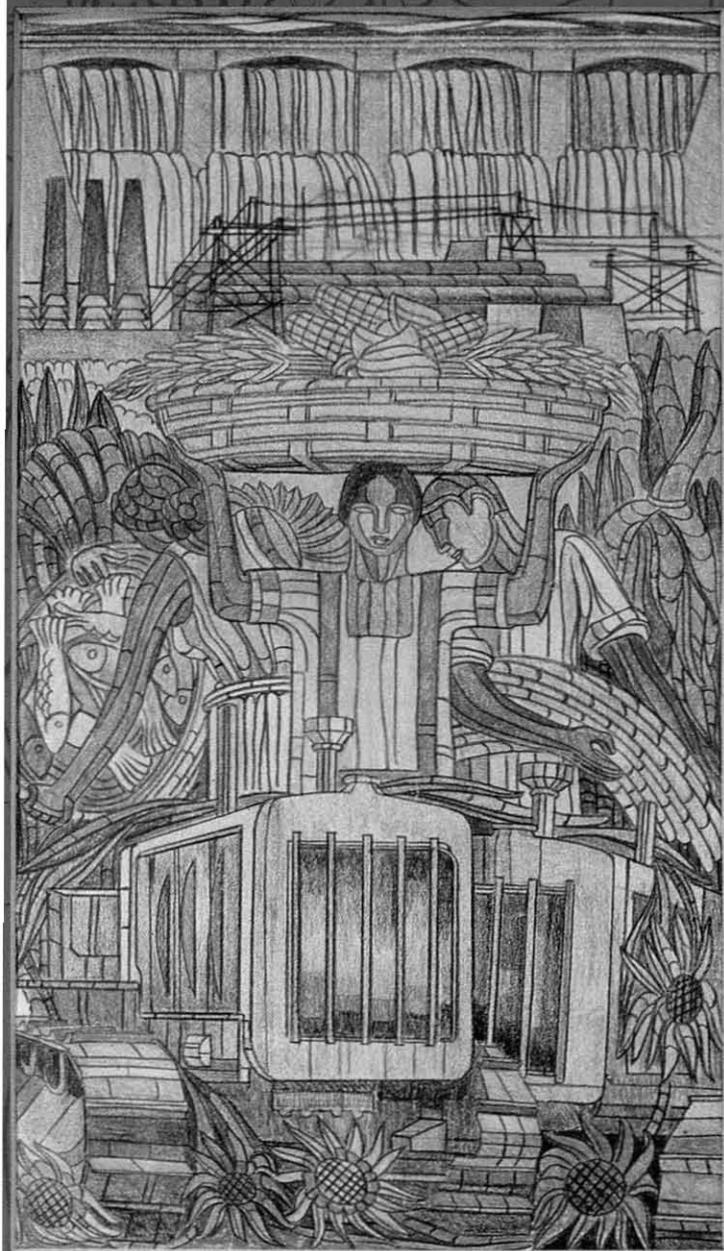
Los primeros años de Fermín Revueltas transcurrieron en Santiago Papasquiaro, Durango, donde nació el 7 de julio de 1901. Fue el segundo hijo de José Revueltas Gutiérrez y Romana Sánchez. En 1909 la familia buscó diversos mercados de trabajo; vivieron en Ocotlán y en Guadalajara, Jalisco, para establecerse en Durango hacia 1916. Durante este itinerario nacieron: Consuelo, Rosaura, Emilia, Luz, José, María y Agustín.

Para evitar que la leva enrolara a Silvestre y a Fermín, los hijos mayores, José Revueltas Gutiérrez los envió al Saint Edward's College, un internado jesuita establecido en Austin, Texas, donde permanecieron año y medio. En 1919 los jóvenes se mudaron a Chicago, una ciudad con universidades, salas de exposición, eventos culturales y alguno que otro bar clandestino conocido como *speakeasy's*. Silvestre ingresó al Chicago Music Hall para estudiar composición musical, y Fermín asistió a algunas clases de pintura y escultura, aunque no fue alumno matriculado del Art Institute of Chicago.

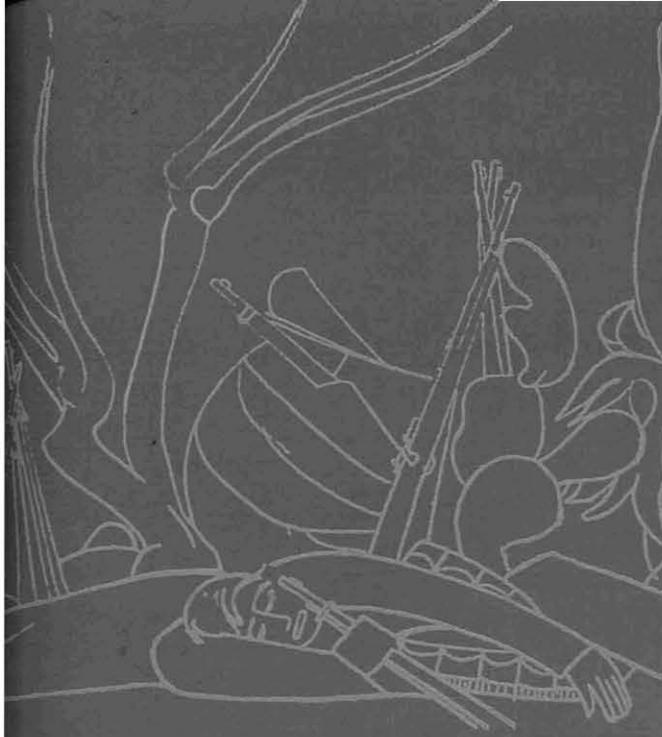
En 1920, la familia Revueltas se trasladó a la ciudad de México para montar un establecimiento de géneros y comestibles; más tarde se reunirían Fermín y Silvestre, quienes regresaron de Chicago a mediados de año.

#### LOS AVATARES DE LA ACADEMIA

En plena reconstrucción posrevolucionaria, el pintor Alfredo Ramos Martínez, director de la Escuela Nacional de Bellas Artes (ENBA), abrió en 1920 una Escuela de Pintura al Aire Libre (EPAL) en el poblado de Chimalistac. Aunque pertenecía a la ENBA, la escuela ofrecía plena



Triunfo agrario, 1934 (proyecto vitral)



libertad para pintar. Con el espíritu antiacadémico desarrollado en sus clases de Chicago, Fermín Revueltas se inscribió a la EPAL a fines de 1920. Por influencia de Ramos Martínez y algunos pintores como Fernando Leal, Ramón Alva de la Canal, Francisco Díaz de León y Rafael Vera de Córdoba, Fermín comenzó a plasmar en sus óleos paisajes soleados, puentes y claustros, con una marcada tendencia impresionista.

La escuela de Chimalistac cambió de residencia al pueblo de Coyoacán en abril de 1921. Si bien esta EPAL conservó la usanza impresionista, el sortilegio de los temas nacionales dominó en poco tiempo. El contacto con los pobladores de Coyoacán, sus costumbres y su entorno, proveyeron de colores a Fermín Revueltas; no obstante, en la construcción plástica de sus obras retomó algunos principios de las modas vanguardistas como el geometrismo y del cubofuturismo. Tal fue el caso de los óleos *Puerto*, *La Indianilla* y *Composición con arco iris*, fechados en 1921. El poeta Manuel Maples Arce recordaba, en una charla sobre los hermanos Revueltas, el cambio estilístico en la paleta del pintor:

Resaltaba en sus cuadros al óleo la intensidad del colorido más que la solidez de la obra. Por influencias mías cambió de manera, y se puso a pintar el paisaje industrial de *La Indianilla*, y luego, en el pueblo de Milpa Alta, el campo y las personas en forma más reposada y consistente. Así comenzó Revueltas a abandonar la óptica impresionista de la Escuela de Coyoacán, y a inaugurar una etapa en que el paisaje aparece con un carácter más acusado en los volúmenes.

En las excursiones que Fermín Revueltas y Manuel Maples Arce organizaban a Milpa Alta, el pintor conoció a la profesora María Ignacia Estrada, quien alfabetizaba a los niños de aquel poblado. Al estrecharse esta relación, Revueltas adecuó en la escuela un pequeño taller de pintura, con planteamientos semejantes a los empleados en la escuela de Coyoacán; es decir, la completa libertad plástica y el manejo a "mano suelta" de las líneas y los volúmenes. Tras un zafarrancho familiar, pues los Revueltas consideraron precipitada su decisión, Fermín y María Ignacia se casaron en agosto de 1922. Sin avisar a sus parientes de la unión, Fermín declaró en su acta matrimonial ser hijo de padres finados. En cambio, fungieron como testigos los pintores Fernando Leal, Emilio García Cahero y José Fernández Urbina, además del inevitable padrino de bodas, Manuel Maples Arce. Fermín continuó su labor docente en Milpa Alta y en Coyoacán. Así, se convirtió en maestro de arte, oficio que lo acompañaría a lo largo de su carrera como pintor.



La Virgen de Guadalupe, 1923 (detalle de mural)

### LOS MUROS DE SAN ILDEFONSO

De acuerdo con el programa de José Vasconcelos, recién nombrado Ministro de Educación, las misiones culturales y campañas contra el analfabetismo debían complementarse con la incorporación del indígena a la nación por medio de un sistema escolar nacional, con la difusión de las artes y la promoción de las artesanías. Así, las educaciones regionales y étnicas se irían unificando para lograr un "diálogo constante con el pueblo", y una conciencia de dignidad como ciudadanos de una nación en desarrollo. El empeño de Vasconcelos por crear un lenguaje plástico que mostrara al mexicano las bondades y los atributos de su pasado, de su historia, lo llevó a conformar un equipo de artistas que ratificaran visualmente, en obras de gran formato, estos conceptos.

Vasconcelos ofreció los muros de la Escuela Nacional Preparatoria a Diego Rivera, que comenzó a trabajar en el anfiteatro a principios de 1922, y al grupo de Coyoacán: Fermín Revueltas, Fernando Leal, Emilio García Cahero, Jean Charlot y Ramón Alva de la Canal. Revueltas aceptó su primera comisión mural en mayo de 1922, y escogió como tema *La alegoría de la Virgen de Guadalupe*, que sería ejecutada a la encáustica en uno de los muros de la entrada principal de la escuela. En este espacio, de perspectiva muy acentuada, proyectó mediante juegos ópticos un grupo de indígenas dispuestos piramidalmente, sobre los cuales se yergue la Guadalupana, acompañada de dos figuras arrodilladas; una emulación de ángeles sin alas. Los rojos, violáceos, ocre y amarillos predominan en las vestimentas de los personajes, en contraste con sus rostros cetrinos, verdosos y terracotas.

En este festín colorido, Revueltas tributó su obra a la virgen, a las mujeres parturientas y a la fecundidad de la tierra. Las figuras están resueltas con colores planos, pocos claroscuros y sombras apenas insinuadas. El tema, a pesar de cimentarse en motivos y personajes mexicanos, adquiere marcadas dimensiones vanguardistas debido a los re-



La Revolución, 1934 (anteproyecto mural)





cursos cromáticos intensos, a la perspectiva fugada de la composición y a la simplificación de las siluetas. Asimismo, recurre a un esgrafiado profundo para acentuar los contornos de sus figuras y dar una mayor volumetría a los elementos formales del conjunto.

La entrada de David Alfaro Siqueiros a las labores de la Preparatoria definió la necesidad de conformar una sociedad gremial, con estatutos y manifiesto. A fines de 1922, se creó el Sindicato de Obreros, Técnicos, Pintores y Escultores (SOTPE), cuyo programa propuso colectivizar los trabajos murales, lograr un arte público y desarrollar una estética de inspiración socialista. Aunque Vasconcelos no aceptó esta asociación y la consideró un capricho de los artistas, el recurso de la huelga fue utilizado por Fermín Revueltas, debido a la suspensión de sus pagos —pues Vasconcelos advirtió que parte de la decoración era desempeñada por el ayudante Máximo Pacheco—. Una de tantas mañanas, Revueltas llegó a la Preparatoria con alcohol de sobra en la sangre; a punta de pistola, sacó a los alumnos, pintores y administrativos del plantel, para colocar una bandera rojinegra en la puerta de entrada. Sólo cuando Siqueiros se acercó con el dinero que le debían, el pintor accedió a levantar esta huelga personal, acaso la única realizada durante la corta vida del SOTPE.

A raíz de los problemas entre los agremiados del sindicato y las autoridades de la escuela, los pintores tuvieron que concluir sus trabajos. En julio de 1923 se removieron los andamios y, tras la renuncia de Vasconcelos en 1924, este grupo de pintores —salvo Rivera— quedó fuera de cualquier comisión mural en edificios públicos.

#### LAS RIENDAS DEL ESTRIDENTISMO

La anulación de futuros trabajos murales llevó a Revueltas a un intenso trabajo personal y se declaró un artista autónomo con sus propios cánones estilísticos. Sin imitar de un modo servil los principales elementos del arte popular, logró interpretarlos con una visión novedosa. Su relación con los poetas estridentistas, encabezados por Manuel Maples Arce, le permitió representar el paisaje urbano como sede del progreso, la maquinaria industrial y los lenguajes publicitarios, a través de la gráfica, la acuarela y el grabado.

La obra realizada por Fermín Revueltas en los años radicales del estridentismo (1922-1924), antes de que el grupo se estableciera en Xalapa, es de una gran calidad plástica. Entre sus acuarelas destacan *Andamios exteriores*, *El Ristorante* y *Las líneas de alta tensión* (1923), *Pueblo con montaña* (1924), *La cerca rota* y *El café de cinco centavos* (1925), acaso esta última una de las primeras acuarelas abstractas pintadas en



*La alegoría de la Virgen de Guadalupe*, 1923

urbano, versátil, lo acompañaría en el resto de su obra gráfica y en algunos bocetos murales. Asimismo, se valió del espíritu cambiante de su tiempo para representar sensaciones, sintetizar espacios, y anudar la estética vanguardista a los temas nacionales.

#### DE VUELTA A LA EPAL

En 1925 Manuel Puig Cassauranc y Aarón Sáenz, al frente de la SEP, apoyaron la creación de tres escuelas más al aire libre: una en Tlalpan, dirigida por Francisco Díaz de León; otra en Xochimilco, a cargo de Rafael Vera de Córdoba, y la de Guadalupe Hidalgo, en el barrio de La Villa, encabezada por Fermín Revueltas. Esto le permitió continuar su labor docente, montar exposiciones con el material de los alumnos y, sobre todo, regresar al caballete.

En diciembre de 1927, con motivo de la inauguración de la Casa del Estudiante Indígena, Revueltas presentó allí una exposición individual con paisajística, apuntes de campo y escenas cotidianas de los alrededores de la ciudad, en la cual dominó el estilo depurado, limpio y luminoso de sus figuras. Paralelamente, realizó un mural al fresco en el Instituto Técnico Industrial (IT), destruido más tarde, e impartió clases de dibujo en la ENBA y en la Escuela Industrial de Insurgentes. En marzo de 1928 Fermín Revueltas cerró la escuela de La Villa y abrió la EPAL de Cholula, ubicada en Santa María Tonantzintla.

Meses después, los directivos de las Escuelas de Pintura al Aire Libre, de la Escuela de Escultura y Talla Directa y de los Centros Populares de Pintura conformaron el Grupo ¡30-30!. Respaldados por cinco manifiestos, tres revistas y una proclama, sus integrantes apoyaron la reelección de Obregón, cuestionaron los sistemas prevalecientes en la ENBA y pelearon por preservar las escuelas de arte *extra muros*. El grupo ¡30-30! montó exposiciones en carpas, teatros y plazas públicas. Revueltas expuso grabados en madera, con una temática abstracta que, sin desmerecer su calidad plástica, resultaron obras violentas, agresivas, en comparación con su obra de caballete, en donde prevalecían los paisajes y las escenas cotidianas. Su permanente actitud crítica lo convirtió en un artista de paleta depurada y elegante, no obstante su creciente dependencia al alcohol.

Así como Fermín Revueltas se deslindó artísticamente de los estridentistas en 1924, también rompió relaciones con el grupo ¡30-30!, lo que coincidió con su renuncia a la dirección de la EPAL Cholula en marzo de 1929.



El café de cinco centavos, 1925

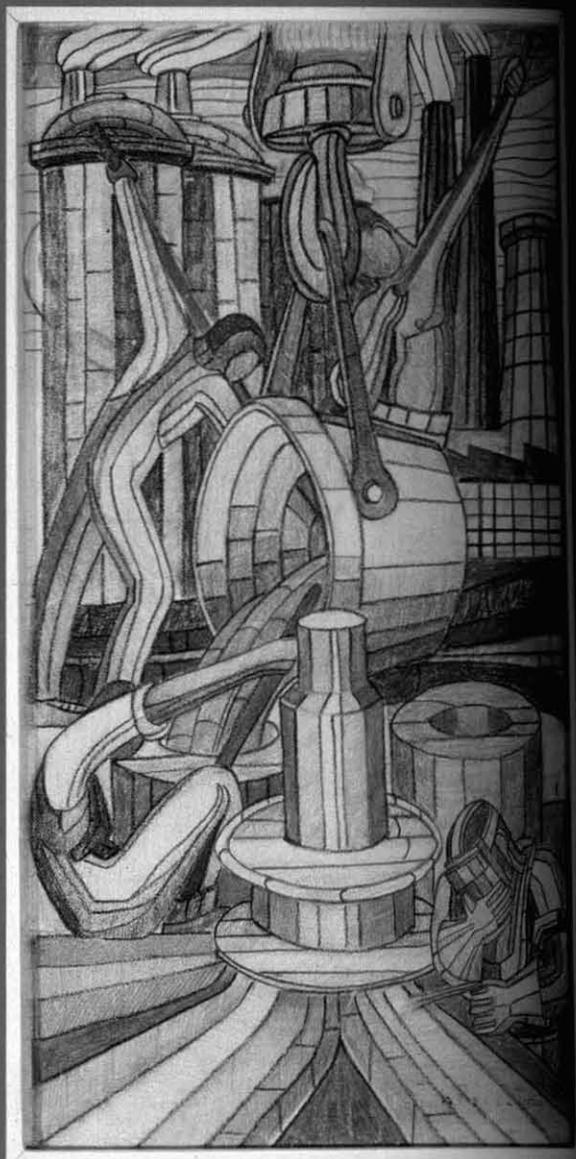


Ilustraciones para portadas, 1931 y 1933

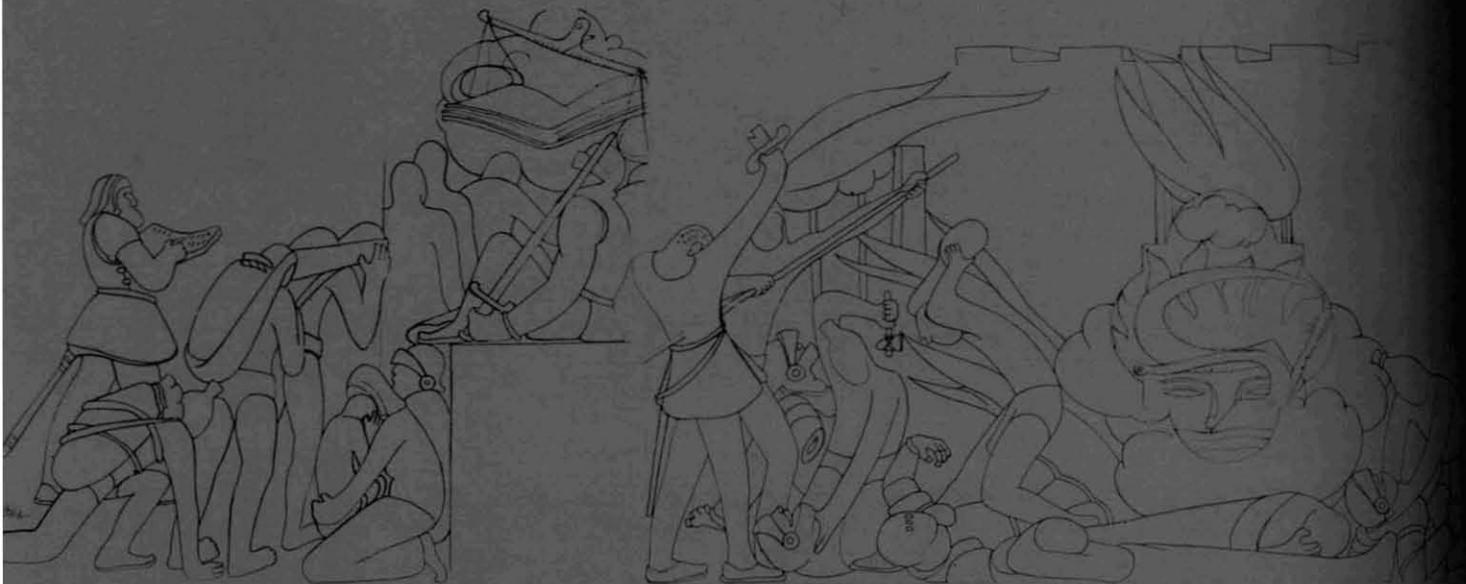
México. Dentro de la gráfica se encuentran las viñetas publicadas entre 1930 y 1935 en *Crisol. Revista de Crítica*, así como los anuncios publicitarios para la fábrica de cigarros El Buen Tono. En las ilustraciones para *Crisol* se observan ciudades con perspectivas forzadas, rascacielos que "caen sobre el espectador", el humo de las fábricas y las líneas telegráficas.

Sin considerarse un pintor estridentista, ya que el movimiento era principalmente literario, Revueltas participó muy de cerca con sus integrantes. Entre septiembre y noviembre de 1923, editó con Maples Arce tres números de *Irradiador. Revista de Vanguardia*. Para ésta escribieron Humberto Rivas, José Juan Tablada, Arqueles Vela, Germán List Arzubide y Jorge Luis Borges, y las ilustraciones corrieron a cargo de Revueltas, Rivera, Jean Charlot, Hugo Tilghman, Edward Weston y Leopoldo Méndez.

A mediados de 1924 los estridentistas Manuel Maples Arce, Germán List, Salvador Gallardo y Miguel Aguillón, así como los pintores Leopoldo Méndez y Ramón Alva de la Canal, se establecieron en Xalapa y Fermín Revueltas se separó del grupo. No obstante, ese lenguaje



La fragua, 1933 (proyecto vitral)



#### DE MISIONERO CULTURAL

Entre 1928 y 1929 el gobierno intentó desvincular a los artistas más politizados y los envió, en calidad de misioneros, a distintas regiones del país. Fermín Revueltas fue nombrado maestro de las misiones culturales en Tabasco y Campeche, y asumió la responsabilidad de concientizar a la clase trabajadora, propiciar la unión entre los grupos indígenas y acabar con el analfabetismo. Poco duró su estancia en dichas misiones; aun cuando construyó escenografías en la Catedral de Villahermosa y levantó teatros al aire libre en Calquini, Campeche, y Macuspana, Tabasco, Fermín Revueltas y su familia regresaron a la ciudad de México, pues su hijo contrajo paludismo. El pintor continuó con la docencia en escuelas primarias y participó con un sinnúmero de portadas, viñetas e ilustraciones, entre 1930 y 1934, en *Crisol. Revista de Crítica*, magazine mensual editado por el Bloque de Obreros e Intelectuales (BOI), cuyo director fue Juan de Dios Bojórquez.

#### EL REGRESO A LOS ANDAMIOS

Después de su mural realizado en la Preparatoria (1922-23), de una decoración para la compañía petrolera El Águila (1924-25) y del fresco en el Instituto Técnico Industrial (1927), hacia los treinta Revueltas aceptó nuevos contratos murales. Viajó a Morelos para decorar la Sala de Conferencias Agrícolas, antigua iglesia de la Gualupita (1930), destruido cuando el lugar retomó el culto católico. En la Biblioteca Eréndira de Pátzcuaro, Michoacán, proyectó varios murales intitolados *Historia de la Conquista*, de los cuales sólo quedan bocetos que muestran la elegancia de los trazos, la síntesis en el manejo de los personajes y el empleo de las diagonales para equilibrar las escenas.

Los frescos para la Escuela Gabriela Mistral de Peralvillo (1932) y para el periódico *El Nacional*, también desaparecieron junto con sus edificios. Sin embargo, se conserva un par de óleos monumentales en la Universidad Nicolaíta de Morelia, Michoacán: *El Congreso de Apatzingán* y *El fusilamiento de Gertrudis Bocanegra* (1932), así como el último mural de Revueltas, realizado en el entonces Banco Nacional Hipotecario: *Alegoría de la producción* (1934). Los temas históricos fueron recurrentes en la muralística de Revueltas. Sin dejar de hacer obra de compromiso social, sus frescos evitaron caer en el misticismo propiciado por Vasconcelos; a cambio, dieron fe de los cambios sociales de su tiempo, presenciaron la modernización tecnológica de México y, al mismo tiempo, fungieron como testigos del desarrollo estilístico del artista.

Ciencia y electricidad, 1934



La revolución agraria, 1932 (anteproyecto mural)



#### EL EMPLOMADO COMO ENSEÑANZA

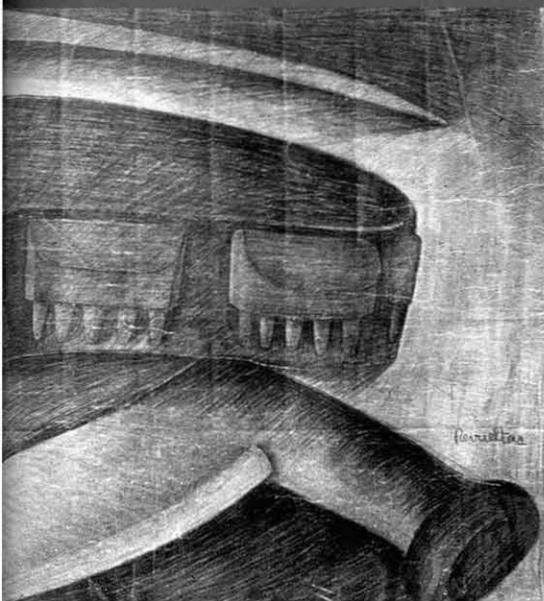
Hacia 1933, Fermín Revueltas decidió experimentar con el vitral, aunque mantuvo el mismo discurso ideológico que en sus frescos. En el Centro Escolar Revolución, inaugurado el 20 de noviembre de 1934, Revueltas retornó a los temas históricos. Sobre doce paneles proyectó los elementos del desarrollo cultural y tecnológico de México, así como diversas especies de su flora y fauna, que ofrecen una resplandeciente sucesión de formas policromas, movimientos y contrastes; donde la historia, la ciencia y la máquina aparecen como herramientas para la construcción de un nuevo orden.

Entre 1933 y 1934 Revueltas ejecutó tres vitrales más: uno en la Casa del Pueblo, en Hermosillo, Sonora—destruido—, otro para el Hospital Colonia de Ferrocarrileros (ciudad de México) y el último en las oficinas del Partido Nacional Revolucionario de Culiacán, Sinaloa, intitulado *Todo por la colectividad proletaria de México*. La sólida transparencia de las figuras sobre el vitral define el carácter de Revueltas. Su apego por los temas mexicanos, propios de su época, fue inseparable a su creación; pintó para él y para esa intimidad callejera, cotidiana, temas que exaltaron la fuerza de trabajo y dignificaron al obrero, al soldado y al campesino (la trinidad revolucionaria) como agentes de cambio.

Los consecutivos contratos de trabajo incrementaron en Fermín Revueltas una suerte de angustia plástica por recuperar el tiempo perdido; el tiempo de solaz radicalismo. Sin embargo, su repentina muerte, el 9 de septiembre de 1935, impidió la conclusión de algunos de sus proyectos: los vitrales de la casa de Luis León y del Banco de México, así como la decoración interior del Monumento al general Obregón en San Angel.



*Jalando rieles*, 1934  
(detalle vitral)



## DESPUÉS DE 1935

Como artista templado al calor de la posrevolución, Fermín Revueltas obedeció a los requerimientos de su época; a un lenguaje, hasta cierto punto generacional, para representar o reinterpretar ciertos episodios de la historia nacional. Sin embargo, su legado artístico consistió en observar, con ojos de un vanguardista, la gama de posibilidades plásticas que podían ejecutarse al interior de un muro, en los lienzos o sobre el papel.

Temas tan comunes en su momento como las representaciones de indígenas, obreros, campesinos o tehuanas fraguaron, a fin de cuentas, en una transfiguración de ambientes, matices y trazos luminiscentes de gran fuerza expresiva y búsquedas formales. Sus escenas rurales y urbanas formaron parte de un tiempo acelerado, indeciso, cambiante; un tiempo donde las ideas cobraban auge y eran eclipsadas por otras tantas; donde la vida podía transcurrir silenciosa en una fábrica, o violenta bajo un atardecer.

A pesar de su carácter impaciente y la preocupación por vivir cada momento, proyectó sus sensaciones como el más rendido admirador de los paisajes, de la gente y su entorno. En este sentido, Fermín Revueltas está considerado, además de un gran colorista y un refinado dibujante, un pintor que jamás se valió de su paleta para hacer una parodia de su pueblo o una historia folclórica de exportación. Simplemente elaboró un retrato del tema que más le apasionó: la voz de su cotidianidad.



Trabajadores de vía, 1934  
(proyecto vitral)

## BIBLIOGRAFÍA

Fermín Revueltas. *Colores, trazos y proyectos*, Galería Juan O'Gorman, UNAM, México, 1983.

Fermín Revueltas. *Muestra antológica. 1902-1935*, Museo de Arte Moderno, México, 1993.

Alanís, Judith, *Fermín Revueltas*, Celanese Mexicana, México, 1984.

Alfaro Siqueiros, David. *Me llamaban el Coronelazo*. Grijalbo, México, 1977.

Azuela, Alicia, "Educación artística y nacionalismo" en "El nacionalismo y el arte mexicano, IX Coloquio de Historia del Arte", UNAM/IE, México, 1986.

Charlot, Jean, *El renacimiento del muralismo mexicano, 1920-1925*, Domés, México, 1985.

Maples Arce Manuel, *Soberana juventud*, Plenitud, Madrid, 1967.

Orozco, José Clemente, *Autobiografía*, Ediciones de Occidente, México, 1945.

Tibol, Raquel, *Documentación sobre arte mexicano*, FCE, México, 1974.

## CRÉDITOS FOTOGRÁFICOS:

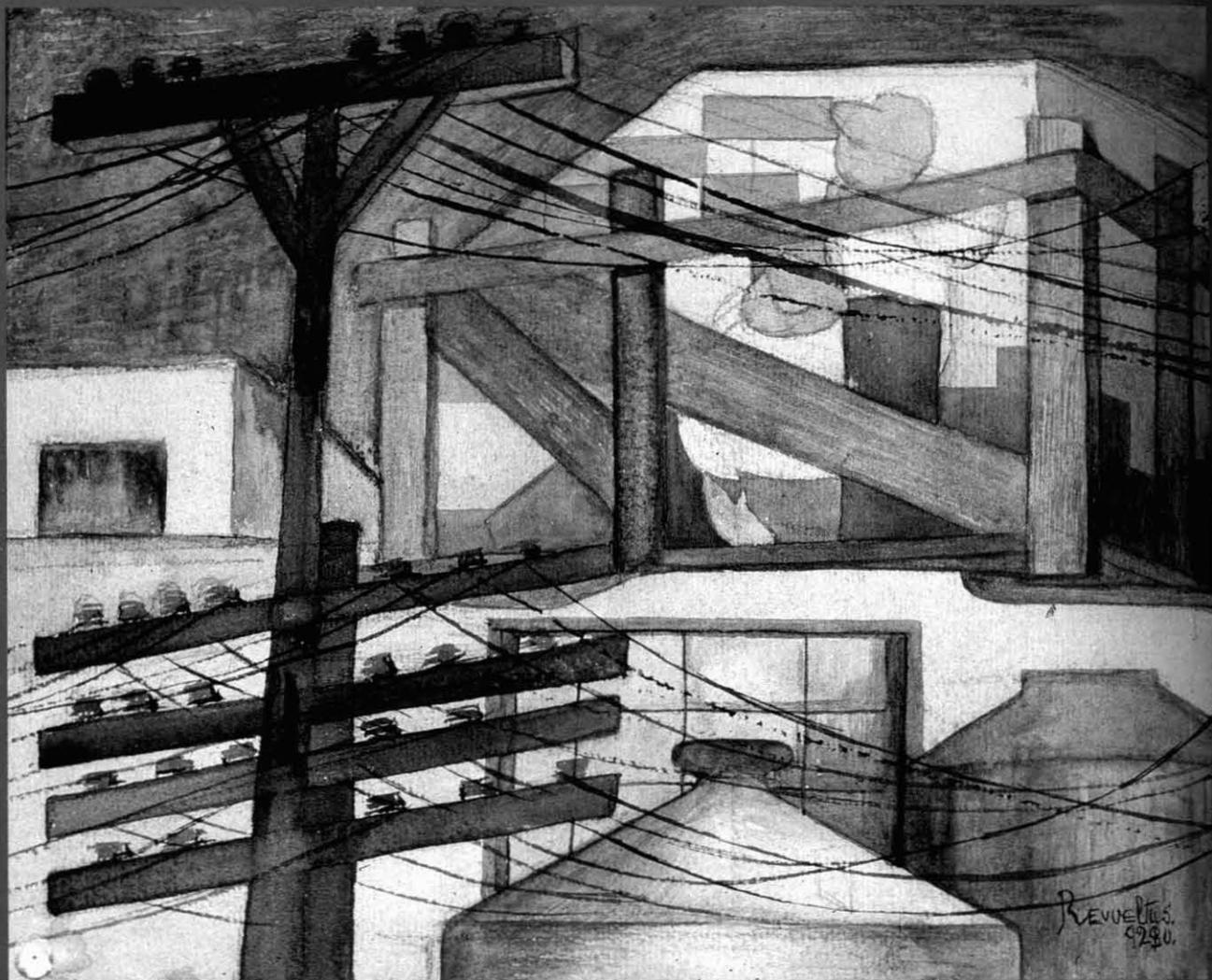
- Fototeca del Instituto de Investigaciones Estéticas, UNAM
- Archivo Ingeniero Silvestre Revueltas
- *Un siglo de arte mexicano, 1900-2000*. INBA/ Landucci Editores, Milán, 1999
- *Antiguo Colegio de San Ildefonso*. Patronato del Antiguo Colegio de San Ildefonso, México, 1999



*La fiesta de la cruz de mayo, 1931*



*El Congreso de Apatzingán, 1932*



*Andamios exteriores, 1923*

Del 18 de julio al 20 de octubre de 2002, el Museo Mural Diego Rivera presentará una exposición-homenaje a Fermín Revueltas, que incluirá los proyectos murales, vitrales e ilustraciones del pintor

# DIÁLOGO DEL ÁRBOL

Paul Valéry

Traducción de Gabriel Astey

## Nota del traductor

Existe, hasta donde sé, al menos una versión castellana previa del texto que se presenta a continuación (Paul Valéry, *Diálogo del árbol*, trad. Rafael Pérez Delgado, Luz, Madrid, 1949). Como no he podido disponer de ella y como quizás ingenuamente confío en que mi incapacidad de conseguirla obedece a su escasez actual en librerías y bibliotecas, espero que la presente versión no resulte nula frente a los méritos de aquella, y dé acceso al lector a un texto, a mi juicio, particularmente atractivo. La presente traducción se basa en el texto establecido por Jean Hytier en la siguiente edición: Paul Valéry, *Oeuvres II*, Gallimard, Paris, 1960, pp. 177-194; y pretendo respetar, hasta los límites permitidos por la gramática castellana, la peculiar sintaxis de Valéry. En cuanto al vocabulario del texto, me he empeñado en ser literal, aun en los casos en que ciertas palabras clave ("fábula", por ejemplo) podrían haberse vertido según una formulación menos confusa, aunque más limitada en resonancias semánticas: creo que los contextos en que aparecen tales términos dan una orientación sobre la forma de entenderlos. He respetado también el no menos peculiar uso de las grafías a lo largo del texto.

**LUCRECIO:** ¿Qué haces ahí, Títiro, amante de la sombra, cómodamente bajo esa haya, perdiendo tus miradas en el oro del aire tejido de hojas?

**TÍTIRO:** Vivo. Espero. Mi flauta está pronta entre mis dedos y me parezco a esta hora admirable. Quiero ser instrumento del favor general de las cosas. Abandono en tierra todo el peso de mi cuerpo: mis ojos viven allá arriba, en la masa palpitante de la luz. Ve cómo el ÁRBOL parece gozar por encima de nosotros del divino ardor del que me abriga: su ser pleno de deseo, que es ciertamente de esencia femenina, me pide cantar su nombre y dar figura musical a la brisa que lo penetra y lo atormenta dulcemente. Espero a mi alma. Esperar tiene un gran valor, Lucrecio. Sentiré llegar el acto puro de mis labios y todo lo que ignoro aún de mí mismo cautivado por la Haya va a estremecerse. Oh, Lucrecio, ¿no es un milagro que un pastor, un hombre que ha olvidado su rebaño, pueda dirigir a los cielos la forma fugitiva y como la idea desnuda del Árbol y del instante?

**LUCRECIO:** No es, Títiro, no es milagro ni prodigio que el espíritu, si lo quiere, pueda reducirse en su propio enigma ingenuo... Yo, pienso tu árbol y lo poseo a mi manera.

**TÍTIRO:** Pero tú, tú profesas comprender las cosas: tú sueñas saber sobre esta haya mucho más de lo que podría saber ella misma, si tuviera un pensamiento que la indujera a creer captarse... Yo, no quiero saber sino mis momentos felices. Mi alma hoy se hace árbol. Ayer, la sentí fuente. ¿Mañana?... ¿Me elevaré con el humo de un altar o me sostendré por encima de las planicies, en lo alto, con el sentimiento de potencia del buitre sobre sus lentas alas?

¿Lo sé?

**LUCRECIO:** No eres sino metamorfosis, Títiro...

**TÍTIRO:** De ti hay que decirlo. Te dejo la profundidad. Pero, puesto que esta masa de sombra te atrae como una isla de frescor en mitad del fuego de este día, detente y coge el instante. Compartamos este bien y hagamos entre nosotros el intercambio de tu conocimiento de este Árbol por el amor y la alabanza que me inspira... Te amo, Árbol vasto, y estoy loco por tus miembros. No hay flor, no hay hembra,



gran Ser con brazos multiplicados que más que tú me emocio y de mi corazón desprenda un furor más tierno... Lo sabes bien, Árbol mío, que desde el alba te vengo a besar: beso con mis labios la corteza amarga y lisa y me siento hijo de nuestra misma tierra. En la más baja de tus ramas cuelgo mi cinturón y mi saco. De tus sombras espesas, un gran pájaro frecuentemente emprende el vuelo con ruido y huye de entre tus hojas, asustado de asustarme. Pero la ardilla sin miedo baja y se apresura hacia mí: viene a reconocermé. Tiernamente nace la aurora y toda cosa se declara. Cada una dice su nombre, pues el fuego del día nuevo las despierta a su turno. El viento naciente suena en tu alto ramaje. Coloca ahí una fuente y escucho el aire vivo. Pero es a ti a quien oigo. ¡Oh lenguaje confuso, lenguaje que te agitas, quiero fundir todas tus voces! Cien mil hojas mudas hacen eso que el soñador murmura a las potencias del sueño. Te respondo, Árbol mío, te hablo y te digo mis pensamientos secretos. Toda mi verdad, todas mis plegarias rústicas: conoces todo de mí y los tormentos ingenuos de la más simple vida, la más cercana a ti. Miro alrededor si estamos bien solos y te confieso lo que soy. Ora confieso odiar a Galatea; ora, por un recuerdo que me hace delirar, te tomo por su ser y ocurre un arrebato que

quiere locamente fingir y unir y tomar y morder otra cosa que un sueño: una cosa que vive... Pero, otras veces, te hago dios. Ídolo que eres, oh Haya, te imploro. ¿Por qué no? Hay tantos dioses en nuestros campos. Los hay tan viles. Pero tú, cuando se apacigua el viento y la majestad del Sol en calma, abrumador, ilumina todo lo que hay en la extensión, tú, tú llevas sobre tus miembros divergentes, sobre tus hojas innumerables, el peso ardiente del misterio del mediodía; y el tiempo enteramente dormido en ti no dura sino por el irritante rumor de la multitud de insectos... Entonces me pareces una especie de templo, y no tengo pena ni alegría que no dedique a tu sublime simplicidad. **LUCRECIO:** ¡Oh virtuosidad! Te estremeces de maravilla. Te escucho y te admiro...

**TÍTIRO:** No, tú no lo sabes. Sonríes de mi Árbol y piensas en el tuyo. Mi flauta no es para ti sino un juguete de la brisa, cuando la brisa se presta a los labios de un mortal: ella ondula el instante, divierte al oído. Pero para el alma potente y profunda, ¿qué es ella? Es apenas algo más que

un perfume sospechado. Mi voz no sigue sino a una sombra de pensamiento. Pero para ti, gran Lucrecio, y para tu secreta sed, ¿qué es la palabra, una vez que canta? Ella pierde ahí el poder de perseguir lo verdadero... Sí, sé lo que vale lo que me enseña el Árbol. Me dice lo que quiere que yo quiera sentir. Cambio lo que amo en delicias segundas y abandono en el aire lo que me viene de los cielos. Nada más, nada menos... Bien, no espero que mi placer agote a otra cosa que a mí, simple como soy. Pero tú, la frente cargada de sombras que formas, en la esperanza de un destello que golpearía a los dioses, tú te vuelves todo espíritu, y, próximos a la luz, tus ojos buscan en ti el ser de lo que es. Lo que aparece a la luz no es nada para tu razón, y lo que al viento ligero nuestro árbol balbucea, el dulce estremecimiento de la cima florida, la amplia hesitación de todo el ramaje y toda su multitud alada piando sin recelo, ¿qué te importa? Tú quieres la naturaleza de las cosas.

**LUCRECIO:** Este gran Árbol para ti no es sino tu fantasía. Crees amarlo, Títiro, y no haces otra cosa que ver en él tu capricho encantador que revistes de hojas. No amas sino a tu himno y me gustas así. En la Haya solemne encuentras asunto para cantar: los remolinos de su forma y sus pájaros sonoros,

su sombra que te acoge en el corazón quemante del día, y, todo favorecido por las musas, celebras con tu frágil caña los encantos del gigante.

**TÍTIRO:** Y bien, ¡canta tú mismo y díctale a la naturaleza, a la tierra, a los toros, a las rocas, al mar; da leyes a la onda y formas a las flores! Piensa por el universo, monstruo privado de cabeza que busca en el hombre un sueño de razón; pero no desdeñes al simple que te escucha. Ábrele los tesoros de las tinieblas de lo verdadero. ¿Qué sabes tú de esta haya? ¿Un poco más que nosotros?

**LUCRECIO:** Primero mira bien estas fuerzas brutas, la madera potente de estos miembros tendidos: la vida ha hecho esta materia plena, apta para aguantar el peso del cierzo y mantenerse firme al paso de las trombas; el agua de la tierra espesa y maternal, durante años profundamente extraída, produce ahora esta sustancia dura...

**TÍTIRO:** Dura como la piedra, y tan cincelable como ésta. **LUCRECIO:** Acabada en ramas que acaban en hojas, y los frutos por fin, huyendo a todas partes, dispersarán la vida...



**TÍTIRO:** Veo lo que dices.

**LUCRECIO:** Ve, pues, en este gran ser una especie de río.

**TÍTIRO:** ¿Un río?

**LUCRECIO:** Un río todo viviente cuyas fuentes surgen en la masa oscura de la tierra los caminos de su sed misteriosa. Es una hidra, Títiro, en disputa con la roca, que crece y se divide para estrecharla; que, cada vez más fina, mojada por lo húmedo, se desmelenan para beber la menor presencia del agua que impregna la noche masiva donde se disuelven todas las cosas que vivieron. No hay bestia horrorosa marina más ávida y múltiple que esta espesura de raíces, ciegamente ciertas del avance hacia la profundidad y los humores de la tierra. Pero este avance procede, irresistible, con una lentitud que lo vuelve implacable como el tiempo. En el imperio de los muertos, los topos y los gusanos, la obra del árbol inserta las potencias de una extraña voluntad subterránea.

**TÍTIRO:** ¡Qué maravillas me cuentas, oh Lucrecio!... ¿Pero te diré en qué pienso al escucharte? Tu árbol insidioso, que en la sombra insinúa su vivaz sustancia en mil filamentos, y que extrae el jugo de la tierra durmiente, me recuerda...

**LUCRECIO:** Dilo.

**TÍTIRO:** Me recuerda el amor.

**LUCRECIO:** ¿Por qué no? En tu entendimiento, en tu alma de pastor, lo que digo penetra y halla su eco. Mi palabra, Títiro, ha, pues, tocado ese punto, ese nudo profundo del ser, donde la unidad reside y de donde resplandece en nosotros, esclareciendo el universo de un mismo pensamiento, todo el tesoro secreto de sus similitudes...

**TÍTIRO:** No sé... Tu propósito me es oscuro, oh Lucrecio.

**LUCRECIO:** Yo me entiendo. Es suficiente. Habla, pues, a tu gusto, y de amor, si quieres. Pero canta cuanto antes esta metamorfosis... ¿Cómo, en tu espíritu, una planta que crece te hace pensar en el amor, esa necesidad de placer?

**TÍTIRO:** ¿Placer? El amor no es de tan simple sustancia.

**LUCRECIO:** ¿Qué quieres que él sea, mejor que universal instinto? No es más que un agujijón forjado por el destino.

**TÍTIRO:** ¡Aguijón!... ¡Y dices que mi alma es de pastor! ¡Aguijón!... ¡Lo conviertes en el dardo de un boyero! El amor que concibes no es sino el de los cabrios y los animales del bosque. Estos brutos, por arrebato, ebrios de su semilla, buscan violentamente, en su cálida estación, liberar su carne de esta ponzoña viva. Aman sin amor en el azar de los encuentros. Lo sé bien, pastor que se mezcla

en eso ocasionalmente y une a su gusto al macho y a la hembra cuando quiere tener cabritos de su elección.

**LUCRECIO:** Y he aquí al destino atravesado por Títiro... Metes las manos en la sombra donde la suerte anda a tientas... Haces trampa...

**TÍTIRO:** ¿No es en los asuntos de los humanos donde todo el espíritu que tienen atormenta la naturaleza, trastorna su vida y quiere engañar a la muerte?

**LUCRECIO:** No vayas a extraviarte bajo mis emparrados abstractos. Déjame el aforismo y los razonamientos. Espero al árbol y al amor que te place añadirle. Cántame, si quieres, cosas de tu cosecha. Si bien a tus canciones mi oreja se entrega, temo no tener gusto para tu filosofía.

**TÍTIRO:** Escucha pues. He aquí lo que me llega:

**AMOR** no es nada que no crezca al extremo:

crecer es su ley; muere de ser el mismo,  
y muere en quien no muere por amor.

Vivo por una sed siempre insaciada,  
árbol del alma con raíces de carne  
que vive de vivir lo más vivo de la vida,  
vive de todo, de lo dulce y lo amargo,

y de lo cruel, aun mejor que de lo tierno.

Gran Árbol Amor que no cesas de oír  
en mi debilidad un extraño vigor

¡mil momentos que se guarda el corazón  
te son follaje y flechas de luz!

Y no obstante que al sol de la felicidad  
en el oro del día se expande tu jubilo,

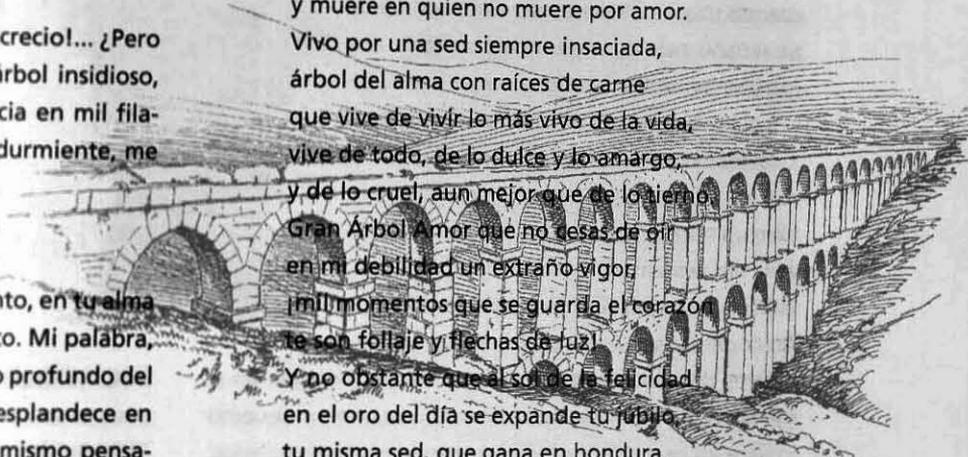
tu misma sed, que gana en hondura,  
mana en la sombra, de la fuente del llanto...

**LUCRECIO:** Esos no son versos. Eso tiene algo de enigma.

**TÍTIRO:** Improvisé. No es sino un primer tiempo de un poema futuro. Lo que dijiste hace poco respecto a este árbol me ha hecho pensar. Amor. El Árbol y el Amor, los dos, pueden en nuestros espíritus unirse en una idea. El uno y el otro son cosa que, nacida de un germen imperceptible, se agranda y fortalece, y se despliega y ramifica; pero tanto como se eleva al cielo (o hacia la felicidad), tanto así debe descender en la oscura sustancia de lo que somos sin saberlo.

**LUCRECIO:** ¿Nuestra tierra?...

**TÍTIRO:** Sí... Y es ahí, en el seno mismo de las tinieblas en las que se funden y confunden lo que es de nuestra especie y lo que es de nuestra materia viva, y lo que es de nuestros recuerdos y de nuestras fuerzas y debilidades es-



condidas, y, en fin, lo que es el sentimiento de no haber sido jamás y de deber cesar de ser, que se encuentra lo que he nombrado la fuente de las lágrimas: LO INEFABLE. Pues nuestras lágrimas, en mi opinión, son la expresión de nuestra impotencia para expresar, es decir, para des-hacernos por la palabra de la opresión de lo que somos...

**LUCRECIO:** Vas lejos para ser pastor. ¿Lloras, pues, siempre?

**TÍTIRO:** Puedo llorar siempre. Y, pastor como soy, he observado que no hay pensamiento que, perseguido hasta lo más cerca del alma, no nos conduzca a los límites privados de palabras, esos bordes mudos donde subsisten solas la piedad, la ternura y la especie de amargura que nos inspira esa mezcla de eterno, fortuito y efímero: nuestra suerte.

**LUCRECIO:** ¿Y es, pues, eso en lo que meditas cuando pasas las noches del verano velando tu rebaño que duerme, mientras toda una majada de astros, hostigada aquí y allá, sobre el horizonte, por el silencioso destello, o atravesada por el vuelo imprevisto de meteoros, parece pastar el tiempo y, como paso a paso un rebaño paca su camino, pacer el porvenir sin descanso?

**TÍTIRO:** ¿Qué hacer? A esa hora nocturna, el Árbol parece pensar. Es un ser de sombra. Los pájaros dormidos lo dejan único viviente. Tiembla en sí mismo: se diría que se habla. El miedo habita en él, como lo hace en nosotros, cuando estamos por completo solos, en la noche, con nosotros mismos y todo a merced de nuestra verdad.

**LUCRECIO:** Es cierto, no tenemos qué temer sino a nosotros mismos. Los dioses y los destinos no pueden nada sobre nosotros excepto por la traición de nuestras fibras sensibles. Sobre el alma inferior reinan laxamente; su poder no es acto de la Sabiduría; pero la divinidad encuentra en cuerpos débiles, como supremo argumento, la tortura del sabio.

**TÍTIRO:** ¿Pero no es el fuego el fin mismo del Árbol? Cuando su ser deviene todo atroz dolor, se tuerce; pero se hace luz y ceniza pura, antes que pudrirse, minado por el agua estancada, roído por el gusano...

**LUCRECIO:** ¡Títiro, entre los males, escoge, si lo puedes hacer! Más vale no pensar en eso. ¿Qué hay más inútil? Puesto que son, cuando son, bastante claros por sí mis-

mos... Pero si yo fuera para ti el compañero de las noches, invisibles los dos en la sombra al pie del Árbol, reducidos a nuestras dos voces, reducidos a un solo ser al que aplasta igualmente el fardo de tantos astros, te diría, te cantaría lo que me canta y dice y me impone en el alma mi contemplación de la Idea de la Planta.

**TÍTIRO:** Te escucharía religiosamente en la noche; perdería el sentimiento de mi ignorancia; no comprendería todo lo que dijeras, pero lo amaría de tal modo, con un deseo tan grande de que aquello fuera la verdad, con un encantamiento del espíritu tan grande, que no puedo concebir felicidad más segura, momentos más incorruptibles...

**LUCRECIO:** El ser que se maravilla es bello como una flor.

**TÍTIRO:** Discúlpame: no he podido dejar de interrumpirte mientras hablabas de esta Idea de la Planta...

**LUCRECIO:** ¿No ves que cada planta es obra, y no sabes que no hay obra sin idea?

**TÍTIRO:** Pero no veo autor.

**LUCRECIO:** El autor no es sino un detalle casi inútil.

**TÍTIRO:** Me confundes... ¡Tomas a Títiro por un juguete!... Pero soy animal racional y sé como tú que todo requiere su causa. Todo lo que es, fue hecho; todo supone a alguien, hombre o divinidad, una causa, un deseo, una potencia en acto.

**LUCRECIO:** ¿Estás bien seguro de que nada puede ser por sí sin causa, sin razón, sin fin que lo preceda?

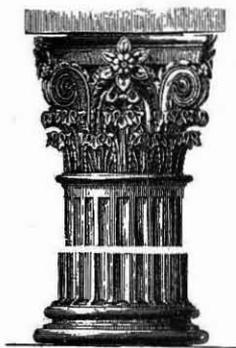
**TÍTIRO:** Bien seguro.

**LUCRECIO:** ¿Sueñas de vez en cuando?

**TÍTIRO:** Antes de todas las albas.

**LUCRECIO:** Como sobre el granito de la ilustre estatua actúa la luz naciente que lo hace resonar, así Memnón, Títiro, en la aurora improvisa en él solo, por sí solo, cuentos maravillosos... ¿Pero tus sueños, Títiro, son de algún valor? ¿Valen al despertar por haber sido soñados?

**TÍTIRO:** Los hay tan bellos... ¡Los hay tan verdaderos!... Los hay divinos... Y otros completamente siniestros... Tan extraños, a veces, que los creo formados por algún otro durmiente, como si, en la noche, se equivocaran de ausente y de alma sin defensa... Los hay crueles por haber sido demasiado dulces: tal felicidad se desgarró en el momento en que me colma, y me abandona al punto sobre la orilla de lo verdadero... Toda mi carne aún está vibrante de amor, pero el espíritu se rehúsa y



friamente contempla la palpitación muriente de su cuerpo... Del reptil partido, los dos trozos se retuercen...

**LUCRECIO:** Así, tú no eres, pues, sino un espectador obligado a soportar el espectáculo. Pero quién, dime, quién, pues, es el autor de ese drama.

**TÍTIRO:** El autor... No sé. No encuentro a nadie.

**LUCRECIO:** ¿Tú?

**TÍTIRO:** Seguramente yo no, pues esos juegos del sueño no pueden formarse si yo no soy excluido de sus arreglos: sin los cuales, nada de terrores, de sorpresa o de encantos.

**LUCRECIO:** No hay, pues, autor de tales. Lo ves bien, Títiro, una obra sin autor no es, entonces, imposible. Ningún poeta ordenó para ti esos fantasmas y tú jamás habrías saca-

do de ti esas delicias ni esos abismos de tus sueños... Ningún autor... Se trata, pues, de cosas que se forman ellas mismas, sin causa, y se labran su destino... Por eso rechazo, de las necesidades infantiles del espíritu de los mortales, la lógica ingenua que quiere encontrar en todo un artista y su fin, bien distintos de la obra. El Hombre, ingenuo delante de toda cosa que vea, sobre la tierra o en los cielos, astros, animales, estaciones, apariencias de reglas, semblantes de prevención feliz o de armonía, pregunta: ¿Quién hizo esto? ¿Quién lo ha querido? Y cree que debe comparar todo con esos peculiares objetos que surgen de nuestras manos: nuestros vasos, nuestros útiles, nuestras moradas, nuestras armas, con todos esos compuestos de materia y espíritu que nuestras necesidades dan a luz.

**TÍTIRO:** ¿Pero tú, piensas tú captar mejor la naturaleza de las cosas?

**LUCRECIO:** Intento imitar el modo indivisible... Oh Títiro, creo que en nuestra sustancia se encuentra a poca profundidad la misma potencia que produce, asimismo, toda vida. Todo lo que nace en el alma es la naturaleza misma...

**TÍTIRO:** ¿Qué? ¿Todo lo que llega a nosotros sería esencial?

**LUCRECIO:** No todo lo que nos llega, más bien ese llegar mismo. Te lo digo, Títiro, entre todo lo que vive existe un vínculo secreto, una similitud, que engendra tanto el odio como el amor. El semejante acaricia o devora a un seme-

jante. Sea que coma al cordero, sea que cubra a la loba, el lobo no puede sino hacer o actuar como lobo.

**TÍTIRO:** ¿Pero tú? ¿Podrías tú hacer o actuar como Árbol?

**LUCRECIO:** Te he dicho que siento nacer y crecer en mí una virtud de Planta, y sé confundirme en la sed de existir del germen que se esfuerza y que avanza hacia un número infinito de otros gérmenes a través de toda una vida de planta...

**TÍTIRO:** Permite que te detenga... Una pregunta me llega.

**LUCRECIO:** Lo que iba a decirte (quizá a cantarte) hubiera, pienso, desecado la fuente de palabras que surgía de repente del fondo de tu espíritu. ¡Pero habla!... Si yo te pidiera esperar te escucharías interiormente tú mismo, con complacencia, en lugar de escucharme.

**TÍTIRO:** Sí, ¿no crees, oh sabio que eres, que nuestro conocimiento de cualquier cosa es imperfecto si se reduce a la noción exacta de esa cosa, si se limita a la verdad, y, habiendo llegado a cambiar la visión ingenua en idea nítida y en puro resultado de estudios, de experiencias y de todas las observaciones de forma que eliminan el error o la ilusión, se atiende a esta perfección?

**LUCRECIO:** ¿Qué más necesitas que lo que es? ¿Y lo verdadero no es acaso la frontera natural de la inteligencia?

**TÍTIRO:** Estoy cierto, en cuanto a mí, de que la realidad, siempre infinitamente más rica que lo verdadero, engloba acerca de todo asunto y en toda materia la cantidad de equivocaciones, de mitos, de cuentos y de creencias pueriles que necesariamente produce el espíritu de los hombres.

**LUCRECIO:** ¿Y tú no ves, entonces, que esta mala hierba sea quemada por los sabios y exhale un olor agradable para Minerva?

**TÍTIRO:** Y que si la trasplantas y la cultivas bien, por separado, deja de ser mala: se le puede encontrar cualquier uso. Pero he aquí mi propuesta de simple y de ignorante. Una vez que se tiene sólidamente lo verdadero, y que no se teme que pueda perderse en vanos caprichos, la sabiduría debería regresar sobre sus pasos, retomar y recoger como cosas humanas todo lo que fue creado, forjado, pensado, soñado y creído, todos esos prodigiosos productos del espíritu nuestro, esas historias mágicas y monstruosas que nacen tan espontáneamente de nosotros...



**LUCRECIO:** Es cierto (y es extraño, en efecto) que no podemos conocer lo verdadero por el empleo de muchos artificios. ¡Nada menos natural!

**TÍTIRO:** He notado que no hay cosa en el mundo que no haya sido adornada de sueños, tenida por emblema, explicada por algún milagro, y esto a tal grado que la preocupación de conocer los orígenes y las primeras circunstancias es la más ingenuamente poderosa. Y es porque sin duda esta sentencia fue pronunciada por un filósofo cuyo nombre no sé: EN EL PRINCIPIO ERA LA FÁBULA.

**LUCRECIO:** ¿No soy yo mismo el que la ha dicho? Pero he dicho tantas cosas, que ésta es tan mía que no lo es...

**TÍTIRO:** ¡Eres tan rico!... Pero regreso a mi propósito, y por él a nuestro ÁRBOL... ¿Conoces la Maravillosa Historia del Árbol infinito?

**LUCRECIO:** No.

**TÍTIRO:** ¿Y del cedro cargado de amor, no sabes nada? ¿En la isla Xiphos?...

**LUCRECIO:** Ignoro todo del cedro y no sé nada de la isla.

**TÍTIRO:** ¿Y la más asombrosa?

**LUCRECIO:** Ignoro también la más asombrosa.

**TÍTIRO:** La más asombrosa historia de árboles es ciertamente la de esos dos manzanos gigantes cuyo fruto, de uno de ellos, ofrecía a quien mordía su pulpa fabulosa una vida eterna, en tanto que el fruto del otro producía, apenas saboreado, una extraña claridad en el espíritu del comensal: sentía invadirlo una vergüenza relacionada con las cosas del amor. Un enrojecimiento súbito envolvía todo su ser y resentía su desnudez como un crimen y una quemadura...

**LUCRECIO:** ¡Qué de extravagantes combinaciones tienes a la mano en tu memoria, Títiro!

**TÍTIRO:** Me gusta lo que me asombra y no retengo sino lo que podría, en un espíritu de sabio, excitar nada más que el olvido.

**LUCRECIO:** ¿Y ese árbol infinito?

**TÍTIRO:** Fue, en los tiempos primeros, cuando la tierra era virgen, y el hombre estaba por nacer, y todos los animales. La Planta era dueña y revestía todo el cuerpo del suelo. Hubiera podido permanecer como la sola y soberana forma de vida, ofreciendo al ojo de los dioses el esplendor variado de los colores de las estaciones. Inmóvil, por la naturaleza misma de cada uno de sus individuos, se desplazaba en forma de especies, ganando de lugar en

lugar extensión. Es por el número de sus gérmenes (que prodiga locamente a los vientos) que avanzaba y se ensanchaba a la manera de un incendio que devora todo lo que hay para devorar; y he ahí lo que harían aún, sin el hombre y sus trabajos, las hierbas y arbustos. Pero lo que nosotros vemos no es nada junto a lo que fue esta potencia de conquista por saltos de semillas aladas, en esa edad heroica del vigor vegetal. Ahora (escucha esto, Lucrecio), sucedió que uno de estos gérmenes, sea por la excelencia de la tierra donde cayó, o por el favor del sol sobre él, o por cualquier otra circunstancia, creció como ningún otro, y de hierba se hizo árbol, y este árbol, ¡prodigio! ¡Sí! Parece que en él una especie de pensamiento y voluntad se formó. Era el más grande y el más bello ser bajo el cielo,

cuando, al resultar evidente quizá que su vida de árbol no se sustentaba sino en su crecimiento y que él no vivía sino de engrandecerse, le vino una cierta insania de desmesura y arborescencia...

**LUCRECIO:** Porque este árbol era una clase de espíritu. El más alto espíritu no vive sino de crecimiento.

**TÍTIRO:** Como un atleta con las piernas separadas produce efecto sobre las columnas entre las que está colocado y las empuja no menos

energicamente con sus brazos henchidos de voluntad, este árbol se volvió el hogar del más potente empuje y la forma de fuerza más extensa que la vida hubo jamás producido, fuerza enorme, pero imperceptible a cada instante, capaz de levantar poco a poco una roca grande como una colina o derribar un muro de ciudadela. Se dice que al cabo de mil siglos cubría con su sombra toda la inmensa Asia...

**LUCRECIO:** ¡Qué imperio mortal debió ejercer esta sombra!

**TÍTIRO:** Sí, el Árbol soberano hacía la noche bajo sí. Ningún rayo de sol traspasaba su follaje, en el espesor en el que todos los vientos se extraviarían, y su frente sacudía las tempestades adversas como los bueyes macizos hacen con los vanos moscardones. Los ríos no existían más, tanto así distribuía savia lo mismo al cielo que a la tierra. En el azur erguida su soledad intensa, era el Árbol Dios.

**LUCRECIO:** Es una maravillosa aventura, Títiro.

**TÍTIRO:** Perdóname. He incluido este cuento inocente entre los discursos más profundos y más sabios que me ibas a referir, acerca de nuestro propósito.



**LUCRECIO:** No sé si pueda, mejor, contar una Fábula... Quisiera hablarte del sentimiento que tengo, a veces, de ser yo mismo Planta, una Planta que piensa pero que no distingue por sus potencias diversas la forma de sus fuerzas ni el sitio de su reposo. Fuerzas, formas, grandeza y volumen y duración no son sino un mismo río de existencia, un flujo cuyo licor expira en sólido muy duro, en tanto que el deseo oscuro del crecimiento se eleva, estalla y quiere volver a ser deseo bajo la especie innumerable y ligera de las simientes. Y me siento vivir la empresa inaudita del Tipo de la Planta, invadiendo el espacio, improvisando un sueño de ramaje, sumergiéndose en pleno fango y rodeándose de las sales de la tierra, mientras que en el aire libre abre por grados a las larguezas del cielo millares de labios verdes... Tanto como se hunde, tanto se eleva: encadena lo informe, ataca el vacío; lucha por cambiarlo todo en sí misma, ¡y esa es su idea!... Oh Títiro, me parece participar con todo mi ser en esta meditación potente, y actuante, y rigurosamente seguida en su designio, que me ordena la Planta...

**TÍTIRO:** ¿Dices que la Planta medita?

**LUCRECIO:** Digo que si alguien medita en el mundo, es la Planta.

**TÍTIRO:** ¿Medita?... ¿Será que el sentido de esta palabra me es oscuro?

**LUCRECIO:** No te inquiete eso. La falta de una sola palabra hace vivir mejor una frase: ella se abre más vasta y propone al espíritu un poco más de espíritu para colmar la laguna.

**TÍTIRO:** No soy tan fuerte... No sé concebir que una planta medite.

**LUCRECIO:** Pastor, lo que ves de un arbusto o de un árbol

no es sino lo de afuera, y lo que el instante ofrece al ojo indiferente que no hace otra cosa que rozar la superficie del mundo. Pero la planta presenta a los ojos espirituales no sólo un simple objeto de vista humilde y pasiva, sino una extraña resolución de trama universal.

**TÍTIRO:** ¡No soy sino un pastor, Lucrecio, compréndeme!

**LUCRECIO:** Meditar, ¿no es profundizar en el orden? Ve cómo el Árbol ciego con sus miembros divergentes crece alrededor de sí mismo según la Simetría. En él, la vida calcula, levanta una estructura, e irradia su número por ramas y botones, y en cada botón su hoja, en los puntos mismos marcados por el naciente futuro...

**TÍTIRO:** ¿Ay, cómo seguirte?

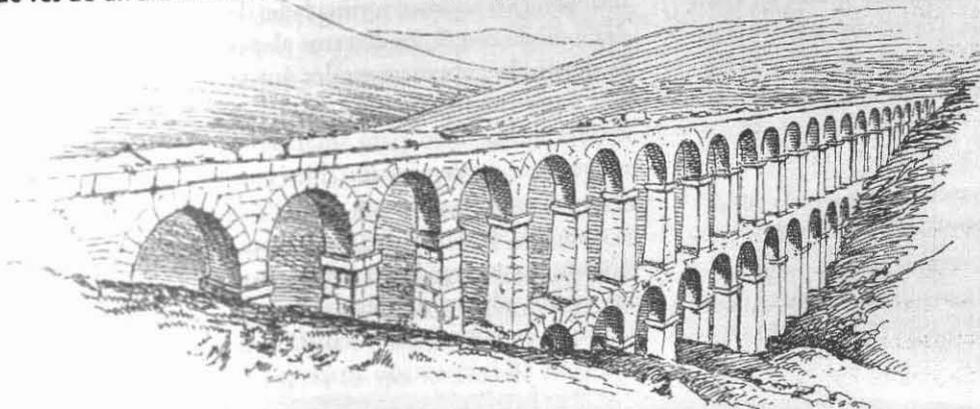
**LUCRECIO:** No temas, pero escucha: cuando te viene al alma una sombra de canción, un deseo de crear que te toma por la garganta, ¿no sientes tu voz henchirse hacia el sonido puro? ¿No sientes fundirse su vida y tu deseo hacia el sonido deseado donde la onda te levanta? ¡Ah! Títiro, una planta es un canto cuyo ritmo despliega una forma cierta, y en el espacio expone un misterio del tiempo. Cada día levanta un poco más alto la carga de sus ígneos troncos y

lanza por millares sus hojas al sol, cada una delirando en su puesto en el aire, según lo que le llega de brisa y que ella cree su inspiración singular y divina...

**TÍTIRO:** Pero tú mismo te has vuelto un árbol de palabras...

**LUCRECIO:** Sí... La meditación resplandeciente me embriaga... Y siento todas las palabras en mi alma temblar.

**TÍTIRO:** Te dejo en este estado admirable. Me es preciso ahora reunir a mi rebaño. Prepárate para el frescor de la tarde que llega tan rápido. \*



## Algunas notas sobre la antropología social mexicana a propósito del Foro "Las humanidades en el contexto nacional actual"

Rodrigo Díaz Cruz \*

Históricamente, como es bien sabido, la antropología social mexicana ha estado orientada sobre todo a esclarecer las culturas o formas de vida de la población indígena en México, sus condiciones de vida, y sus vínculos con la llamada sociedad mayor. No obstante, los presupuestos con que dichas formas de vida o culturas han sido indagadas, concebidas, reconstruidas e interpretadas variaron a lo largo del siglo xx. De tal suerte que revisar los diversos horizontes interpretativos que han elaborado los antropólogos respecto a la población indígena es ver recorrer frente a sí un desfile de reubicaciones, transformaciones y desplazamientos de los indígenas y la nación en su relación mutua. Así, por ejemplo, en 1916 Manuel Gamio, en *Forjando patria*—libro con el que se inaugura la antropología contemporánea en México—, proponía incorporar a los indígenas a la nación para conformar una "coherente y homogénea raza nacional", con una cultura y un idioma unificado, para ello había que ofrecerles educación y las técnicas de la civilización moderna como instrumentos para modificar su cultura, considerada como un lastre para el país. Posteriormente, en el periodo cardenista, el problema indígena fue trasladado al ámbito de la lucha

de clases, con lo que quedó marginada su especificidad étnica y cultural. Bajo la sombra y hegemonía mundial de las teorías de la modernización, a partir de los cuarenta creció el interés por la idea de "desarrollo regional", esto es, el problema indígena sufrió otro desplazamiento: ahora se comenzó a hablar de "marginalidad", "aislamiento" y "desarrollo desigual" en contraste con lo moderno, la industrialización y la ciudad.<sup>1</sup> Es posible continuar en esta dirección hasta llegar a nuestros días, en los que conceptos y reivindicaciones tales como "autonomía indígena", "derechos humanos" y "multiculturalidad" están modificando el lugar que la población indígena debe ocupar en una nación pluricultural como la nuestra. Pero no es mi propósito aquí hacer una revisión histórica de la antropología mexicana, cuyo surgimiento ciertamente debe mucho a los gobiernos posrevolucionarios y a su propósito de construir una nación culturalmente unificada, sino apenas ilustrar esos desplazamientos, invenciones y transformaciones a que se ha visto sometida la población indígena en el discurso antropológico nacional y, vinculados de algún modo con él, los diversos planes de desarrollo gubernamentales que se han instrumentado bien sea para incorporarlos, bien para inculcarles valores de la modernización, bien para atender muchas de sus legítimas demandas. Incluso durante varias décadas los antropólogos colaboraron en dichos planes de desarrollo, sin embargo su participación en ellos radicó más en la ejecución antes que en



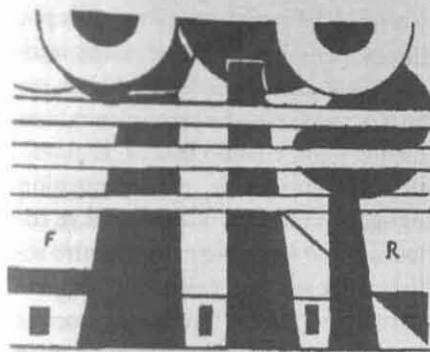
la toma de las decisiones. En cualquier caso, y reconociendo los diferentes horizontes interpretativos a los que me he referido, la antropología social mexicana ha logrado acumular una enorme cantidad de datos y materiales etnográficos y etnológicos que forman parte del patrimonio no sólo de la disciplina tal y como ésta se ha desarrollado, sino también del país. Datos y materiales que han contribuido a erigir esa vaporosa y selectiva historia de bronce que es nuestra historia oficial, nacional, a través de la cual —y enunciadas por voces autorizadas desde posiciones, instituciones y canales privilegiados— la cultura y la historia devienen autobiográficas. Pero también a partir de esos datos y materiales que han resultado del trabajo antropológico se han gestado posiciones muy críticas, destacadamente a partir de la década de los setenta, no sólo de esa historia de bronce, sino que aluden a las condiciones de vida marginadas de la población indígena, a esa suerte de invisibilidad sociocultural a la que ha estado condenada.

\* Profesor-investigador del Departamento de Antropología de la Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa. Agradezco los comentarios de los profesores Ricardo Falomir, Xóchitl Ramírez y Roberto Varela a una versión preliminar de este trabajo. Desde luego la responsabilidad final es sólo mía.

Comencé mi exposición señalando que la antropología social mexicana ha estado orientada sobre todo a esclarecer las culturas o formas de vida de la población indígena, sus condiciones de vida, y sus vínculos con la llamada sociedad mayor. Si bien esta orientación sigue constituyendo parte del núcleo fuerte de la antropología que se hace en nuestro país, la caracterización ya no es precisa ni justa, fundamentalmente en lo que concierne a los últimos treinta años. Este último dato tiene su explicación: la comunidad antropológica está lejos de ser homogénea. En la presentación de un libro que publicó los resultados del "Simposio sobre teoría e investigación en la antropología social mexicana", realizado en 1987, se afirma que al comenzar la década de los ochenta la antropología social mexicana entró en una etapa que podríamos caracterizar como de "pax porfiriana" (...) [después de] las feroces discusiones de los antropólogos desde finales de los sesenta y a lo largo de los setenta. La discusión fue tan enconada que no se veía la utilidad de mantenerla, pues nadie estaba dispuesto a modificar sus posiciones y a aprender algo del debate... Tanto se discutió que ya no se volvió a discutir más. La antropología social mexicana se vio forzada a tomar un reposo para curarse del hígado hinchado de tantos corajes. La paz ha tenido sus beneficios: la intolerancia ha cedido a la apertura, al deseo de aprender e iniciar el recorrido de nuevos caminos.<sup>2</sup>

En efecto, a partir de los setenta la comunidad antropológica comenzó a expandir notablemente sus temas de investigación, relacionados con los problemas y realidad nacionales. Los estudios sobre el campesinado mexicano, la cuestión urbana y la industrialización, sobre la cultura obrera, la cultura y religiosidad populares, sobre la migración y los movimientos sociales, entre otros, impregnaron al conjunto de la disciplina, y con ello sus propias fron-

teras se fueron desvaneciendo. Esto es, para utilizar un término en boga, la antropología comenzó a experimentar un proceso de hibridación con la sociología, la economía, la ciencia política, los estudios literarios, la filosofía, la comunicación, etc. Y más recientemente, han surgido en nuestra circunstancia diversas antropologías: la del agua, de la educación, la antropología médica, de la ciencia y la tecnología, de la violencia, los estudios de género, las investigaciones en torno a las industrias culturales y el consumo cultural, o sobre los nuevos sujetos sociales y los



procesos electorales, sobre el alcoholismo, las indagaciones sobre las conversiones religiosas, sobre el patrimonio cultural, sobre la reproducción de las unidades domésticas marginadas, de extrema pobreza o las clasemedieras en épocas de crisis, investigación sobre los derechos humanos y la ciudadanía multicultural, sobre el aprovechamiento y deterioro de los recursos naturales, sobre la globalización y las comunidades transnacionales, constituyen todos ellos ejemplos de lo que la antropología mexicana está realizando desde diversas perspectivas teóricas, y que son de vital importancia para comprender la compleja realidad nacional, para atender los problemas que nos aquejan y en su caso proponer soluciones viables y realistas. En suma, los temas sobre los que hoy se está volcando

la investigación antropológica forman parte de la agenda nacional, y en ella es posible discernir modelos alternativos de desarrollo y nuevas formas de contender con la globalización.

Esta diversidad temática y pluralidad teórica que singulariza a la antropología mexicana contemporánea está asociada también al surgimiento de diversos programas de docencia, al nivel de licenciatura y de posgrado, a lo largo del país; a la creación o fortalecimiento de diversas instituciones donde se aloja la investigación antropológica; a la ampliación de los espacios editoriales, bibliográficos y hemerográficos, que publican los resultados de las investigaciones. Éstos son logros conseguidos por diversas generaciones de antropólogos y diferentes proyectos institucionales, sin embargo todavía hay mucho por hacer. Dilucidar con mayor profundidad las nuevas condiciones culturales contemporáneas, reflexionar sobre y en su caso modificar la docencia que ofrecemos y el perfil de los egresados, ahondar la calidad de la investigación con rigor terminológico, atender con más atención las demandas que con justicia la sociedad plantea a la comunidad antropológica, sobre todo si consideramos las actuales circunstancias nacionales y mundiales, proyectarla más en el ámbito nacional e internacional. Pero el éxito de estos retos también depende de una política nacional de educación que apoye genuinamente a las diversas instituciones de educación superior y de investigación; de políticas culturales, así, en plural, como instrumentos de justicia social y palanca de desarrollo, que entre otras cosas promuevan la creatividad y diversidad en los terrenos de la política, la administración, la ciencia, la tecnología y las artes, que estimulen el mejor uso posible de las realidades y oportunidades del pluralismo, que mejoren la comprensión de las profundas dimensiones culturales de la gestión del ambiente, que incidan

en la realización de investigaciones que tomen en cuenta la integración de la cultura, el desarrollo y las formas de organización política, que además de adoptar una perspectiva de género brinde a los niños y jóvenes el lugar que les corresponde como portadores de nuevas culturas.<sup>3</sup> Acaso esté erigiendo demasiadas esperanzas, expectativas o posibilidades de modificación y participación en las políticas de educación y culturales, pero en un país en el que la depresión de la actriz de moda o la consagración del *voyeurismo* colectivo son más importantes y ocupan más espacio y tiempo que la ciencia, la tecnología y la cultura, nunca sobraría insistir que aquí estamos otros, creo, presentes y visibles.

En lo que resta del trabajo me centraré en uno de los varios temas que han estado en el debate nacional desde el levantamiento del EZLN, y cómo la antropología puede contribuir a esclarecerlo. Me refiero al tema de las identidades étnicas, que a mi juicio subyace a las diversas leyes indígenas, bien en la aprobada o en las propuestas. En los últimos 20 o 25 años la antropología mexicana revitalizó el término de "identidad", un viejo concepto del pensamiento social y filosófico, y le dotó de un fuerte contenido reivindicatorio. No objeto, como tal, el concepto de "identidad", sino algunos de sus idealizados usos en dicho debate; emparentado con él está por cierto la idea de cosmovisión. En efecto, en la defensa y reivindicación de las lenguas y formas de vida indígenas se han elaborado narrativas conformadoras de identidad étnica. Así, respecto a cualquier identidad colectiva es posible distinguir un uso enfáticamente instrumental: aquel que sacrifica las diferencias internas del grupo en beneficio de una unidad que incrementa su poder de negociación, de resistencia y lucha colectivas. En esta singular exposición de identidad se exaltan la historia, los hábitos culturales, las narrativas y las

imágenes que el grupo ha hecho de sí; a través de dispositivos simbólicos y acciones orientadas, el grupo no sólo se presenta como es, sino como desea ser y como quiere ser visto por los demás: de la invisibilidad sociocultural los indígenas han pasado a crear su propia palpable presencia cultural y política. En las batallas contemporáneas que están librando muchos grupos por el derecho a la diferencia se esgrime, a mi juicio, tal uso instrumental de las identidades. Es, pues, y permítanme continuar con mi metáfora belicista, un arma, una genuina arma política.

Estos actos de identidad, sin duda, representan y dramatizan la cohesión y unidad del grupo con propósitos políticos, pero de aquí no se puede inferir que el grupo que los despliega sea así. Cuando se insiste excesivamente en dichos actos, cuando la idea de autenticidad cultural y de una cosmovisión indígena más o menos esencial se colocan como *los* emblemas del centro activo al que se aspira y en el que se quiere participar, muchas reivindicaciones de la distinción y la identidad sucumben en lo que Carlos Pereda ha llamado razón arrogante: "los modos de comprendernos a nosotros mismos, a nuestras formas de vida y a la cultura, o mejor, a las culturas en que vivimos, y que nos permiten crecer o nos destrozan, con frecuencia han sido y son invadidos por ese personaje que llamo 'razón arrogante' (...) una razón que con avidez no deja de desear 'más de lo mismo y nada de lo otro': se autoconfirma sin límites y con igual falta de límites desacredita, difama. Es una forma del espíritu sectario. Más todavía, no hay arrogancia que tarde o temprano no se convierta en secta".<sup>4</sup> Es política y moralmente importante distinguir entonces entre el derecho a la diferencia—derecho que muchos pueblos y grupos en el mundo no han tenido—del consentimiento con *toda* diferencia. Consentimiento que muy fácilmente sucumbe o en el culto a la diversidad,

que se traduce en cultivador de sectas, para las cuales "siempre es bueno más de lo mismo", o en la pluralidad indiferente,<sup>5</sup> donde "todo se vale".

De este modo, la noción de identidad, con cualquiera de sus respectivos adjetivos que le ajusten: identidad étnica, política, cultural o nacional, posee pliegues donde es fácil extraviarse y hacer extraviar a otros. Se suele apelar a la identidad nacional o a la identidad política, por ejemplo, para combatir a los enemigos de afuera o a los heterodoxos de adentro; se recurre a las pro-



pias creencias religiosas del grupo, en tanto notas de identidad, para expulsar de la comunidad a los conversos. Cuando se incurre en una identidad arrogante, las creencias, prácticas, valores y normas de las culturas o grupos dominados se pueden volver incuestionables, inmunes a la crítica, merecedoras de una validez *a priori*. Esas vívidas realidades que los actos de identidad construyen o que hacen presente pueden generar, cuando cristalizan, la *falacia del consenso*. Ésta asume que las creencias, prácticas, valores y normas de otras culturas, sobre todo de las dominadas, son asumidas e interpretadas del mismo modo por sus miembros. Incurrir en la falacia del

consenso implica dos consecuencias indeseables, en las que a veces la antropología y los propios grupos indígenas han sucumbido: que el reconocimiento de los derechos del grupo exige o que se acepte la existencia de un agente moral colectivo, alguna misteriosa "conciencia colectiva"<sup>6</sup> que decidirá por los individuos qué es lo justo y bueno para ellos; o bien que se acepte que hay alguien, una persona o grupo de personas, que tiene el derecho de señalar qué creencias, prácticas, valores, normas y tradiciones de la comunidad, sobre las que no cabe la posibilidad de cambio alguno, son las que se precisa preservar. En cualquiera de los dos casos se asume que las personas están totalmente determinadas por su cultura, como lo ha indicado Juan Pedro Viçeira, "incapaces de tener un criterio moral propio, diferente del de su grupo de adscripción, que, a su vez, se concibe como el simple producto de sus condiciones de vida materiales y espirituales (...) Por su 'propio bien', para que puedan preservar su cultura, se les limitan sus derechos. En efecto, este discurso [usocostumbrista] maneja una lamentable y muy peligrosa confusión entre el derecho a practicar ciertas tradiciones culturales (derecho perfectamente respetable siempre y cuando no se violen los legítimos derechos de otras personas) y la obligación de practicarlas".<sup>7</sup> En este punto surge la sofística de la diferencia: la exaltación de lo diverso puede convertirse en una prohibición de esa diversidad, esto es, al tiempo que se subraya el derecho a la diferencia frente a otros, se inhibe a los individuos del propio grupo ejercer el disenso y la crítica de los recursos sociales y culturales distintivos. Cualquier crítica, duda, cuestionamiento o no-seguimiento de las creencias, prácticas, valores, normas y tradiciones por parte de aquellos miembros de la cultura donde se asume una arrogante identidad colectiva será enfáticamente una abominación o anomalía que los orto-

doxos buscarán condenar, cuando no extirpar o silenciar.<sup>8</sup> No es casual, en consecuencia, que muchos movimientos, étnicos, religiosos, políticos, nacionales, sean más encarnizados y crueles con los heréticos o heterodoxos, pues ellos irrumpen de adentro. En contraste con los actos de identidad arrogantes, se puede defender la idea de que la composición y uso de las identidades colectivas son siempre conflictivas, heterogéneas, abiertas, inestables y dispuestas al cambio, históricamente discontinuas, con sus propias narrativas de identidad en permanente resignificación, algunas veces a pesar de quienes—en su legítima lucha por el derecho a la diferencia—se asumen como unidad, y muchas otras a pesar de los grupos dominantes. Los datos y materiales

etnográficos y etnológicos que la antropología mexicana ha producido ofrecen pruebas de esta tensión desgarrada en la conformación de las identidades étnicas, y por tanto debe ejercer una seria crítica a quienes idealizan los actos de identidad, a quienes definden a ultranza los usos y costumbres, las tradiciones culturales, como una vía inamovible para reconocer el derecho a la diferencia de la población indígena en nuestro país. A cambio conviene reconocer que las identidades, personales o colectivas, inconsistentes y contradictorias, múltiples, suponen una búsqueda en ese extraño vaivén entre lo universal y lo singular, una expansión hacia fuera, pues ésta y no otra es la prueba de su persistencia y validez.\*

- 1 Para esta exposición me he basado sobre todo en el breve y excelente libro de María Ana Portal y Xóchitl Ramírez, *Pensamiento antropológico en México. Un recorrido histórico*, UAM, México, 1995. Existe, desde luego, una enorme bibliografía al respecto. Por ejemplo, Luis Villoro, *Los grandes momentos del indigenismo en México*, varias ediciones; José Lameiras, "Panorama de la antropología en México en lo que va del siglo", en *Las ciencias sociales en México*, El Colegio de México, México, 1979; Julio César Olivé Negrete, *La antropología mexicana*, Colegio de Etnólogos y Antropólogos, México, 1981; la extensa colección de libros *La antropología en México*, coordinada por Carlos García Mora y publicada por el INAH a partir de 1987; y Guillermo Bonfil (*et al.*), *De eso que llaman antropología mexicana*, Nuestro Tiempo, México, 1970.
- 2 Véase *Teoría e investigación en la antropología social mexicana*, Cuadernos de la Casa Chata No. 160, CIESAS-UAM, México, 1988, p. 1.
- 3 Véase Eduardo Nivón, "Política cultural en el Distrito Federal ante el nuevo gobierno", en *Revista Mexicana de Sociología*, Vol. 62, No. 2, 2000, p. 198. Del mismo autor, "Las políticas culturales. Una visión histórica", ms. Revítese también, entre otros, Néstor García Canclini (coord.), *Políticas culturales en América Latina*, Grijalbo, México, 1987.

- 4 Véase Carlos Pereda, *Crítica de la razón arrogante*, Taurus, México, 1999, pp. 13-14.
- 5 Así la describe Pablo Fernández Christlieb: "Costumbres, gastronomías, danzas, razas, ideologías, fisonomías, hábitos, normas, religiones, idiomas y vestimentas coexisten de la manera más desenfadada una vez que se globalizó la aldea. Esto que parece buena noticia no lo es tanto, ya que esta pluralidad tolerante no consiste en la aceptación trabajosa y difícil de las diferencias, sino en la expansión fácil de la indiferencia, que hace todo, lo propio y lo ajeno, equivalente" (véase *La afectividad colectiva*, Taurus, México, 2000, p. 127). Respecto a este punto son de destacar las acciones transnacionales y oligopólicas de las grandes industrias culturales (véase Néstor García Canclini, *La globalización imaginada*, Paidós, México, 1999).
- 6 Véase León Olivé, *Multiculturalismo y pluralismo*, Paidós-UNAM, México, 1999, p. 95.
- 7 "Los usos y costumbres en contra de la autonomía", en *Letras libres*, México, marzo, 2001, pp. 32-33.
- 8 De aquí no se sigue, desde luego, que toda crítica, duda, cuestionamiento o no seguimiento de las creencias, prácticas, valores, normas o tradiciones sea igualmente legítimo o válido.

## La problemática de la población jornalera agrícola migrante ante las transformaciones de la agricultura mexicana

Eduardo Valenzuela Gómez Gallardo\*  
Germán García Mier\*\*

Durante décadas, se caracterizó al jornalero como un campesino empobrecido que en tiempos de malas cosechas recurría al trabajo asalariado como forma de complementar sus ingresos; o bien, como un campesino sin tierra que en espera de una dotación ejidal o comunal, debía vender su fuerza de trabajo.

Actualmente, esta concepción se ha modificado. El desarrollo de una economía agrícola comercial y la culminación de la Reforma Agraria ubican al jornalero en otro ámbito, esto es, como un agente productivo fundamental en la modernización de la agricultura nacional, que demanda una mano de obra especializada y capacitada en su quehacer, tendiente a una mayor cohesión interna y capaz de participar en la solución de sus necesidades.

El comportamiento del mercado laboral en la agricultura se ha desarrollado a partir de la diversificación de cultivos que se dio en los ochenta, de la ampliación de la frontera agrícola y de la introducción de nuevos procesos productivos, que tienen su origen en los productos demandados por los mercados nacional e internacional.

El empleo rural se ha visto fuertemente modificado como resultado del proceso de reestructuración productiva del sector agroexportador, a partir de la segunda mitad de los ochenta y de manera más fuerte en la década

de los noventa. Este proceso se logró sobre la base de la combinación de tecnologías de punta (semillas de alto rendimiento, análisis de suelos y de las plantas para la aplicación de los fertilizantes, plasticultura, fertirrigación, producción en invernaderos, sistemas computarizados, etcétera) y una flexibilización en el uso de la mano de obra (C. de Grammont y Lara, 2000). El resultado ha sido un notorio incremento de los rendimientos en los productos de exportación (hortalizas—flores y frutas—, principalmente), lo que ha generado un aumento en el empleo asalariado en este sector.

Pero estos cambios observados a partir de la globalización y su consecuente impacto en la agricultura, han propiciado también importantes transformaciones en los mercados de trabajo agrícola, entre los que se pueden mencionar: una nueva distribución y especialización espacial de la producción comercial y de los mercados laborales en el ámbito nacional e internacional, el aceleramiento de la migración rural-rural, de la migración internacional e interestatal, el cambio de la migración esporádica e individual a una constante y familiar, la mayor presencia de las mujeres y los niños en el trabajo, la flexibilización del trabajo y su creciente precarización.

Durante la década de los noventa se observa la consolidación de las relaciones salariales en el campo, ya que acorde con la Encuesta Nacional de Empleo de 1999 (INEGI), en el país existen 3.4 millones de jornaleros, esto es, personas que han dejado de depender exclusivamente de su economía campesina y deben subordinarse a una re-

lación de capital-trabajo. De esta cifra, 72.8% declaró vivir exclusivamente de su trabajo asalariado y 27.2% combina su actividad campesina con la venta de su mano de obra. En las relaciones sociales, el campo también ha experimentado cambios, pues entre la categoría de trabajadores agropecuarios, la proporción de asalariados va en aumento; de representar 36% en 1993, pasó a 46.8% en 1999 (Arroyo, 2001).

En este contexto, una característica fundamental del agro mexicano es la incorporación creciente de campesinos al trabajo asalariado; quienes se ven forzados a salir de las zonas más marginadas del país hacia las regiones agrícolas más desarrolladas, en busca de empleo y mejores condiciones de vida. Este proceso ha implicado que la población rural que se incorpora al mercado laboral agrícola se encuentre en un doble tránsito: el económicosocial, que atañe al paso de su condición de campesino al de trabajador asalariado, y el físico, que consiste en el traslado de su lugar de origen a las zonas de trabajo, tránsito mediado por marcados procesos migratorios.

Sin embargo, el problema principal no radica en la gran movilización de personas de una región a otra, sino en las condiciones de vida que llegan a tener en los lugares a donde van a trabajar durante periodos de tiempo de entre tres y seis meses. Durante el proceso migratorio los jornaleros y sus familias se ubican cabalmente en el extremo de la exclusión social, término que hace referencia a diversas dimensiones: económica, en términos de privación material y de acceso a mercados y servicios que garanticen las

\* Coordinador Estatal del Programa Nacional con Jornaleros Agrícolas en Michoacán.

\*\* Responsable del área de investigación de la Coordinación Estatal del Programa Nacional con Jornaleros Agrícolas en Michoacán.

necesidades básicas; política e institucional, en cuanto a carencia de derechos civiles y políticos que garantizan la participación ciudadana, y socioculturales, referida al desconocimiento de las identidades y particularidades de género, gerenciales, étnicas, religiosas o las preferencias o tendencias de ciertos grupos sociales e individuos.

En todas las regiones agrícolas del país (en unas más que en otras), los jornaleros padecen diversas y complejas problemáticas que hacen de su condición migratoria un proceso doloroso, precario e inhumano. Los salarios que tienen son de los más bajos en relación con el resto de la economía nacional, sobre todo si tomamos en cuenta que ellos laboran sólo una parte del año y el resto del tiempo se ven condenados al desempleo. Ellos carecen de prestaciones sociales por parte de los productores agrícolas que los contratan; precisamente desde ahí, desde el momento en que los contratos se hacen de manera verbal y a través de un intermediario que deslinda y encubre la relación del asalariado con el capital, es que inicia la lista grande de atropellos a los derechos laborales y humanos que padecen los jornaleros agrícolas. Laboran jornadas que superan las ocho horas de trabajo, independientemente de que se trate de mujeres embarazadas o de menores de edad; carecen de equipos de trabajo y de una capacitación que proteja su integridad física y su salud; en el mejor de los casos son reclutados en viviendas carentes de los servicios indispensables para vivir, cuando no tienen esta prestación por parte del productor, tienen que sortear un sinnúmero de dificultades con el fin de alojarse en vecindades o cuarterías en donde les cobran rentas muy elevadas y en iguales condiciones de falta de servicios. Además de las desgastantes jornadas laborales, enfrentan maltrato verbal por parte de los patrones y de los cabos, sobre todo en el caso de los indígenas, a los cuales,

no sólo se les explota más que a los mestizos, sino que se les discrimina y minimiza por su condición étnica. No menos importante resulta la carencia, en la mayoría de los casos, de la seguridad social; son pocos los patrones que incorporan a sus trabajadores al régimen ordinario del IMSS, porque con eso contienen sus gastos e incrementan la plusvalía. Los padecimientos de la población jornalera migrante son medianamente atendidos por el sector salud a través de las clínicas para población



Foto: Hnos. Mayo, AGN

abierta como son los Centros de Salud y las clínicas del IMSS Solidaridad. Casi 60% de la población migrante en Michoacán no acude a estas dependencias para atender sus problemas de salud, recurriendo más bien a la automedicación bajo receta extendida directamente por los que venden en las farmacias o con medicina tradicional que practican desde sus abuelos.

Estos son solamente algunos de los múltiples problemas que enfrentan cotidianamente los jornaleros migrantes en las regiones agrícolas más importantes del estado y del país. La suma de esfuerzos de las diferentes de-

pendencias de los gobiernos federal, estatal y municipal que participan en la atención de la problemática de este sector, aún tiene mucho camino por delante si se quiere cambiar este panorama.

La participación coordinada de las diferentes dependencias gubernamentales para atender las principales demandas del sector jornalero aún tiene mucho por hacer si queremos un país más justo, más equitativo, más humano. El respeto de las garantías constitucionales y de los derechos laborales que tienen los jornaleros como mexicanos, al menos en papel, debe de ser llevado a la práctica no sólo por parte de los productores agrícolas, sino por el propio gobierno.

El futuro de la población jornalera sigue siendo incierto e incluso desalentador. Aún no se han encontrado las formas organizativas que les permitan modificar las actuales relaciones laborales y de exclusión social en las que se encuentran inmersos, los pocos movimientos en este sentido, que se han gestado en algunas regiones del país, se han diluido ante la represión abierta de los patrones y la tolerancia o complicidad de las autoridades. \*

#### Bibliografía

- Arroyo Sepúlveda, Ramiro, "Los excluidos sociales del campo" en *Estudios Agrarios*, revista de la Procuraduría Agraria, núm. 17, nueva época, México, mayo-agosto, 2001.
- Grammont, C. de, y Lara Flores, Sara María, "Nuevos enfoques para el estudio del mercado de trabajo rural en México" en *Cuadernos agrarios, migración y mercados de trabajo*, nueva época, núm. 19-20, México.

## Académicos y periodistas

Leonardo Martínez Carrizales \*

Hace más de un lustro que renuncié al mundo de las novedades editoriales, luego de haber sido disciplinado y, por instantes, entusiasta galeote en las filas de los reseñistas literarios. Desde la Generación del Crack hasta la fama súbita de los narradores del norte de México, he permanecido de espaldas al cotilleo del mercado editorial. A veces me entero de los saldos de este espectáculo; entre éstos, uno no ha dejado de sorprenderme: los reseñistas han cedido el paso a los universitarios.

Muchos congresos, cursos y doctorados se han puesto al servicio de los valores promovidos por los grandes consorcios editoriales o por las encendidas pasiones periodísticas del momento: ya Chiapas, ya la frontera México-Estados Unidos, ya los estudios de género. Conozco el caso de quien se aparta del estudio de Victoriano Salado Álvarez (un hueso duro de roer en la historia del México del siglo XIX) para promover en París las puntadas de Paco Ignacio Taibo II; lamento el caso de quien abandona la obra de Bernardo Ortiz de Montellano por la celebración de Antonio Muñoz Molina. ¡Y cómo sería de otro modo, si el gran cartel de Taibo II y Muñoz Molina en nada puede compararse a las dificultades que ofrece la comprensión de Salado Álvarez y Ortiz de Montellano! En la convocatoria de un congreso internacional de literatura en la Universidad de Brown, los organizadores anunciaban con orgullo que, al lado de Carlos Fuentes, se examinaría la narrativa del Subcomandante Marcos. Y todos tan contentos mientras se asegure

el reparto de grados, direcciones de tesis, intervenciones en comisiones dictaminadoras, presupuestos y coloquios. ¡Y pensar que haya todavía quienes, al defender el acceso a su predio profesional, discriminen entre academia y periodismo literario!

Una revista especializada en literatura puede publicar, sin ofrecer ninguna explicación, el muy estimable adelanto de un estudio sobre José Joaquín Fernández de Lizardi encargado por la Biblioteca de Ayacucho, y un artículo sobre Enrique Serna que, pongamos por caso, José de la Colina o Huberto Batis hubieran rechazado en el ámbito del periodismo por superficial y deshilvanado. Entendámonos: no me inconformo ante el tema por el tema mismo, sino ante la desigualdad de los artículos. ¿Qué sentido tiene, entonces, la defensa celosa de las credenciales y las condiciones impuestas por la Universidad? ¿Dónde quedan los principios del mérito y la distinción intelectual sobre los cuales se radicó la institución universitaria?

Unos me responden que los discursos universitarios tienen que renovarse, abandonando posiciones tradicionales y conservadoras; otros me dicen que el respeto por la libertad intelectual en la universidad está por encima de cualquiera de los riesgos que aquella engendra. Bien, a los primeros les digo que la renovación en las materias de estudio no ha traído consigo nuevas formas de lectura crítica; a los otros respondo que la libertad de enseñanza e investigación no anula en los universitarios la obligación de ser congruentes y responsables. Sobre todo cuando la labor de estos universitarios es sufragada por medio de recursos públicos y debiera estar sujeta a escrutinio.

\* Escritor y crítico literario



Las más recientes actitudes críticas en el campo universitario responden en cierta medida a presiones de carácter político y económico. En un pequeño congreso dedicado al cuento mexicano, los intérpretes de la narrativa de Eduardo Antonio Parra me dieron una pauta de las "nuevas orientaciones críticas": probar mediante citas abundantes, descripciones de personajes y resúmenes de argumentos los puntos más significativos en la agenda de estudios de los sociólogos y los politólogos. Y mientras tanto, las facultades de la vieja tribu de los lectores especializados en literatura se pierden poco a poco. En las aulas de la universidad, el joven profesor ya no es capaz de distinguir, explicar y llamar por su nombre los recursos retóricos empleados por Fernández de Lizardi; en cambio, es capaz de identificar a este hombre de letras con la multitud de los desposeídos y los desclasados que hace las delicias de la izquierda *light* de

## El origen de la cultura electrónica

Sergio González Rodríguez \*

Desde Nortec hasta Loveparade, desde los primeros DJ y VJ en los bares capitalinos hasta la venta de sintetizadores, teclados, samplers y tornamesas en la calle de Bolívar del centro capitalino, desde las experimentaciones tecnomusicales de garage hasta el festival de música electrónica culta del mes pasado, desde las miles de horas-oído que los fanáticos han invertido en tal tendencia hasta el *slogan* que dice lo *tecno es fusión*, tengo la hipótesis de que la cultura electrónica llegó a México el día en que un muchacho cayó víctima de un rayo con una potencia infinita de *kilowatts* en una de las "islas" de Ciudad Universitaria.

Antes de narrar el infortunio de la víctima, apuntaré que mi hipótesis, mala o buena en sí —sólo el tiempo lo dirá—, es otro signo más de la generalizada manía que los egresados de la UNAM tenemos de centralizar el cosmos, la vía láctea, el sistema solar, el planeta Tierra, la Historia, el Futuro, la Metafísica, el fútbol o las mujeres, además del propio género humano desde el origen de la especie hasta el día de ayer, en torno de la propia UNAM. Esta es mi modesta aportación a dicha manía.

Así como se dice que los periodistas, los japoneses workcoholics o los priistas de tiempo completo carecen de vida privada de tanto que se clavan en su rollo, los universitarios todo lo explicamos en función de la UNAM.

Antes de contar el infortunio de la víctima aquella de un rayo, y antes aun de ampliar mis reflexiones sobre el unamcentrismo en tanto patología, me

siento obligado a contar una anécdota: años atrás fui a pedir trabajo en un medio comunicativo que dirigía un disciplinado y entusiasta militante del *ancien régime*, quien me ofreció —y se lo agradezco— una gran oportunidad que rechacé de inmediato.

Se trataba de hacer mucho con nada: salario insignificante (era lo que había), nulos recursos, hartas promesas, grilla a granel y, eso sí, el orgullo de trabajar para una institución cuyo prestigio se ostentaba en la posesión de una "charola" auténtica. Nada de baratijas: una verdadera credencial de periodista que serviría —dijo entre bromas mi imposible director— incluso para "extorsionar puesteras ambulantes".

¡Ah Chihuahua!, me dije a mí mismo: extorsionar puesteras ambulantes... extorsionar puesteras ambulantes... extorsionar puesteras ambulantes... repetí como si fuese una salmodia oriental. "No, me temo que no me atrae el trabajo", le dije a mi decepcionado interlocutor. Para no ser tan descortés, añadí: "¿A qué horas te encuentro para llamarte en una semana, y decirte mi respuesta definitiva?" Replicó, impertérrito: "Yo estoy aquí las 24 horas del día".

¡¡¡¿Las 24 horas?!!!, pensé. Entonces, como un relámpago, tuve una intuición: el día que sepas responder ese tipo de cosas, estás perdido. Jamás seré —gracias a Dios— ni un japonés workcoholic, tampoco priista —mucho menos de tiempo completo—, aunque sí funjo algunas horas como periodista cada semana —con bastante vida privada. ¡¡¡¿Las 24 horas?!!! "mis huevos qué", dije entre dientes al salir —como digo ahora. Claro, aquel enjundioso políti-

\* Crítico literario, narrador, ensayista y guionista



nuestra ciudad, con casas de descanso en Valle y toda clase de pensiones institucionales.

Se habla mucho de la pérdida de atributos intelectuales entre los estudiantes universitarios; en cambio, disimulamos el empobrecimiento del capital intelectual de nuestros profesores y de nuestros investigadores. ¡Lástima! Ernesto Mejía Sánchez ya no volverá a dictar cátedra sobre Darío. Y con ello, pierde Darío, pierden nuestros alumnos y perdemos todos. ¿Alcanzo a explicarme? No escribo aquí un elogio del pasado por el pasado en sí; escribo un treno por los bienes intelectuales dilapidados gracias a las nuevas reglas del juego. Quien piense que fustiga a trasmano a algún colega, se equivoca: lamenta nuestra suerte común. De seguir así las cosas, la universidad perderá su razón de ser en el cuadro de nuestras instituciones dedicadas a la preservación y el estudio de nuestro patrimonio literario. \*

co quería presumir que entregaba el día completo a su causa, pero llegaba al grado de externar semejantes mamadas. ¿Quién se lo iba a creer? Uh, sí: me chupo el dedo, mmh.

Debo plantear un paréntesis aclaratorio: estoy en contra de la gente que toma en forma literal las expresiones coloquiales, pero en el episodio referido no se trató de tal propósito lingüístico, sino de un aserto más pícaro que figurado o presuntuoso. Qué se va a hacer.

Así pues: antes de contar el infortunio de la víctima de la que hablé al principio, antes de ampliar mis reflexiones sobre el unamcentrismo en tanto patología, antes de explicar el asunto de la picaresca política en México, debo comentar que tengo una amiga —madre de un brillante niño de 7 años— que está obsesionada con el caso del padre Marcial Maciel y Los legionarios de Cristo y...

Basta. Está bien: retomaré el hilo del relato. Volvamos a lo básico, al origen. Decía yo que tengo la hipótesis de que la cultura electrónica llegó a México el día en que un muchacho cayó víctima de un rayo con una potencia infinita de *kilowatts* en una de las "islas" de Ciudad Universitaria. Oqueei.

Era un día lluvioso y las hojas de los árboles se agitaban al ritmo de una brisa leve, pero continua. El agua escurría en riachuelos hacia las coladeras, mientras en los prados se colaba hacia el subsuelo hasta el grado de molestar a las hormigas que, por estar dedicadas a trabajar las 24 horas del día, jamás previeron que aquella vez iba a llover, y por lo tanto descuidaron hacerse de paraguas e impermeables subterráneos —aunque parezca mentira, según saben los expertos en Biología de la UNAM, las hormigas tienen sus respectivas protecciones contra la humedad y las lluvias.

De los pasillos que unen la Facultad de Derecho y la de Filosofía y Letras hacia los prados, se vio caminar la figura descuidada, ajena a la molestia del

chipi-chipi, de un joven con indumentaria negra que portaba un maletín. Se encaminaba a la antigua Biblioteca Central (Salvador Novo decía que es un edificio saturado de calcomanías en su exterior). Al llegar a la altura del balcón del primer piso de la Facultad de Filosofía y Letras —justo arriba del "Aeropuerto"—, el joven aquel desvió su rumbo para guarecerse en uno de los pequeños agrupamiento arbóreos que aquí y allá cubren el campus.

Se arrió bajo la clara sombra —¡Clara, dónde estás, Clara!, perdón, pero cada vez que escribo esta palabra, lloro— de un pequeño árbol. De su maleta, extrajo un paquete. Lo desenvolvió. Sus ojos parpadearon de impaciencia. La *canabhis* índica, seca y flamante, salvavidas en medio de la tormenta, brilló y fue espolvoreada en un expedito trozo de papel arroz. El muchacho le dio un par de sabios salivazos a sendas puntas... Y a darle, maestro. El humo del toque rivalizaba con la lluvia en sus poderes melancólicos. Pero, como se sabe, la dicha es efímera. Y, a veces, el destino se vuelve una bestia de crueldad.

Cuando más inmerso estaba en sus pensamientos, —qué lejos él de imaginar que, un par de años después, un grupo de intelectuales irresponsables, entre los que me cuento yo, difundiría un manifiesto a favor de la legalización de las drogas, mejor dicho, de la marihuana; qué distantes sus neuronas se hallaban del sueño, que se convertiría en pesadilla, de ver llegar a un gobierno de oposición a la presidencia de la

República; qué remoto habría sido siquiera alucinar que yo, el que esto escribe, caería en los brazos nefandos, un día contará porqué, de una mujer asaz ingrata mejor conocida como "El Compadre"—; cuando más abstruso —repito— aquel muchacho se entregaba a los paraísos artificiales, cayó la furia de la naturaleza bajo la imagen luminosa de un rayo, cuyo relámpago fue, de tan próximo, simultáneo a un tronido estremecedor que dio cuenta no sólo del adicto aquel, sino del pobre arbolito que, pese a todo, quiso cobijarlo. Carbón eres, y en carbón te convertirás.

La mixtura de un rayo con una potencia infinita de *kilowatts* sobre el cerebro del muchacho aquel y sus 80 mil millones de neuronas ahumadas con el potenciador de la *cannabis* índica, originaron en el cielo un espectáculo similar a una aurora boreal que estalló —fuerza ignota, plena de relumbres renovadores— en los cerebros de los mexicanos y las mexicanas que tienen ahora en promedio 22 años de edad. México entró así en la era de la cultura electrónica y *Big Brother* (el programa televisivo).

Si Antonio Velasco Piña ha creado todo un movimiento religioso en torno de la sacrificada Regina el 2 de octubre de 1968 en la Plaza de las Tres Culturas, ¿por qué no he de crear yo, universitario poco eminente, pero universitario al fin, un héroe y santo como lo es aquel olvidado pacheco de las Islas? Podéis ir en paz, la historia ha terminado. \*



## Pensamiento con spray

Mónica Lavín \*

Toda una generación de mujeres fue vacunada contra los salones de belleza. Ser joven en los años sesenta y setenta implicaba abanderar la naturalidad como estilo, desembarazarse de banalidades como el barniz de uñas, el tinte del pelo, los cosméticos y el *brassier* con varillas. Debíamos lucir frescas y campiranas, orgullosas de tener el pelo afro o en cascada lacia, de ser flacas o gordas, frondosas o planas. La buena onda corría por la moda que ponía flores al pelo en lugar de laca y crepé y huaraches en vez de tacones de aguja. Cómo íbamos a perder el tiempo en esos sitios *demodé* donde las mujeres se recluían para hablar del supermercado y quejarse de los maridos, ni pensar en poner un pie allí más que si era preciso cortarse el pelo: rapidito por favor, que quede muy natural porque yo no le dedico mucho, verás, estudio, trabajo, pienso... y no nada más en el menú de la semana o el detergente desmanchador. Los salones de belleza se parecían a las mujeres que no queríamos ser, así que les declaramos nuestra acérrima enemistad y creamos una alergia al olor a peróxido y los químicos que rizan el pelo. "Hacerse permanente" había quedado en los cartelones de las películas de los años cincuenta. Ni Janis Joplin ni Joan Baez recurrían a esos lugares de estiradas, de señoras de las Lomas y de Polanco o de Narvarte... o de Peralvillo. Con nuestro *look* natural nos sentíamos clase aparte.

La primera batalla la ganó el *brassier* con armazón, la fuerza de gravedad reclamaba su fuero. Con los años, la fi-

losofía del antisalonismo de belleza que excluía a los hombres (¿cómo?, si habíamos pedido nuestro ingreso a las cantinas) se nos revirtió. Resulta que no aprendimos a maquillarnos, no sabemos hacer eso que otras mucho más jóvenes practican con soltura: disimulan las ojeras, las líneas, el mal humor; nunca aprendimos a delinearlos con maestría el ojo y aplicarle el alargador a las pestañas (cuando lo hacemos parecemos aprendices), nos pintamos los labios como si nos aplicáramos cacao y jamás hemos dibujado con una línea más oscura el contorno de los labios que ahora pálidos, reclaman el carmín del *billé*. Fracasamos como cultivadoras del arreglo femenino y lo que fue gloria en un tiempo ahora es tormento que a las hijas adolescentes avergüenza: no quieren madres de cara lavada si no algo más parecido a las actrices que dignamente han envejecido (y con mucha ayuda) como Sophia Loren, Raquel Welch, Catherine Deneuve. A ellas, las adolescentes, que mes con mes se pintan el pelo a capricho y tan pronto llevan rayas rojas como un casco rosa les contrasta nuestra asepsia, nuestro culto al aspecto original, les parece que no somos fantasiosas, que no nos divertimos con el color y los menjurjes, que nos vestimos como si despacháramos en el blockbuster y que no sabemos lucir una falda de flores con comodidad y desparpajo, que quisimos ser tan parecidas a los hombres que inevitablemente lo hemos logrado porque el candor y la belleza fresca que nos ayudaban en otros tiempos ahora se nos han resecado. Y ahora que las canas se han dado gusto aclarando nuestro mata oscura, nos debatimos



Foto: The Hulton Getty Pict. Collection

entre serle fiel a aquello de envejecer dignamente o recurrir al artificio para prolongar colores y brillos que se han ido. No sabemos ser actrices en el escenario de la vida, nos la hemos tomado demasiado en serio, con cierta demagogia que nos agravia: está mal no atorarle a los años y sus estragos, está mal disfrazarte de joven, gastar en tintes y mucho menos cirugías. Atormentadas hijas del *natural look* que no admitimos la complicidad del Wonderbra o de Miss Clairol, preferimos ser mártires de la congruencia, trasnochadas defensoras de actitudes que nos marcaron. Somos lo más antipalacio posible y añoramos saber caminar con un altísimo zapato de tacón de aguja.

Mientras escribo esto temo que he entrado al salón de belleza, al rincón de los tintes y las bases, de los rizos y los copetes, del *spray* que entiesa la sensibilidad y que con ello me ganaré el vituperio de los lectores que me mirarán como una más de las que escribe para esas señoras que no tienen nada más importante que hacer que extender sus manos para que alguien les disfrace las uñas. El sagrado manicure con el que pude haber consentido mis manos. Qué más daba: se puede pensar y traer barniz en las uñas. \*

\* Escritora. Premio Nacional de Literatura Gilberto Owen en 1996

## ¿Puebla en Escocia?: investigación y subdesarrollo musical

Ricardo Miranda \*

Juan Gutiérrez de Padilla (1590-1664) fue uno de los artistas novohispanos más importantes y, sin duda alguna, fue el compositor más relevante de la América del siglo XVII. Llegó a Puebla hacia 1622 y fue maestro de capilla de esa ciudad desde 1639 hasta su muerte en 1664. Lo más fácil para comprender lo que representa Gutiérrez de Padilla en la música novohispana es recordar que su música fue la contraparte sonora de una época dorada para Puebla, en la que se consagró y terminó su catedral, en la que su esplendor barroco se manifestó plenamente en plazas y edificios y en la que la fama y gloria de aquella ciudad de los Ángeles —punto medular del imperio entre Manila y Sevilla— alcanzaron una intensidad quizá no superada. Si las letras novohispanas del siglo XVII se miden y aquilatan por la obra de sor Juana Inés de la Cruz, Gutiérrez de Padilla es el parámetro por excelencia de la música de aquel entonces.

Pero no es —por el momento— la obra de Gutiérrez de Padilla lo que genera estas líneas tanto como su tenue lugar en nuestro imaginario cultural. Su música no se conoce con la amplitud que uno quisiera y aunque su nombre no es ajeno a diversos especialistas y a ciertos grupos corales mexicanos, las interpretaciones de su música distan mucho de ser apropiadas. ¿Qué será que impide a los coros mexicanos cantar con mayor destreza técnica la polifonía colonial? ¿Qué será lo que hace del nombre de Gutiérrez de Padilla una referencia especializada, a diferencia de otros artistas coloniales?



**ARTE PARA APRENDER** con facilidad, y sin Maestro, á templar y tañer rasgado la Guitarra de cinco órdenes, ó cuerdas; y tambien la de cuatro ó seis órdenes, llamadas Guitarra Española, Bandurria y Vandola, y también el Tiple. Demuéstrase con grande claridad la formación de los 12 puntos naturales, y 12 b. mollados con Láminas, y principalmente se pone una tabla, que por ella se puede cifrar cualquiera tono, tocarle y cantarle por doce modos distintos, sacado de las mejores Obras y Maestros: dispuesto, recopilado y aumentado por Andrés de Sotos.

¿Porqué su música, si es tan buena y extraordinaria, no se conoce?

La clave de todas estas preguntas quizá radique en contestar la última de ellas. Porque si algún músico, aficionado, cantante o director coral mexicano desea comprar las obras de Gutiérrez de Padilla se llevará una sorpresa. Si lo que busca son los afamados villancicos de nuestro autor, habrá de mandarlos comprar en Caracas donde la Fundación Vicente Emilio Sojo publicó hace poco un cuaderno de dichas obras. Y si lo que se quiere son partituras de música sacra —misas, motetes, etc.— entonces habrán de mandarse traer... ¡desde Escocia! Esta singular situación sería simplemente intolerable en otros terrenos. ¿Qué tal que para leer a sor Juana se importaran sus libros desde Escocia o que hubiéramos de

importar desde Venezuela libros sobre las catedrales mexicanas? A nadie se le ocurriría tal cosa, sino todo lo contrario. Porque lo lógico es que lo mejor de nuestra cultura se exporte y no que se importe desde tierras tan dispares.

Sin duda hay algo que anda mal en nuestro concepto del patrimonio cultural que hace que la difusión y estudio de un compositor tan importante para México requiera traer desde la isla de Lewis lo que, en principio, debiera editarse por cualquiera de las instituciones estatales o federales que para eso están (Cenidim, Conaculta, Gobierno de Puebla, BUAP, etc.) Pero, según decíamos líneas arriba, aun para quien desea conocer a Padilla por medio de grabaciones, la cuestión no será muy diferente. Hay, es cierto, algunas grabaciones mexicanas, pero a todas luces lo mejor será buscarse un par de títulos grabados en Inglaterra o Estados Unidos.<sup>1</sup>

Sin embargo, más allá de la deficiente preservación del patrimonio musical y de los avatares del medio musical mexicano, las razones de tal paradoja también se nutren de una pobre valoración de tal música. Sin duda, las composiciones de Gutiérrez de Padilla no han merecido la atención debida porque su valor y su significado, categorías complementarias, quizá resulten poco precisos. Tales valores no han sido

1 Si el lector busca una grabación de la música del maestro poblano, el mejor disco monográfico dedicado a su música es el álbum *Padilla, Music of the Mexican Baroque*, interpretado por Los Angeles Chamber Choir dirigidos por Peter Rutenberg (RCM 19901, Los Angeles, 1999).

\* Pianista y musicólogo

ponderados, su música no ha sido investigada. Este es, sin duda, el punto medular que explica las absurdas situaciones ya descritas. Hace falta investigar, estudiar y exponer cuáles pueden ser los aciertos históricos y estéticos de una música como esa. Mientras tal ejercicio no se lleve a cabo y se difunda, mientras no exista investigación sistemática y sostenida sobre nuestra música —pasada, pero también presente— el lugar de ésta en nuestra cultura seguirá siendo confuso.

La investigación musical en México está todavía en una etapa básica. A la escasez de musicólogos se contraponen una serie de vicios y actitudes que resultan lamentables. Muy pocos recursos se destinan a la investigación musical y buena parte de éstos, es triste reconocerlo, se transforman en cheques para personas que poco o nada contribuyen y que a duras penas reúnen los mínimos requisitos que la investigación musical requiere.

Es necesario revisar a fondo la cuestión de la investigación musical en nuestro país. Se impone asignarle mayores recursos y diversificar sus alcances, abrir espacios para la investigación teórica y crear nuevas formas para la difusión de grabaciones y partituras. Se impone, asimismo, una depuración de quienes ostentan plazas y prebendas en lugares como el Cenidim y algunas universidades públicas y que no reúnen los mínimos requisitos profesionales para el ejercicio de una disciplina tan profesional y establecida como cualquier otra. Sería deseable que esas plazas se abrieran a los investigadores

jóvenes, algunos de los cuáles realizan sus estudios en condiciones verdaderamente heroicas. Mientras ello no ocurra, seguiremos importando partituras de Escocia, pero sobre todo, seguiremos acusando esa confusión respecto al valor de nuestra tradición musical, esa ofuscación respecto a los compositores importantes del pasado y esa sordera respecto a los brillantes creadores actuales. Sordera, ofuscación, carencia de recursos... signos inequívocos de un lamentable subdesarrollo en materia de investigación musical. \*

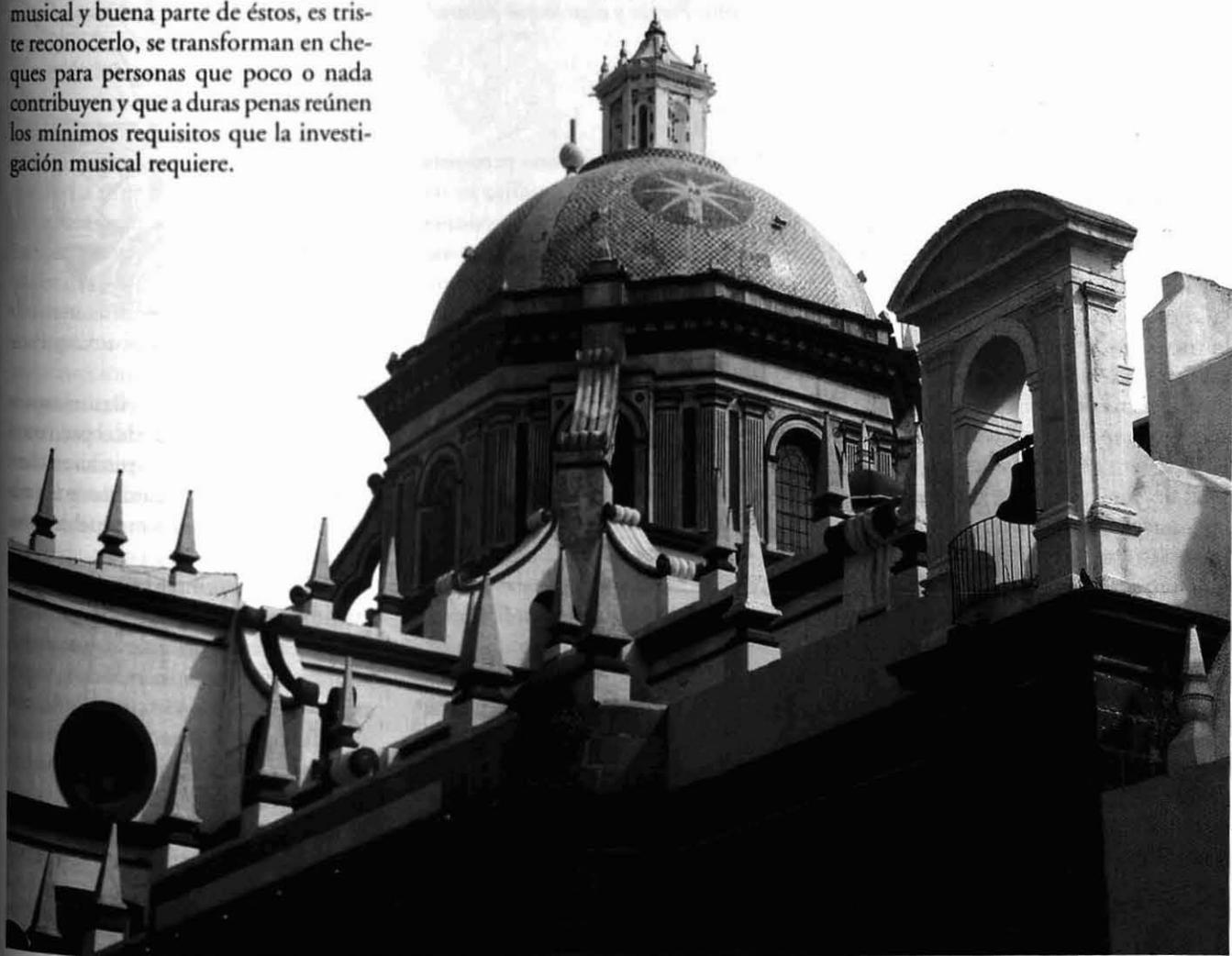


Foto: A Estrada

## Cuerpo de campo. Las representaciones del gaucho en la propaganda gráfica del peronismo. Buenos Aires (1946-1955)

Marcela Gené<sup>1</sup>

“¿Decís que vos sabías lo que era un gaucho? [...] Vos eras un hombre de ciudad, una célula evolucionada y despreciativa, pero no por maldad, más bien por abulia [...] La geografía de tus sentimientos terminaba en la General Paz... y el resto era, para vos, una especie de cambalache folclórico... Tu paisano, tu hombre de campo, ¡tu gaucho! era... ¿Qué, sino un individuo falsamente literario que siempre está haciendo ruido con las espuelas? Explotación, nunca supiste qué significaba... injusticia tampoco, claro, no eran palabras literarias y además el campo quedaba lejos...”

Enrique Santos Discépolo, *Pienso y digo lo que pienso*.<sup>2</sup>

En 1946, Juan Domingo Perón asume la presidencia de la República Argentina, cargo que ocupará –reelección mediante– durante casi una década. El general, que había desempeñado diversas funciones en el gobierno militar que lo precedió, llegó a la primera magistratura liderando un movimiento integrado por sectores obreros y sindicales que espontáneamente surgió a la vida pública el 17 de octubre de 1945. Una de las operaciones que el nuevo régimen debió acometer sin demoras fue la de crear un sistema simbólico que lo identificara y legitimara en el marco de una sociedad polarizada en términos políticos. Las imágenes desempeñaron un rol crucial en la construcción del poder: miles de afiches y folletos, producidos y distribuidos por la usina propagandística estatal mostraban a los “trabajadores” como los destinatarios privilegiados de las políticas sociales del peronismo.

El *trabajador* fue el icono peronista por antonomasia y en la gráfica se representó desdoblado en tres versiones diferenciadas desde sus atributos, vestimenta y actitudes:<sup>3</sup> como “descamisado”, héroe de los orígenes del movimiento, como “trabajador urbano/rural” y como esposo y padre, integrado al núcleo familiar. Pero fue la caracterización del *obrero industrial*, vestido de overol y junto al engranaje, y su contrapunto, el *peón de campo*, manejando relucientes tractores, la que más frecuentemente circuló en la propaganda de la década como referentes de la modernización de la producción y como sujetos de la reforma social. Asimismo, en algunos casos, el hombre de campo connota valores que tradicionalmente asumía el gaucho como símbolo de la “argentinidad” y de la confrontación pueblo-oligarquía.

En las páginas que siguen nos referiremos sumariamente a la hibridación entre las figuras del *gaucho* y el *peón* en la gráfica conmemorativa del Día de la Raza, al punto que las características



propias a cada una de ellas se tornan difusas: en alguna medida el peón rural es la resignificación del gaucho en clave popular. El “sólido guardián de las tradiciones” es también el trabajador amparado por la Justicia social.

En la Argentina, desde fines de la década de 1930, existía pleno consenso acerca de que el gaucho encarnaba el arquetipo de la nacionalidad. Según afirman Alejandro Cattaruzza y Alejandro Eujanián, hacia 1940 se produjo un fenómeno que debe interpretarse como el corolario del proceso de definición de la identidad nacional iniciado a fines del siglo XIX.<sup>4</sup> Si a lo largo de seis décadas, el Estado y los sectores ilustrados de la sociedad habían intentado sin éxito consolidar el sentimien-

<sup>1</sup> Facultad de Arquitectura, Diseño y Urbanismo. Universidad de Buenos Aires

ro de la nacionalidad ante el avance de la inmigración mediante la exaltación de los próceres de la Patria, en tiempos de la Segunda Guerra Mundial se asiste a una redefinición de las posiciones cuando se incorpora formalmente "el mito del gaucho y de lo que se consideraba su expresión literaria más acabada, el *Martín Fierro*, al conjunto de rituales estatales celebratorios de la historia y la nacionalidad".<sup>5</sup> El gaucho, ese habitante —¿imaginario?—<sup>6</sup> de la pampa, "vago y malentendido", hasta entonces patrimonio simbólico de los sectores populares, es apropiado por las élites erigiéndolo en símbolo excluyente de la "argentinidad". Pero ya desde los albores de los treinta, un verdadero entusiasmo por los temas folclóricos y nativos ganaba espacios no sólo en los medios de comunicación masivos como el cine y la radio,<sup>7</sup> sino también en las artes plásticas,<sup>8</sup> como han demostrado numerosas investigaciones desde diversas perspectivas disciplinares.<sup>9</sup> La propaganda de los partidos políticos tampoco fue ajena a tal exaltación nacionalista,<sup>10</sup> en momentos en que "la mayoría de las identidades partidarias estaba, en lo que hace a sus aspectos ideológicos, en trance de construcción o ajuste" y efectuaba diagnósticos sobre el pasado en la convicción de encontrar allí respuestas a sus posiciones en el presente, buscando por entonces nutrirse de una auténtica tradición nacional.<sup>11</sup>

Frente a la imagen broncínea del *Martín Fierro* acuñada por el oficialismo, gran parte del espectro político e ideológico local expresó en la figura de un gaucho victimizado los conflictos que asolaban al país desde distintas ópticas. Así, si para los grupos nacionalistas más radicalizados, la usura judía y el imperialismo inglés eran causa de los males de la Nación, el Partido Socialista confirió un particular protagonismo al gaucho en la gráfica partidaria desde 1935. El gaucho "Juan Pueblo", en la piel de un Gulliver

adormecido, es el cuerpo de la Nación abatido por la política fraudulenta, los monopolios económicos y la prensa venal. Cinco años más tarde este personaje reaparece con expresión inocente y ojos saltones, en representaciones cercanas a las de las historietas populares, en los afiches de la campaña electoral de 1940. Durante el gobierno peronista, desde las páginas del diario opositor *La Vanguardia*, órgano del Partido Socialista, las mordaces caricaturas de Tristán (José Antonio Guinzo)<sup>12</sup> expresaban en el gaucho al "auténtico pueblo argentino" fustigado



por las temibles figuras del "malevo"<sup>13</sup> y el mazorquero, el primero asociado al "cabecita negra" del suburbio, y el segundo con las huestes rosistas en una inequívoca relación —desde la óptica del diario— del peronismo con la tiranía de Juan Manuel de Rosas en el siglo XIX.

Si el socialismo y los sectores filofascistas elaboraron una versión *naïve* y caricaturesca del gaucho, derecha e izquierda también reconsideraron la figura de Fierro y la del autor del poema, José Hernández, aunque desde perspectivas opuestas. En una manifestación comunista de 1936, el retrato del poeta se alineaba con los de Marx y Lenin al tiempo que la derecha política reivindicaba al gaucho como

- 2 Ciclo de propaganda radial emitido en 1951 de 37 monólogos escritos por Discépolo donde confrontaba con "Mordisquito", un personaje imaginario, oligarca adversario del régimen.
- 3 Un minucioso análisis de estas iconografías en Gené, Marcela, "Un mundo feliz. Las representaciones de los trabajadores en la gráfica del primer peronismo (1946-1955)", Tesis de maestría, Universidad de San Andrés, Buenos Aires, 2001; Gené, Marcela, "Iconografía peronista: los cuerpos en la gráfica", ponencia presentada en el XXV Coloquio Internacional de Historia del Arte, La imagen política, San Luis Potosí, noviembre de 2001.
- 4 Eujanián, Alejandro y Cattaruzza, Alejandro, "Héroes patrios y gauchos rebeldes. Dispositivos estatales y representaciones populares en la constitución de imágenes colectivas del pasado en la Argentina (1870-1940)", en *Rivista di Storia della Storiografia Moderna*, Roma, Año xx, 4, 2000.
- 5 Cattaruzza, Alejandro, "Descifrando pasados: debates y representaciones de la historia nacional", en (Alejandro Cattaruzza, direcc.) AA.VV. *Crisis económica, avance del Estado e incertidumbre política (1930-1943)*, colección Nueva historia argentina, tomo 7, Sudamericana, Buenos Aires, 2001, p. 434.
- 6 Algunas polémicas historiográficas acerca de la efectiva existencia del gaucho en el pasado tuvieron lugar en la última década. Véase, Gelman, Juan, "Gauchos o campesinos?" y Garavaglia, Juan Carlos, "Existieron los gauchos?", en *Anuarios IEHS*, II, 1987.
- 7 Ejemplo de ello fueron los dramas gauchescos en las emisiones de radioteatro, las evocaciones de la vida pampeana, sus tipos y costumbres en el cine, como *Viento norte* (1937), melodrama inspirado en *Una excursión a los indios ranqueles* de Lucio V. Mansilla, y *La guerra gaucha* (1942), dirigida por Lucas Demare, por citar algunos entre los numerosos ejemplos. Di Núbila, Domingo, *Historia del cine argentino I. La época de oro*, Ediciones del Jilguero, Buenos Aires, 1998, pp.168-172 y 391-396.

custodio de la herencia cultural hispánica y símbolo de la catolicidad. Esta última vertiente se proyecta linealmente en la gráfica peronista recordatoria del Día de la Raza mientras que para la celebración del Día de la Tradición,<sup>14</sup> alguna xilografía o una selección de prestigiosas pinturas de gauchos del siglo XIX, desde aquellas caracterizaciones "exóticas" con rasgos europeos trazada por los pintores "viajeros" como Emeric Essex Vidal hasta las de los artistas argentinos de la generación del '80, bastaban para ilustrar la crónica periodística alusiva. Para el 12 de octubre, la misma tipología que representa al gaucho y al conquistador en dos siluetas superpuestas en diferente escala, se reitera a lo largo de la década. Es evidente que la utilización de este modelo tiende a enfatizar el legado cultural y espiritual de España en la construcción de la nacionalidad. Pero asimismo, el peronismo desplaza a la figura canónica del gaucho tradicional con su pintoresco atavío para representarlo con características propias del trabajador rural. El primero se concibe como la prefiguración histórica del segundo, ofreciendo una lectura que subraya el presente pletórico de la Argentina de Perón, superador del pasado de penurias y marginalidad que sufrieron los peones rurales bajo el *ancien régime*. En este sentido, varias operaciones se funden en un mismo plano: el peronismo se erige en custodio de las tradiciones vernáculas más arraigadas y se revela a la vez en *factotum* del progreso y la equidad social.<sup>15</sup>

Equilibrio entre lo nuevo y lo viejo: las afirmaciones de Eric Hobsbawm se confirman en el caso que nos ocupa.<sup>16</sup> En este sentido, el peronismo demostró su capacidad para gestar una iconografía distintiva a partir de su negociación con las existentes, fundiendo rasgos heterogéneos provenientes de la gráfica de diversos sectores ideológicos así como también de las tradiciones simbólicas arraigadas en los

imaginarios sociales. Antiguos repertorios se resemantizan con mensajes positivos, en función de los objetivos de gobierno, transformándose en la piedra angular del discurso visual de un Estado garante de la armonía y el bienestar de la sociedad. Y ello fue la clave de la eficacia de las imágenes en la construcción del poder del gobierno más controvertido de la Argentina contemporánea. \*



- 8 En 1939, el director de la Comisión Nacional de Cultura, Matías Sánchez Sorondo, otorgó becas a pintores y escultores "para estudiar tipos y costumbres del norte argentino bajo un aspecto puramente plástico", política mantenida por sus sucesores en el cargo -al menos hasta 1948- con idénticos objetivos de estudio. *Anuario de Plástica*, Edit. Guillermo Kraft, Buenos Aires, vol. I, p.85, vol.3, p.110, vol.9, p.90.
- 9 Una cantidad apreciable de estudios sobre temas gauchescos, provenientes en su mayoría del campo literario, han aparecido en las últimas décadas. Adolfo Prieto indaga en la construcción del discurso criollista en los folletines de consumo popular de principios del siglo xx en un trabajo ejemplar de análisis literario enfocado desde la historia de la cultura. Prieto, Adolfo, *El discurso criollista en la formación de la Argentina moderna*, Sudamericana, Buenos Aires, 1988. Josefina Ludmer analiza el género gauchesco en la encrucijada entre cultura letrada y popular. Ludmer, Josefina, *El género gauchesco. Un tratado sobre la Patria*, Sudamericana, Buenos Aires, 1988.
- 10 En este mismo sentido, no puede evitar mencionarse la utilización simultánea de estos temas en la publicidad comercial. Gauchos y chinas -sus compañeras- promovían la calidad de los materiales fabricados por la empresa *Alpargatas*, uno de los principales productores de ropa de trabajo para el hombre de campo y cualquier otro producto, aunque no tuviese relación directa con el consumo rural, solía emplear la figura del gaucho en sus promociones.

- 11 Cattaruzza, Alejandro, *op. cit.*, p. 438.
- 12 Ilustrador del diario *La Vanguardia* desde 1934, fue también un destacado xilógrafo de la época. La serie de ilustraciones publicadas en el diario entre 1943 y 1945, fueron editadas en vísperas de las elecciones presidenciales con el nombre *Cincuenta caricaturas de Tristán (Dedicadas al Coronel)*, *La Vanguardia y Futuro*, Buenos Aires, 1946. Tristán hostigó sin cesar la "dictadura" caracterizando a Perón con rasgos de Hitler, Mussolini o Rosas. *La Vanguardia* fue clausurado.
- 13 "Malevo" es, en el ámbito rioplatense, sinónimo de malhechor o matón; figura a menudo aludida en el tango. "Cabecita negra" es una apelación peyorativa del porteño hacia el habitante de las provincias argentinas, por su piel oscura. Eva Perón utilizaba el modismo cariñosamente.
- 14 En 1938 se instituyó el 10 de noviembre -fecha de nacimiento de José Hernández- como Día de la Tradición y se debatió en las cámaras provinciales la posibilidad de erigir un monumento al gaucho en La Plata, capital de la Provincia de Buenos Aires.
- 15 El gaucho "Juan Pueblo" reaparece en el film de propaganda *La payada del tiempo nuevo (los 1500 días de la Argentina peronista)* rodado en 1950, como la "voz del presente" que recorre las realizaciones de la primera etapa de gobierno. Bajo la forma de payada, su canto exultante alterna con el recitado de un gaucho anciano -"voz del pasado"- que evoca la miseria que vivió en su juventud. Canto y recitado se acompañan con el montaje de escenas que yuxtaponen las vistas de "villas miseria", con las de modernas y confortables viviendas, pero a lo largo del film, el remarcado contraste temporal se va diluyendo y todos los gauchos presentes junto al fogón, terminan aunando sus voces en un inflamado y patriótico encomio de la Nueva Argentina.
- 16 "[Es interesante examinar] la utilización de elementos antiguos en la elaboración de nuevas tradiciones inventadas para fines bastante originales. Siempre se puede encontrar, en el pasado de cualquier sociedad, un amplio repertorio de estos elementos; siempre hay un lenguaje elaborado, compuesto de prácticas y comunicaciones simbólicas. Hobsbawm, Eric, "Introducción", en Hobsbawm, Eric y Ranger, Terence, *A invenção das tradições*, Paz e terra, San Pablo, 1997, p. 14.

## Raiï El blues del Sahara

Sergio Monsalvo C. \*

En el desierto africano del Sahara hay 1600 kilómetros que le corresponden a Argelia. Por sus mares de arena transitan tribus nómadas como las de los moros, los tuareg, los tibues y los bereberes, quienes cargan consigo tradiciones milenarias, y en la actualidad también difunden el mayor producto musical de aquel país: el *raiï*, un manifiesto clandestino del acontecer de un territorio sujeto a la opresión desde tiempos inmemoriales.

Estas tribus han visto desfilar por su historia al dominio cartaginés, romano, bizantino, árabe, turco y pirata, así como su nombramiento como Argelia en el siglo XIV y la conquista colonial francesa en 1830, que duró hasta muy entrado el siglo XX. Al principio del mismo, en sus ires y venires se dieron cuenta de que sus canciones ancestrales, sin acompañamiento musical, habían sido adaptadas por los grupos instrumentales de alientos y violines que amenizaban las fiestas de ciudades como Orán, Constantina y Annaba. Incluso se percataron de las influencias musicales española, marroquí y francesa que aportaron las comunidades asentadas ahí. Había énfasis en el flamenco, que sonorizaba su poesía clásica tribal con laúdes, mandolinas y diversas percusiones autóctonas.

Fueron testigos también de cómo en la década de los veinte esta forma musical evolucionó y adquirió su nombre: *raiï*, al entrar en escena las intérpretes femeninas a las que se llamó *Cheikhas*, quienes hicieron suya la instrumentación de los cantantes rurales o *Cheikhs*



que viajaban con dichas tribus (la gasba, flauta típica del Sahara, y el pequeño tambor guellal). Estas mujeres rechazaron el lenguaje poetizante y optaron por la jerga popular para improvisar letras sobre la vida cotidiana y la situación económica y política, además de abordar de manera explícita el tema sexual, transgrediendo los códigos musulmanes. El término *raiï* derivaba de la exclamación *Ya raiï* que los escuchas proferían al emocionarse con la música. Significa modo de ver, opinión o juicio.

Las tribus se percataron de cómo el puerto mediterráneo de Orán, en el que habían convivido históricamente norafricanos, franceses, españoles e italianos, se convirtió en el centro creativo del género; de cómo se desarrollaron sus fundamentos, y de cómo los años cuarenta le incorporaron el jazz, el pop europeo y la rítmica *gnaoui* de la población negra del norte del país. A las flautas, tambores y castañuelas tradicionales se les anexaron las trompetas, los saxofones y el acordeón.

Durante el proceso de liberación de Francia en los años cincuenta, estas tribus escucharon a Cheikha Rimitti, quien cantó a favor de una Argelia libre. Tras la independización (en 1962) y la adopción del régimen comunista (1963), el gobierno decidió promover una música "nacionalista" y rechazó al *raiï*, que se vio relegado a la clandestinidad. Con ello éste inició un proceso evolutivo, subterráneo y modernizador. Los jóvenes argelinos lo volvieron urbano yailable. Emergió el *pop raiï* que incorporó a su lista de influencias al *rock*, *soul*, *funk* y *reggae*, de manera sucesiva.

A partir de los setenta la forma de grabarlo también cambió. El disco de vinil de 45 rpm fue sustituido por el casete: más económico de producir, regrabable, resistente al calor y fácil de esconder en cualquier inspección policiaca. Su lugar de comercialización fueron los mercados ambulantes de las tribus que viajaban por todas las poblaciones de Argelia.

En los años ochenta, tras 25 años de totalitarismo y corrupción del partido en el poder (Frente de Liberación Nacional), el pueblo logró que se convocara a elecciones. La gente votó por el Frente Islámico de Salvación, grupo religioso integrista que prometió el cambio. El único que se notó fue aquel que se orientó hacia el fundamentalismo y sus leyes extremas que comenzaron a cortar las cabezas, en nombre de Alá, de quienes no estuvieran de acuerdo con ellas. La persecución hacia las expresiones musicales fuera de sus normas hizo que el *raiï* adquiriera otra vez dimensiones políticas.

\* Escritor y periodista. Dirige la revista *Scat*

## La valona de la Tierra Caliente de Michoacán

Raúl Eduardo González \*

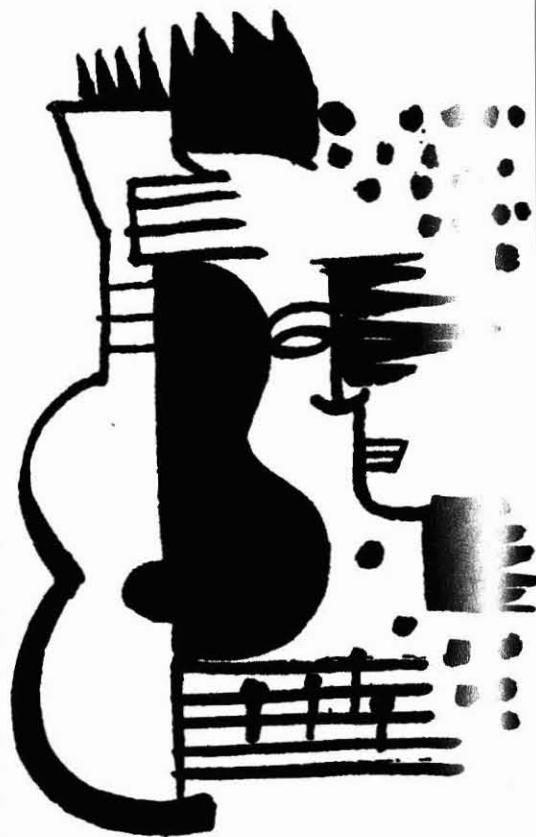
El integrismo lo denunció por "occidentalizado", por su temática sexual y por su rebeldía al proceso de islamización. Se puso en jaque la vida de los cantantes. Algunos murieron ejecutados o asesinados (Cheb Hasni, Rachib Baba, Khojali Osman) y la mayoría tuvo que huir a Francia. Por las circunstancias, el *raï* renunció al acompañamiento orgánico en beneficio de la máquina de ritmos y el sintetizador. Se conservaron, no obstante, la improvisación vocal, el ritmo libre, las temáticas protestatarias tradicionales y el lenguaje directo y descarnado. Los cantantes antepusieron a su nombre de pila el término *Cheb* y *Cheba*, según correspondiera, el cual significa "joven". Se distanciaron así del añejo apelativo *Cheikh* o *Cheikha* ("venerable").

El mundo actual del *raï*—cuyo valor deriva del hecho de tratarse de un fenómeno de reelaboración cultural, nacido de las demandas sociales— se ubica entre la práctica tribal preindustrial y el mercado globalizador del espectáculo musical; entre los modos acústicos y las necesidades musicales electrónicas, cosmopolitas y sofisticadas de la producción discográfica (Francia ofrece a los exiliados mejores condiciones para grabar y promover su material; sin embargo, los cantantes aún envían al mercado argelino los casetes que venden las tribus). En medio de ello, el género vive su propia problemática (ataques fundamentalistas, xenofobia), la temática de la vida cotidiana, del placer y la denuncia social, contenidos con los que intenta exorcizar sus demonios originales y contemporáneos. \*

La Tierra Caliente es una región realmente poco conocida de Michoacán, sobre todo en contraste con el área del lago de Pátzcuaro, la sierra Tarasca o las ciudades de Morelia y Uruapan. En la Tierra Caliente —mote por demás meritorio— no se encuentra el paisaje de bosques y lagos que caracteriza al Michoacán turístico; el agua de la sierra corre hacia este valle, brota en manantiales de agua fresca y nutre el río Tepalcatepec, que corre hacia el oriente hasta encontrarse con el legendario Balsas.

Todo este aguaje se ha aprovechado en los últimos cien años para regar las tierras planas bajas y fértiles de la región; cultivos como el arroz, el algodón, el melón y el limón han tenido sus épocas doradas en la Tierra Caliente. El cultivo y la comercialización de estos productos agrícolas se ha reflejado en una serie de rasgos civilizatorios, como la construcción del ferrocarril, de una red de carreteras, escuelas, hospitales, etc. Es en virtud de la agricultura que esta región, aislada durante la Colonia y en los albores del México independiente, incluso hasta entrado el siglo xx, se ha ido incorporando paulatinamente a la vida cultural del resto del país; hoy en día el acceso a la Tierra Caliente es relativamente sencillo por carretera (una hora y cuarto desde Uruapan), pero hasta hace unos cuarenta años representaba un viaje penoso y largo, como lo es hasta nuestros días el camino hacia muchos rincones de la Sierra Madre del Sur.

\* Doctorante de El Colegio de Michoacán. Autor de *Décimas a propósito de Juan Charrasqueado*, edición de autor



Seguramente el aislamiento que vivió la región a lo largo de siglos favoreció la conservación del género poético-musical conocido como valona, asociado en la Tierra Caliente a un conjunto instrumental conformado por un arpa llamada "grande", de alrededor de 36 cuerdas, dos violines, una vihuela (la pequeña guitarra con joroba que usan los mariachis) y una jarana o guitarra de golpe, de cinco cuerdas. Este conjunto, conocido como "de arpa grande", ejecuta además los géneros tradicionales del *jarabe* y el *son planeco* (así llamado por ser del plan o valle de Apatzingán), y en fechas recientes ha incorporado a su repertorio canciones rancheras y corridos, hoy tan populares en virtud de los medios masivos de comunicación.

Se cree que el nombre del género, *valona*, pueda ser una derivación de *vale*, *valedor*, términos muy comunes hasta nuestros días en la región y en muchas otras áreas rurales del país; de ahí vendría la expresión "hazme la valona", es decir, un favor, un acto de camaradería, o bien, una composición poética improvisada, un saludo en verso, un panegírico, etc.; por muchas partes del país se emplea, popularmente, esta expresión. Cabe señalar que aún hasta nuestros días en la Zona Media de San Luis Potosí y la Sierra Gorda de Guanajuato y Querétaro, la valona se usa precisamente para la improvisación, por lo general con un tema a propósito de la situación festiva en que se enmarca la música, o bien, para entablar una controversia con un trovador rival.

Poéticamente, la valona de la Tierra Caliente se constituye por una glosa, forma poética hispánica que data del siglo XVII y que se caracteriza por la inclusión de un poema breve en uno mayor, para explicarlo, ampliarlo, refutarlo, etc. La forma más común de la glosa, a la que pertenece la valona de Apatzingán, se constituye por una cuarteta de versos de ocho sílabas, que hace las veces de planta, es decir, de poema a glosar. Cada uno de los cuatro versos de la cuarteta será, sucesivamente, el último de las estrofas subsecuentes, esto es, cuatro décimas. Por lo general, las décimas en las valonas de la Tierra Caliente tienen la función de continuar el argumento de la planta, como en este ejemplo de "La renca", posiblemente la valona terracalienteña más conocida, dentro y fuera de la región:

Amigos, doy a saber:  
una renca enamoré;  
ella, me decían, que coja,  
pero falta no le hace el pie.

Andando en tierras extrañas  
me puse a echar una traza:  
vale más malo en casa

que bueno en la casa ajena;  
para mí, esta renca es buena,  
ella es todo mi querer,  
ella me da de comer;  
con su patita arrastrando  
buena me la estoy pasando,  
*amigos, doy a saber.*<sup>1</sup>



Como se puede advertir, la primera décima de la glosa, que aparece aquí a manera de ejemplo en seguida de la planta, desarrolla la idea expuesta en ella; la valona tendrá este típico carácter, entre narrativo y reflexivo: la anécdota ("ella es todo mi querer, / ella me da de comer") se plantea en conjunto con una serie de reflexiones, las más veces de carácter humorístico en el con-

texto de la trama del texto ("vale más malo en casa / que bueno en la casa ajena").

Una variante de la glosa es la llamada "glosa de línea", en la cual la planta no es una cuarteta, sino un solo verso,

con el que terminan las cuatro décimas. Este artificio se encuentra en varias valonas de la Tierra Caliente, como en "El timón", cuyo verso a glosar, "el que se hurtó mi timón", es el remate de cada décima de la glosa. El asunto de esta valona es exponer toda la serie de castigos que el narrador desea para el ladrón que le hurtó el timón de su arado. Así, la tercera décima dice, por ejemplo:

Le demando mis atrasos  
para su mayor gobierno;  
que pase por el infierno  
y le den fuertes diablazos,

1 Los ejemplos provienen de mi trabajo "La valona de Apatzingán", tesis de maestría en Estudios Étnicos por El Colegio de Michoacán, Zamora, 2000, y han sido recopilados en la Tierra Caliente, en grabaciones de campo.

también unos tizonazos;  
ha de llevar mi timón  
sirviéndole de bordón;  
el diablillo más chiquillo  
que lo arrastre del fundillo  
al que se hurtó mi timón.

Así, pues, la glosa, como puede verse en los ejemplos anteriores, es un artificio que requiere de ingenio para insertar un poema breve —o incluso un solo verso— en una composición mayor haciendo que ambas dialoguen y formen una unidad a un tiempo. Lo que parece un recurso meramente formal, de versificación, en el fondo marca un

ja, que en principio parecería más bien un artificio culterano, se haya arraigado en una región aislada, de población eminentemente rural? La respuesta a esta pregunta tiene que ver con las circunstancias históricas en torno al género de la glosa desde los últimos años de la Colonia y, asimismo, plantea hondos cuestionamientos acerca del modo de ser de los géneros folclóricos, que contrario a lo que muchas veces se cree, no necesariamente son simples formal ni poéticamente y, por el contrario, conllevan una dificultad que supera a la de los géneros cultos. Para comprobar esto, basta con presenciar la labor



carácter particular al poema, en virtud de la vuelta que debe hacer, al final de cada estrofa, al verso a glosar. Aun cuando humorísticas, las valonas de la Tierra Caliente, como las composiciones glosadas en general, tienden a desarrollar un carácter explicativo que justifica y explota la presencia de la planta en las décimas. Así, pues, la glosa es, entre otras cosas, una forma poética que demanda ingenio y destreza, pues si bien el poeta sabe de antemano cuál será el último verso de cada estrofa, la manera como solucione su inclusión en cada caso constituye un bello reto para la creación.

Ahora bien, ¿cómo explicar el hecho de que una forma poética tan comple-

de un trovador que improvisa una décima —ejercicio que se da en muchas regiones de la América Latina—, no sólo rápidamente, sino de igual forma con un sentido poético y retórico efectivo. La mayoría de los poetas cultos de nuestros días no podrían hacerlo, ni aun con una preparación de años en muchos casos.

Prácticamente a lo largo de todo el siglo XIX la glosa y la décima fueron las formas poéticas favoritas para dar cuenta de algunos sucesos de la vida social del país, tanto hechos políticos como fenómenos naturales, sobrenaturales, crímenes y catástrofes. No únicamente solían detallarse los pormenores de los sucesos en cuestión, sino que por lo general la crónica iba acompañada

de la reflexión en torno al asunto; por supuesto, se trataba de una reflexión las más veces satírica. En paralelo con esta vertiente periodística de la glosa y la décima, se cultivaron los textos de carácter amoroso, los panegíricos, los textos humorísticos de contenido hiperbólico. Las glosas y décimas de tipo religioso tuvieron, por su parte, una larga tradición popular, que se remonta al siglo XVII.

Estos poemas tienen en su mayoría un origen escrito; en el siglo XIX se estamparían primordialmente en hojas sueltas, en imprentas de la capital del país, pero desde la centuria anterior circularían, fueran impresos o manuscritos. Así, la popularización de décimas y glosas sería un fenómeno desprendido, en la gran mayoría de las veces, de poemas escritos, que en virtud del canto y de la memoria serían prodigados a todo lo largo y ancho del territorio nacional, antes y después de su mengua con la expansión de Estados Unidos hacia territorios antes mexicanos.

De tal forma, es posible encontrar glosas y décimas del siglo XIX vivas en el folclor del XX y aún en la actualidad, en regiones como el sur de Veracruz, el estado hoy norteamericano de Nuevo México, y la Tierra Caliente de Michoacán. Un bello ejemplo lo constituye “La bandolita de oro”, una glosa de carácter amoroso en la cual se desarrolla el tópico de los regalos de amor; el amante ofrece una serie de obsequios a cambio del cariño de su amada. Dice la valona, según la recuerdan hoy en día algunos cantores de la Tierra Caliente:

¡Una bandolita de oro  
y un bandolón de cristal!  
¡Te he de dar porque me quieras  
un pájaro cardenal!

Soy conde de la Laguna,  
dueño de siete millones;  
tengo escudos y borlones  
y lanzas con medias lunas.  
Soy hijo de la fortuna,

tengo mi clarín sonoro,  
mi palacio y mi tesoro,  
pa cuando yo voy marchando,  
los clarines van tocando  
y una bandolita de oro.  
Soy marqués del Apartado,  
vivo a lo muy caballero,  
ay, a lo muy marinero,  
me he pasado a militar.  
Soy sargento federal  
de las guerras de Cupido;  
no me quisiera acordar,  
ay, cuando yo voy marchando,  
los clarines van tocando  
y un bandolón de cristal.

Ahora por la ocasión  
me nombran a mí feliz;  
me he paseado por San Luis,  
por esa villa de León.  
Fui mariscal de burlón,  
gobernador de Frontera;  
chinita, si tú quisieras,  
yo no trato con engaño,  
esas minas de Bolaños  
te he de dar porque me quieras.

Lo hablo con satisfacción,  
no porque me da la gana,  
las minas de Valenciana  
tengo a mi disposición;  
también las del Pabellón,  
tienen su rico metal.  
Tengo mi palacio real  
y minas en El Saltillo,  
y en la hacienda de Fresnillo,  
un pájaro cardenal.

Así, pues, los cantores populares de diversas regiones aprenderían, en principio, los textos, y después los recursos creativos para desarrollar sus propias glosas y décimas. Un aspecto muy importante sería la adaptación que en cada caso tendrían los textos para ser cantados con el estilo y la instrumentación propios de cada región. En la Tierra Caliente michoacana, se ejecuta siempre una melodía instrumental con tipo de marcha, como introducción y a manera de interludio entre cada estro-

fa. Más que cantarlo en sentido estricto, el valonero salmodia el texto en un estilo semejante al de los recitativos de ópera; suele entonar un "¡ay!" antes de los versos primero, tercero, sexto y octavo. Al final de la última parte instrumental, se agrega una cuarteta de despedida, y al final de ésta, un son o un fragmento de son, a manera de fuga o salida.

La valona constituye, pues, una unidad poético-musical compleja; a diferencia del son y el jarabe, no se baila. En ella prevalece ante todo la buena enunciación del componente poético, motivo por el cual los valoneros se sirven, como he señalado, de la recitación apenas con una leve variación tonal, que privilegia el hecho de hacer comprensible el texto para el auditorio que lo escucha.

Para ilustrar la manera como la glosa se adaptó en la Tierra Caliente para convertirse en valona, presento a continuación "Las huinas", un ejemplo que da cuenta justamente del modo de ser de la región, donde abunda una fauna de insectos picadores y ponzoñosos. Se trata de una glosa de línea; el verso a glosar, "uñas, ¡para cuándo son!", advierte sobre la fuerte comezón que sigue a las picaduras de esta fauna de pequeños e incisivos seres, que suelen ser más severos con el fuereño. Se enumera, así, toda una serie de insectos de curiosos nombres, voladores y no, que con sus picaduras obligan a uno a rascarse. Al final de la glosa, aparece la cuarteta de despedida que caracteriza a los textos del género en la región:

Uñas, ¡para cuándo son!  
Uñas, ¡para cuándo son!  
Uñas, ¡para cuándo son!  
Uñas, ¡para cuándo son!

El día veintidós de marzo  
se comenzaron mis muinas,  
cuando comencé a sentir  
la comezón de las huinas,  
el cuarto y las cuatro esquinas;

me agarró una comezón,  
tuve sobrada razón:  
diablo de Tierra Caliente,  
porque habla y dice la gente:  
"Uñas, ¿para cuándo son?"

El que en ese punto esté,  
hoy que viva más acá,  
nunca dice la verdad,  
porque seguido se ve.  
Yo la verdad les diré:  
es una ingrata prisión,  
porque hay huinas de a montón;  
es más prisión que Escobedo,  
porque habla y dice el frastero:  
[forastero]  
"Uñas, ¿para cuándo son?"

Siempre la ausencia me mata,  
porque el padecer no es justo;  
siempre vivo con el susto  
de tanta nación ingrata:  
salsahuate y turicata;  
también hay otra nación,  
que se ocupa el pabellón:  
el jején y el zancudo  
hacen hablar al que es mudo,  
uñas, ¡para cuándo son!

Al fin, la huina primero  
y el salsahuate enseguida;  
la turicata a escondidas  
sabe picar muy ligero.  
El jején también, grosero,  
de noche da su función,  
y el zancudo una canción  
canta con mucha alegría;  
sea de noche o sea de día,  
uñas, ¡para cuándo son!

Voy a echar mi despedida  
por el ojo de una aguja,  
la que es mujer se sostiene,  
y el que es hombre, nomás puja.

Como he señalado, además de este carácter reflexivo, en la valona prevalece la intención de narrar una anécdota, que generalmente da cuenta del modo de ser de un tipo popular determinado; así, se encuentran en los textos del gé-

nero en cuestión las descripciones del ladrón, el padrastro, el cazador, la suegra, la esposa insaciable, los *jotos*, los migrantes (llamados "norteños"), los narcotraficantes, etc. La valona constituye un medio de representación del mundo según el cual se describe la compleja personalidad de un individuo con apenas un esbozo limitado a unos cuantos rasgos, con los que arbitrariamente se juzga el modo de ser de un personaje determinado, con el propósito fundamental de mover a la risa.

Por muchos años, a lo largo del siglo XX, los valoneros mantuvieron en la memoria una serie limitada de textos; los más populares entre ellos no superaban la veintena. Sin embargo, a raíz de la convocatoria de los concursos de música tradicional, que año con año se efectúan en Apatzingán durante el mes de octubre para conmemorar la Constitución de 1814, se irían creando en el último tercio del siglo recientemente acabado nuevas valonas que si bien han continuado el carácter humorístico y la descripción por tipos, característicos de sus predecesoras, han prescindido de la forma glosada de éstas, por lo que ha prevalecido en ellas el componente narrativo por encima del talante reflexivo de la glosa.

Si bien poéticamente las valonas nuevas han retomado recursos del repertorio antiguo del género, es sobre todo el humor lo que se ha mantenido en ellas; en muchos casos, explotado el recurso del doble sentido. Se han incorporado, por otro lado, temas actuales, como la migración a Estados Unidos, el transexualismo, el narcotráfico y hasta la píldora Viagra. Como ejemplo de esta nueva escuela de creación, presento esta



valona de José Álvarez Sánchez, "Una mujer novelera", que con gran ingenio incorpora una serie de títulos de telenovelas en sus versos:

Me casé con *María Mercedes*,  
al llegar de la Frontera;  
no crean que me fue muy bien,  
me salió muy novelera.

Miraba *Senda de gloria*  
y a mí me daba coraje;  
también *Rosa Salvaje*  
y enseguida, *Marimar*,  
*Catalina y Sebastián*;  
luego, la *Cuna de lobos*,  
*Isabel y Guadalupe*;  
en la tele siempre, a diario,  
miraba *El premio mayor*  
y *El pecado de Oyuki*.

Mi vida ya era un infierno,  
me pasaba sin comer;  
ella, mirando *Isabel*  
y también *De pura sangre*.  
A mí, me llegaba el hambre.  
Después veía *Muchachitas*,  
yo me sentía casi loco;  
miraba la *Quinceañera*  
—¡qué mujer tan novelera!—  
y después, *Vivir un poco*.

También *El abuelo y yo*,  
y luego, *De frente al sol*;  
*Escándalo y Perro amor*,  
ésas nunca se las pierde;  
y enseguida, *Alma rebelde*.  
*El privilegio de amar*  
lo ve de principio a fin,  
la *Mirada de mujer*,  
*Camila y Tres mujeres*,  
y enseguida, *Serafin*.

Ella no quiso venir,  
porque iba a ver *Rosalinda*;  
luego, *El diario de Daniela*,  
*Dos mujeres y un camino*,  
y hasta *Tres veces Sofía*.  
Que *La vida en el espejo*,  
*La pícaro soñadora*.  
Me decía: "*Amor de mi vida*,

ven a ver *Azul tequila*  
y después, *La usurpadora*."

Ya me quiero divorciar,  
esto es un *Monte Calvario*;  
mejor me voy a casar  
con la *Diana Salazar*  
o con *María la del barrio*.

Esta adaptación del género de la valona al gusto y el carácter actual de los pobladores de la Tierra Caliente augura, desde mi punto de vista, una larga vida para esta tradición centenaria, por cuya óptica poética se sigue reflexionando satíricamente acerca de una serie de acontecimientos de interés para la vida de los pobladores de esta región del estado de Michoacán.\*

#### Bibliografía

- Campa, Arthur Leon, *Spanish Folk-Poetry in New Mexico*, Albuquerque, University of New Mexico Press, 1946.
- González y González, Luis. "Tierra Caliente", en *Extremos de México: Homenaje a don Daniel Cosío Villegas*. México, El Colegio de México, 1971, pp. 115-149.
- González, Raúl Eduardo, "De la glosa a la valona", en Bárbara Skinfinfill y Alberto Carrillo (eds.), *Estudios michoacanos*, vol. VIII, Zamora, El Colegio de Michoacán / Instituto Michoacano de Cultura, 1999, pp. 49-63.
- , "La valona de Apatzingán", (Tesis de maestría en estudios étnicos), Zamora, El Colegio de Michoacán, 2000.
- Mendoza, Vicente T., *La décima en México, Glosas y valonas*, Buenos Aires, Instituto Nacional de la Tradición, 1947.
- , *Glosas y décimas de México* [1957], México, FCE, 1979 (Letras Mexicanas, 32).
- Perea, Socorro, *Décimas y valonas de San Luis Potosí*, San Luis Potosí, Archivo Histórico / Casa de la Cultura, 1989.
- Stanford, Thomas, "Lírica popular de la costa michoacana", en *Anales del INAH*, México, INAH / SEP, vol. XVI, 1963, pp. 231-282.

## Diego Rivera, agrarista

Itzel Rodríguez Mortellaro \*

El agrarismo fue uno de los temas capitales de la obra y el pensamiento político de Diego Rivera. El “paisaje zapatista” de 1915, donde expresa en lenguaje cubista a un campesino revolucionario, es el antecedente de una larga serie de imágenes de tema agrario que realizó sobre todo durante la segunda mitad de los años veinte. El desarrollo ideológico de Rivera en este campo se dio a partir de su ingreso al Partido Comunista de México, en diciembre de 1922, donde se relacionó con el ala agrarista de esa organización—Rivera fue presidente del recién fundado Bloque Obrero y Campesino de México, propuesto por la Liga Nacional Campesina (LNC), dirigida por Úrsulo Galván—y entró en contacto con políticos proclives al reformismo agrarista, como Marte R. Gómez y Ramón P. de Negri.

El imaginario agrarista de Rivera se articula a través de sus murales de la Secretaría de Educación Pública (1923-1928), los de la Escuela Nacional de Agricultura en la exhacienda de Chapingo (1924-1927), las ilustraciones que realizó para los álbumes de las tres primeras convenciones de la Liga de Comunidades Agrarias y Sindicatos Campesinos del Estado de Tamaulipas (1926-1928), los frescos del Palacio de Cortés (1930) y su tríptico mural del Palacio Nacional (1929-1935). Estas obras muestran la trayectoria de Rivera dentro del agrarismo, que va del optimista que ve al campesinado como motor revolucionario, hasta el decepcionado ante el rumbo que el go-

bierno y el PCM dieron al asunto agrario. En sus murales, Rivera configuró un “catecismo” del orden y trabajo agrarios y un “santoral” agrarista, con Emiliano Zapata como santo patrono, seguido de Felipe Carrillo Puerto, Otilio Montañón y José Guadalupe Rodríguez.<sup>1</sup> En sus proclamas, el artista postuló a las agrupaciones campesinas como la segunda fuerza política de México, después de los militares, y lamentó que la falta de cohesión de los campesinos los excluyera del primer sitio. Vio en la tecnificación del campo el camino del progreso nacional y defendió fervientemente el agrarismo armado—para la “defensa de sus tierras y sus vidas”—y la organización comunal, por ser una “entidad proletaria fuerte”. En cambio, atacó el “rancherismo”—fragmentación del ejido en pequeñas parcelas— que “neutralizaba el poder de las masas proletarias campesinas”.<sup>2</sup> Sin embargo, al inicio de los años treinta Rivera atenuó sus concepciones, en buena medida porque el PCM desplazó del centro al agrarismo, especialmente al zapatista, y propuso una revolución soviética de obreros y campesinos; lo cual se tocó con el interés gubernamental de alentar la organización obrera antes que impulsar la reforma agraria. Rivera se sometió al viraje ideológico y sus imágenes artísticas cambiaron en consecuencia.

Un caso que sirve para ejemplificar este proceso es el desarrollo del mural *Historia de México* del Palacio Nacional. Antes de empezar a pintar su mural en 1929, Rivera presentó varios proyectos generales. Uno de ellos, de 1927, expuso su interpretación del papel histórico del campesinado en tres



partes. En el pasado prehispánico la agricultura es rudimentaria: un par de indígenas siembran semillas ayudándose de una coa;<sup>3</sup> para el muro central, de la conquista al siglo XX, Rivera integró al campesinado a una alegoría del “orden revolucionario”: una enorme mujer abraza a un obrero y un campesino; y en el tercer muro, donde imagina al México del futuro, obrero y campesino se dan la mano, al lado de otro trabajador agrario que maneja un tractor. Si en la ficción futurista de Rivera, inscrita en la mejor tradición marxista-leninista, el *nuevo campesino* usa la tecnología moderna en aras de una eficiencia productiva que lo integrará a la racionalidad económica del Estado nacional, entonces el fragmento de pasado prehispánico donde los *viejos campesinos* operan la coa, instrumento tradicional, “primitivo” e ineficiente económicamente hablando, funciona como el punto de arranque de una teleología. Es decir, estas dos formas de trabajo campesino—una primitiva, otra tecnificada—ilustran y establecen los dos polos en el progreso del ideal político-económico de Diego

\* Historiadora del arte. Editora de la sección Miradas de la revista *Universidad de México*



Arco central del muro poniente, Palacio Nacional, 1931.

Rivera. En este recorrido, la escena de los campesinos del mural del periodo antiguo puede establecerse como el primer cuadro de una trayectoria que encuentra su cenit en los murales de Chapingo pero que, dentro de los límites del tríptico de Palacio Nacional, se completaba con el esbozo para el México del futuro que proponía aquel proyecto preliminar, es decir, una utopía de concordia proletaria donde la tecnología potenciaba el trabajo colectivo.

La secuencia proyectada para el Palacio Nacional coincidía con los planteamientos del PCM, que en 1926, durante su IV Congreso, había impulsado la unificación del movimiento campesino a través de la LNC (y el apoyo de revolucionarios como Adalberto Tejeda, Francisco J. Múgica y José G. Zuno) y se esforzaba por elaborar un programa que consolidara la alianza obrero-campesina. Sin embargo, en 1928, la unidad del partido entró en crisis a raíz del giro ultraizquierdista promulgado por el VI Congreso de la Comintern en el que se ubicó al peor enemigo del comunismo en el ala izquierda de la social democracia, que en

México el PCM tradujo en desconfianza hacia sus aliados ligados al reformismo gubernamental impulsado por Calles. La acusación de “oportunista de derecha” o “de izquierda” se puso a la orden del día y, antes de que acabara 1929, el PCM había renegado de Tejeda, de Negri y otros hombres de izquierda dentro del gobierno; también había expulsado de sus filas a Úrsulo Galván, a la mayoría de los miembros de la LNC, entre ellos a Diego Rivera. Entre las razones que se adujeron para la expulsión de Rivera se mencionó su relación laboral con el gobierno, como su cargo de director de la Escuela Central de Artes Plásticas y la decoración que realizaba en el Palacio Nacional.<sup>4</sup> En realidad estos fueron meros pretextos, Rivera fue purgado del Partido por sus afectos agraristas y sus buenas relaciones con Calles.

Después de 1929, a pesar de su expulsión del PCM, el agrarismo militante de Rivera se fue diluyendo en los tintes dogmáticos de la línea establecida por el Partido y en la necesidad política del Estado mexicano. La integridad del mensaje agrario que Rivera

había proyectado originalmente para el Palacio Nacional y que comenzó a pintar en los primeros meses de 1929 fue troncada. Su primer cambio de dirección se dio al año siguiente, cuando pintó el muro central. Aquí el pintor, influido por la consigna comunista internacional, y del gobierno mexicano, de disminuir el protagonismo del campesino, sustituyó la alegoría revolucionaria por el liderazgo del obrero, quien señala el camino hacia el futuro a los mártires agraristas (Emiliano Zapata, Felipe Carrillo Puerto y José Guadalupe Rodríguez). Pero la intención original

1 José Guadalupe Rodríguez fue un agrarista comunista, miembro de la Liga Nacional Campesina, que fue asesinado por los federales en Durango en 1929.

2 Diego Rivera, “La situación actual de México”, en *Diego Rivera: arte y política*, selección, prólogo, notas y datos biográficos de Raquel Tibol, Grijalbo, 1979, pp. 77-84.

3 La coa es un instrumento de labranza parecido al azadón, compuesto por un mango largo de madera, con uno de sus lados recto y el otro curvo.

del mensaje se perdió definitivamente en 1934-1935 con el nuevo panorama plástico del muro sur, en *México de hoy y de mañana*. En vez de la alianza obrero-campesina, Rivera pintó un campesino ahorcado "por rebelde y sedicioso agrarista", imagen elocuente de la crisis (ideológica y personal) que el artista sufrió en esos años ante los violentos ataques que le dirigieron sus opositores políticos y por el rumbo que tomaba el agrarismo, que entonces se veía, si no liquidado, sí seriamente amenazado. En efecto, durante el maximato se endureció la posición gubernamental respecto al agrarismo más radical, se desintegró la Liga Nacional Campesina, se emprendió el desarme de guerrillas campesinas (excepto en San Luis Potosí), se fortaleció una clase de terratenientes revolucionarios y se puso en duda la idea de transformar el sistema de propiedad del campo a través del ejido.<sup>5</sup> En fin, que el agrarismo como vía para negociar desde una posición de fuerza con el poder central comenzó a desmoronarse y con ello la posición revolucionaria a la que Diego Rivera había apostado en la arena política de los años veinte. Quizá por eso, después de 1929, Rivera no volvió a imaginar paraísos agrarios. \*



Proyecto para el arco central del muro poniente, 1927.

4 Carr, Barry, "El giro a la izquierda", en *La izquierda mexicana a través del siglo xx* y Martínez Verdugo, Arnoldo, ed., "El partido devora a sus hijos", en *Historia del comunismo en México*. En julio de 1930 apareció en *El Machete* una noticia ("Entre la hoz y el martillo") que denunciaba que Rivera seguía pintando "tranquilamente en el Palacio Nacional" y había incluido en su decoración "un retrato del general Calles vestido de overol y abrazando a un obrero y a un campesino". Cuatro años después, se le sigue echando en cara a Rivera su "mercantilismo como artista y como político con pinturas como las del Palacio Nacional -muy bien pagado-

en donde pinta, en pleno terror brutal contra el Partido y las masas, al odiado y abierto servidor del imperialismo, general Calles, como líder creador de la historia revolucionaria de México". Cfr. "Diego Rivera recurre al chantaje para atacar al Partido Comunista", en *El Machete (ilegal)*, 28 septiembre, 1934.

5 Meyer, Lorenzo, *Historia de la Revolución Mexicana, 1928-1934. El conflicto social y los gobiernos del maximato*, México, El Colegio de México, 1978. "III. Veteranos y agraristas. Los vaivenes de la reforma agraria".

## Los apetitos de la buza

Amaury Alejandro García Rodríguez\*

Si partimos del punto de vista que con mayor regularidad aparece en los discursos que sobre “lo pornográfico” ha estructurado el mundo occidental contemporáneo, y echamos una rápida mirada sin mayor reparo a la imagen objeto de estas breves notas, muy probablemente nuestra habilidad taxonómica la coloque de inmediato en el tradicional repertorio de subyugación y dominación femenina que aparentemente se asocia con cualquier producción sexualmente explícita consumida por una población masculina. Aunque es innegable que mucha de esta producción, sobre todo a partir de los setenta, comparte estas características, en numerosas ocasiones se pretende englobar bajo estos parámetros a la gran mayoría de las “representaciones libidinosas”<sup>1</sup> amparándose en una falsa objetivación de “lo obsceno”.

Recomencemos pues, y detengámonos de nuevo en nuestra imagen.

El grabado *Los monstruos acuáticos y la mujer buzo* (*Kappa to ama*), que forma parte del álbum erótico de 12 imágenes *Canciones de cabecera* (*Utamakura*) publicado en 1788, es una de las obras maestras del conocido artista japonés Kitagawa Utamaro (1754-1806). A pesar de ser famoso por sus estampas de mujeres bellas, Utamaro, como casi todo buen artista de *ukiyo-e*<sup>2</sup> realizó en las últimas etapas de su vida numerosas obras de carácter sexual, temática que se conoce como *makura-e* (o estampas de cabecera). Este álbum en especial, *Utamakura*, se

alza entre los más logrados de la extensa y variada producción de imágenes con abierto contenido sexual que se realizó en Japón a lo largo de casi 250 años, siendo nuestra pieza en cuestión uno de los ejemplos más interesantes.

Es común la opinión de que en esta obra se presenta a una mujer buzo mientras observa cómo es violada su compañera en el fondo del mar,<sup>3</sup> sin embargo son demasiado evidentes los recursos de que se vale su autor para darnos una lectura totalmente diferente.

Sentada sobre una musgosa roca bañada por las agitadas olas del mar, vemos la figura de una mujer buzo (*ama*), una de tantas que se dedicaban a la recolección de bivalvos marinos para su comercialización y consumo. Este trabajo era tradicionalmente desempeñado por mujeres, quienes atadas a un tronco que flotaba en el agua se sumergían en la búsqueda de estos moluscos.

Nuestro personaje nos envuelve en una atmósfera de sensualidad estimulada por las propias características de su representación:<sup>4</sup> delicadamente apoyada en la superficie de la roca con su pelo suelto sobre los hombros nos muestra sus senos; su talle, envuelto por una suave tela roja trasluce sus contornos, y su pierna derecha, que al alzarla inadvertidamente desliza su vestido, nos descubre su muslo y nos da acceso a su sexo. Para acentuar la carga erótica, vemos junto a la buza una canasta llena de bivalvos (*kai*), del tipo conocido como oreja de mar que en el Japón de los siglos XVII y XVIII (época en que se realiza esta obra) era comúnmente asociado a los genitales

femeninos, detalle que contribuye a incrementar el carácter abiertamente sexual de la imagen.

Pero, ¿está la buza alarmada por la suerte de su compañera?, ¿se dispone ella a defenderla de tales perversos?, ¿muestra su rostro horror o sufrimiento ante tales actos? Su tranquila postura, su rostro calmado, su mirada absorta y su boca en éxtasis nos conducen más bien por otros rumbos: a los dominios de lo onírico. Evidentemente nuestro personaje está experimentando una fantasía sexual de rebuscados parámetros en la que dos *kappa*<sup>5</sup> se disponen a obtener por la fuerza los favores que en apariencia ella nos ofrece a través de las curvaturas de sus muslos mientras descansa en la roca.

La maestría del artista nos proporciona otros elementos concordantes con esta lectura del sueño de la buza. Apreciamos esta violenta escena a través del delicado velo que tejen las olas del mar, velo que nos difumina la visión sumergiéndonos en este delirio que es demarcado por una fuerte diagonal que nos separa estos dos mundos de “deseo-realidad”. El recurso de “ocultamiento” es un elemento muy característico de esta producción visual<sup>6</sup> en donde constantemente se juega con la imaginación del espectador para completar aquello que no se explicita y por lo tanto avivar la propia erotización de los sentidos del consumidor, que al fin y al cabo era una de las funciones básicas de estas imágenes. Por otro lado, el dinamismo de la escena de la violación, más el entramado de algas y cabellos que ondulan (o navegan) por el lugar, añaden confusión y opacidad que se combinan en el imaginario sexual de esta mujer.

\* Investigador del Centro de Estudios de Asia y África en El Colegio de México



Finalmente, por supuesto que si de *makura-e* se trata, no podía faltar el toque humorístico que se incorpora aquí en estos pececillos que se aventuran rápidamente a no perderse el espectáculo, reservando boletos en primera fila. El *voyeur* o fisgón es un personaje que aparece repetidamente en estas estampas y que de cierta manera involucra la participación del espectador y le proporciona (junto con otros recursos) multiplicidad de ángulos visuales.

Creo que con la breve exposición anterior queda demostrado que no se trata de una contemplación de una violación sino más bien de una recreación mental de ella. Ahora bien, tenemos evidencia de que este tipo de estampas también eran consumidas por un público femenino.<sup>7</sup> Ejemplo de ello son algunos catálogos de juguetes sexuales para mujeres, así como algunas imágenes de mujeres utilizando estampas para la autoestimulación sexual. Ya que lo representado es una

fantasía femenina ejecutada por seres no humanos y en donde el peso del deseo es mayor que el acto físico, ¿cabría la posibilidad de que fuera una fantasía destinada a un público femenino? Podría ser, y contribuiría mucho a una relectura de estas obras, pero no podemos desestimar tampoco la alternativa de ser una invención de y para hombres encaminada a legitimar un deseo masculino, como el que comentábamos en el primer párrafo de estas notas, transfigurándolo en un sueño femenino. ¿O es la fantasía del artista?

Estamos dando vueltas en círculo, nuestro dualismo se quiebra, habría que volver al principio en nuestro análisis, ...¿o no? \*

- 1 Término utilizado por Timon Screech en *Sex and the floating world. Erotic images in Japan, 1700-1820*, University of Hawai Press, Honolulu, 1999.
- 2 Producción xilográfica con temática urbana que se desarrolló en Japón entre los siglos xvii y xix.
- 3 Ejemplo, Lane, Richard y Hayashi Yoshikazu. *Etorange erotikku. Edo no shun - ih jin mankai*, Kawade Shobō, Tokyo, 1998.
- 4 Es ya conocido el carácter sexual que porta en sí esta representación femenina. En relación con esto, revisar el estudio de Talerico, Danielle, "Interpreting sexual imagery in Japanese prints: A fresh approach to Hokusai's 'Diver and Two Octopi'", en *Impressions*, núm. 23. Ukiyo-e Society of America, New York, 2001, pp. 25-41.
- 5 *Kappa*: Personaje fantástico, especie de monstruo acuático que se caracteriza por poseer una fuente de agua en la cabeza y hacer diabluras.
- 6 Sobre este recurso véase Tanaka, Yukō. *Shunga no kakusu - miseru*, en *Ukiyo-e shunga wo yomu*, vol. 1, Chūō Koron, Tokyo, 2000, pp. 87-162.
- 7 Es difícil determinar en qué grado, aunque podemos suponer que su consumo era mayoritariamente masculino.

## La imagen, la tierra, el otro: notas sobre el cine y el campo mexicano

Román Domínguez Jiménez \*

El vínculo entre la imagen pictórica y el campo, anterior al siglo XX, ya prefiguraba la harto compleja relación entre el cinematógrafo y el campo, entre la imagen móvil y la temática rural. La pintura de Jean-François Millet y Augustin Lhermitte expresa con profundidad la gravedad y la rudeza de la vida de los campesinos. Al rumor y al agobio de la vida urbana, estos pintores oponen la poesía de la vida en la tierra: la siembra, la cosecha, el descanso después de un arduo día de trabajo; también las edades del hombre y de la naturaleza: la callada mañana, la promisoría tarde, la infancia, la vejez y sobre todo la maternidad. La campesina que amamanta a su hijo (figura muy repetida en Lhermitte) es la *alegoría* de la tierra que da de comer y protege a su pueblo. En el momento del éxodo rural a las ciudades europeas, el paisaje bucólico refiere a la tierra perdida y al pasado nunca vivido de la sociedad industrial. Desde entonces y aún antes, el campo y el campesino devienen la imagen de *lo otro* y *el otro* del progreso técnico y la cultura contemporánea. A principios del siglo XX, el cine parecía estar imposibilitado naturalmente para la alegoría de *lo otro*, hasta que el cineasta soviético Sergei Eisenstein comprendió que el cine podía elaborar una *alegoría móvil*, mediante una transformación indirecta de los encuadres. Eisenstein tuvo la oportunidad de desarrollar más libremente su trabajo fuera de la Unión Soviética, en México, tierra llena de afecciones nuevas para él.

\* Filósofo y escritor



*Pueblerina*, 1948

Acaso sin pretenderlo, Eisenstein postuló todo un régimen de imágenes del campo mexicano. En *¡Que viva México!* (1931) Eisenstein despliega dos series de representaciones en cada una de las “novelas” que componen la cinta: una teatral, la otra plástica. El baile de la boda en Tehuantepec y los rayos de sol penetrando el jardín tropical. La procesión de la semana santa con los indios llevando a cuestas su pesada carga y los frailes franciscanos “quienes según S. Eisenstein los hizo aparecer como las pinturas de *El Greco*, de San Francisco de Asís, con el repetido motivo de la calavera”.<sup>1</sup> La muerte del toro en la plaza y la arquitectura española. El baile del día de muertos y las máscaras de calaveras que esconden otras calaveras. El sacrificio de los peones por

parte de sus patrones, enterrados hasta el cuello en la tierra y el paisaje de una hacienda pulquera en los llanos de Apan, con los volcanes y las nubes al fondo. Con todo lo anterior Eisenstein despliega una complicada alegoría de la vida y la muerte: caras de carne de los peones y caras de piedra de los ídolos prehispánicos. Ambas series de encuadres, las teatrales o de acción por un lado, y las plásticas o de situación por otro, son desbordadas por el paso de una a otra. Cada serie es llevada a un límite extremo, a una *tercera instancia* que es *alegoría desplegada*, imagen-movimiento. Eisenstein muestra así la vida y la muerte y la sucesión de la primera en la segunda y de ésta, otra vez en la primera: “La unidad entre la Muerte y la Vida... la vida que se va/ y

el nacimiento de la siguiente.../ El eterno círculo y aún más grandiosa la sabiduría de México, gozando de este eterno círculo...".<sup>2</sup> El fondo de esta alegoría no es otro que *la tierra misma*, cruel y exuberante. La tierra en *¡Que viva México!* es la tercera instancia, el elemento móvil y oculto que es capaz de convertir la naturaleza de cada encuadre y de cada representación. La tierra deja de ser mero paisaje y deviene el *fondo enterrado* de un cine que muestra, con más crudeza que la pintura del siglo XIX, *lo otro* (el campo) y *el otro* (el peón, el campesino). Eisenstein invoca así un México mítico, un cine que expresa *el cuerpo del otro* a ras de la tierra.

El Indio Fernández y Gabriel Figueroa retoman el fondo enterrado de Eisenstein y lo elevan a la superficie, en donde la alegoría se desvanece para dar paso a *la tragedia*. El campo en el primer cine de el Indio y en la fotografía de Figueroa no es un "tema" entre otros, como tampoco un personaje o protagonista de una historia, es el espacio quebrado por el que lo *mexicano* es parido. En *La perla* (1945), basada en la novela de John Steinbeck, la playa paradisiaca es el lugar en que un pescador nativo (Pedro Armendáriz) encuentra el objeto de su esperanza y de su posterior perdición: una perla gigante, que despierta la codicia de los mestizos y del médico del pueblo. El pescador involucra a su esposa (María Elena Marqués) y a su hijo en su delirio por vender la perla y hacerse rico, por tener zapatos y que su retoño vaya a la escuela y aprenda a leer. El pescador abandonará huyendo su jacal y su aldea sólo para perder a su hijo y para después regresar la perla al mar. La tierra y el mar *dan y quitan* al pescador. Lo que queda de él y de su esposa después del asesinato de su hijo no es sino la fidelidad a la aldea y al mar, *obediencia a la tierra*. En *Pueblerina* (1948), el aire se vuelve más pesado y el suelo más terregoso, lejos del idílico mar de *La*

*perla* y del casi etéreo Xochimilco de *María Candelaria* (1943). Aurelio (Roberto Cañedo) regresa a su pueblo, después de haber purgado una condena de seis años. Todas las calles del lugar se vuelven una pendiente que Aurelio tiene que escalar para casarse con Paloma (Columba Domínguez). Excepto la parcela de Aurelio, la tierra en *Pueblerina* nunca es llana, deviene loma, cerro, como dice Rulfo: "El camino subía y bajaba: 'Sube o baja según se va o se viene. Para el que va, sube, para el que viene, baja.'"<sup>3</sup> El cacique pone en contra de Aurelio y Paloma a todo el pueblo. Estos celebran solos su boda y



*¡Que viva México!*, 1930-31

bailan el tema de *La Paloma* acompañados y cobijados sólo por la noche. Paloma deja de bailar y se derrumba en llanto, la música se detiene. La caída de Paloma prefigura el descenso que la pareja tendrá que hacer para escapar de su tierra, en la que les es *imposible vivir*. El Indio y Figueroa logran con *Pueblerina* la plenitud de la imagen clásica del campo en el cine mexicano. Imagen-tierra que se desvanece en los volcanes y en las nubes eternas. Si Eisenstein es comparable a Millet o a Lhermitte, algo similar se puede decir de el Indio Fernández y Figueroa con respecto a Rivera, Orozco y el Dr. Atl, pero sobre todo, en el caso de esta cinta, a José María Velasco. Como este último, Figueroa captura al Valle de México *como nunca más podrá ser*. *Pueblerina* marca el cenit de la imagen-tierra, aunque sólo la marca como la tierra perdida, herida, ausente, el signo del México *que nunca fue*

y el crepúsculo de la imagen clásica del campo, que en vano podrá ser buscada en el apogeo de la comedia ranchera, con sus charros pendencieros y cantores, sus matriarcas machorras, sus *adelitas* y sus *indias bonitas*, en suma, con el campo *simulado*.

Rulfo fue el primero en cambiar la imagen del campo mexicano en la literatura, y el primero en asumir plenamente su condición *fantasmal*. El tiempo en Rulfo nunca es presente, sino un tiempo *otro* y de *los otros: tiempo espectral*, cuyos signos el discurso nacionalista y revolucionario no podía ver ni pensar sino al precio de desmoronarse. Rulfo no apela a ninguna moral ni al cielo cargado de nubes de Figueroa, sólo escucha al viento cargado de murmullos y mira al suelo, a la tierra que se desmorona ante sus pies. De ahí que el cine se haya demorado en capturar las resonancias de *Pedro Páramo*. Pues ¿cómo hacer una imagen que mire a la tierra seca? ¿Cómo construir un cine con polvo y piedra? Rafael Aviña comenta que durante la filmación de *Nazarín* (1958), Luis Buñuel escandalizó a Figueroa "cuando decidió mover la cámara para captar un paisaje trivial y *pelón* típico del campo mexicano luego de que Figueroa había preparado con mucho tiempo un encuadre de gran belleza plástica con fondo del Popocatepetl y sus inevitables cielos plagados de nubes".<sup>4</sup> Pero no fue Buñuel sino Rubén Gámez con *La fórmula secreta* (1964), quien hizo honor al imaginario literario de Rulfo. El campo estéril poblado con rostros agrietados que se confunden con la tierra, el aire lento que asfixia, los atavismos indígenas e hispánicos, la religión del crucificado impuesta a sangre y fuego, la transfusión de sangre con Coca-Cola, el obrero-costal de harina, los textos de Rulfo recitados por Jaime Sabines, la pesadilla de la tierra que llega directamente al alma: la imagen-choque.<sup>5</sup> Gámez no imita ni copia a Rulfo, hace una película en tiempo

rulfiano: una espiral descendente que desaparece el presente en el fondo insondable del pasado, en la que la imagen-choque llega como un humor del subsuelo y huele a tierra mojada. A pesar de las distintas incursiones que el cine ha hecho en el campo rulfiano, entre las que se encuentran las dos limitadas versiones de *Pedro Páramo* (Carlos Velo, 1966; José Bolaños, 1976) y otras adaptaciones como *El gallo de oro* (Roberto Gavaldón, 1964) y *El imperio de la fortuna* (Arturo Ripstein, 1985), la obra del jalisciense ha permanecido inescrutable desde *La fórmula secreta*.

¿Cómo aprehender nuevamente la tierra? Felipe Cazals emprende la vía crítica con *Canoa* (1976) y muestra la provincia violenta y fanática. El cine mexicano de los noventa buscó con películas como *La mujer de Benjamín*, de Carlos Carrera (1991) y *Dos crímenes* de Roberto Sneider (1993) el camino de la parodia. Imposible regresar a la alegoría de Eisenstein ni a la imagen clásica de Gabriel Figueroa. Con *Del olvido al no me acuerdo*, Juan Carlos Rulfo intenta aproximarse por la vía aérea al mundo y al tiempo de su padre. Pero las tomas aéreas suelen ser la visión que tiene Dios de la tierra, y la vida en los páramos poco tiene que ver con Dios, aunque se le nombre mucho. Acaso al cine no le queda sino emprender el viaje, como Carlos Bolado en *Baja California, el límite del tiempo* (1998), un regreso imposible a los orígenes. El chicano Damián Ortega (Damián Alcázar) cruza la frontera californiana para visitar la tumba de su abuela, pero su trayecto devendrá línea de fuga hacia el sur: un laberinto en línea recta que lo hará quemar su camioneta y viajar a pie por las salinas y el desierto. Un desierto poblado de encuentros: la misión jesuita, el caminante cambiasombreros, el rancharo amable Arce (Jesús Ochoa), las pinturas rupestres. Desierto que es espacio estriado en el que cada suelo correspon-



La perla, 1945

de a un estado del alma: lo iniciático, la nostalgia de lo no vivido, de la vida sin fines, del regreso a casa, el límite del tiempo. *Road movie* del acontecimiento: cada plano es ruptura por donde puede pasar *lo otro, el otro*, línea abstracta que baja del cielo a la tierra al tiempo que una palabra muda se eleva en el aire. Quizá ese sea la misión y el nuevo régimen de signos al que tendrá que aspirar el cine mexicano en su relación con el espacio y el campo, ni progreso técnico ni tradición atávica, sino algo que es muy difícil y acaso imposible de lograr: ni tercera instancia (Eisenstein), ni imagen-tierra (Fernández, Figueroa), ni aún la imagen-choque de Gámez, sino elevar en una *imagen-fuga* la palabra de *lo otro* en el aire, al tiempo en que este *otro* se hunde bajo la tierra. \*

- 1 Figueroa, Gabriel, *Una semblanza de Sergei M. Eisenstein*, colección Texto sobre imagen No. 1. Filmoteca de la UNAM, México, 2000, p. 21. El texto corresponde a la versión escrita de una conferencia que Figueroa ofreció en la Filmoteca de la UNAM en el año de 1981, con motivo de la conmemoración de los cincuenta años de arribo de Eisenstein a México.
- 2 Carta de Eisenstein a Upton Sinclair, productor norteamericano de *¡Que viva México!*, *op. cit.*, p. 18.
- 3 Rulfo, Juan, *Pedro Páramo*, FCE, México, 1955, p. 7.
- 4 Aviña, Rafael, *Tierra brava, el campo visto por el cine mexicano*, Instituto Nacional de Cinematografía, México, 1999, p. 83.
- 5 Cfr. Ayala Blanco, Jorge, *La aventura del cine mexicano*, México, 1993 [7ª ed.], p. 220.

## El tractor UNAM: Humanidades, selección de tecnologías y soberanía nacional

Alberto Betancourt Posada \*

Las humanidades pueden desempeñar un papel decisivo en la configuración de una globalización alternativa. La historia social de la ciencia, por citar un caso, ofrece modelos de análisis, categorías y estudios de caso para mejorar el proceso de selección de tecnologías y la consecuente elección de modelos de desarrollo social que ésta conlleva. Los diversos estudios de Jorge Ocampo y María Isabel Palacios sobre la mecanización del campo mexicano<sup>1</sup> relatan la invención del tractor UNAM como ejemplo de una exitosa domesticación de una tecnología a las condiciones topográficas, económicas, sociales y culturales de nuestro país cuyo potencial fue desaprovechado por la falta de apoyo gubernamental.

### Los tractores importados: majestuosos pero inadecuados

En 1916, el gobierno de Venustiano Carranza importó los primeros tractores entusiasmado por la modernización del campo mexicano que estos artefactos acarrearían. Durante las siguientes cuatro décadas el gobierno mexicano importó tractores que compraba completamente armados y bajaban rodando de los barcos. En la década de los cincuenta comenzaron a fabricarse en México pero sin alterar en absoluto su diseño original.

Pese a su majestuosidad, estos tractores fueron inadecuados para el contexto mexicano. Habían sido diseñados para las grandes planicies estadounidenses, eran demasiado caros, excesi-

vamente potentes para las pequeñas parcelas mexicanas y generaban dependencia tecnológica. Su peso colosal impedía usarlos en laderas y terrazas, compactaban los suelos, formaban lodos y consecuentemente auspiciaban el surgimiento de hongos. Sus aditamentos removían el suelo a una profundidad de 30 centímetros, por ello en regiones como la Chontalpa, Tabasco, donde la capa arable es de 10 centímetros, resultaba mucho más ecológico y rentable usar una coa.



### En busca de un tractor mexicano

Debido a la ineficiencia de estos tractores, diversos ingenieros mexicanos plantearon la necesidad de adaptar las transferencias tecnológicas y reformularlas en función de las condiciones y los intereses nacionales. A finales de los sesenta el ingeniero Alberto Camacho, de la Facultad de Ingeniería de la UNAM, inició un ambicioso proyecto: producir un tractor diseñado de acuerdo al contexto mexicano. El equipo encabezado por el ingeniero Camacho comenzó por detectar las ineficiencias de los tractores fabricados por transnacionales: exceso de potencia, complejidad de las reparaciones, ineficacia en relieves montañosos y necesidad de importar piezas costosas para su mantenimiento.<sup>2</sup> Posteriormente, el entusiasta equipo universitario diseñó un tractor adecuado a las condiciones topográficas, económicas y culturales del campo mexicano. En 1970 el equi-



\* Maestro en Historia. Colaborador de la revista *The Bulletin of Atomic Scientists*

po produjo tres exitosos prototipos del tractor UNAM: su costo de fabricación (en pequeña escala) era de diez mil pesos, tenía una potencia de ocho caballos de fuerza, su mecanismo de transmisión de cadena permitía reparaciones realizables en un taller de bicicletas y la sencillez de sus piezas evitaba importaciones onerosas. Su carácter ligero evitaba la compactación de los suelos, la remoción innecesaria de la capa arable y conservaba la humedad.

El tractor UNAM no fue hijo único. Nació acompañado de una ola de invenciones inspiradas en la idea de desarrollar una tecnología adaptada a las condiciones mexicanas y encaminada a fortalecer políticamente a las comunidades y los pequeños productores. Por ejemplo, Arturo Lara López, de la Universidad de Guanajuato desarrolló un motocultor de alto despeje que permitía redibujar los surcos y arrimar tierra a las plantas en crecimiento, sin dañarlas y sin derribarlas (evitando la depredación animal y permitiendo cosecharlas mecánicamente). Antonio Turrent Fernández (del INIFAP) inventó el yuntocultor y la multibarra, artefactos basados en el tradicional arado egipcio jalado por animales, dotado de aditamentos que permitían realizar varios surcos, fertilizar y sembrar en una sola pasada.<sup>3</sup>

### ¿Modificar el tractor o modificar el país?

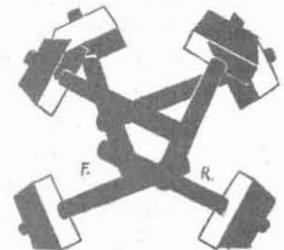
El tractor UNAM y muchas otras innovaciones corrieron un destino similar. El sabotaje de las grandes trasnacionales de maquinaria agrícola y la inexistencia de una política tecnológica gubernamental precisa, impidieron que estas innovaciones pasaran de la experimentación de prototipos a la producción en serie. El gobierno de Luis Echeverría optó por una importación acrítica de tecnología y decidió producir el tractor soviético Vladimir en los talleres de ciudad Sahagún argumentando que, a diferencia del tractor

UNAM, era una tecnología probada. Sin embargo, señalan Ocampo y Palacios, al igual que los tractores norteamericanos era una tecnología probada en condiciones económicas, topográficas y culturales muy diferentes a las mexicanas.

La falta de apoyo gubernamental a proyectos como el tractor UNAM provocó la consolidación de trasnacionales de maquinaria agrícola, implantó una tecnología poco amigable y fomentó la concentración de la tierra. En la actualidad, trasnacionales como Ford Motor Company, New Holland, Massey-Ferguson, John Deere e International Harvester dominan el campo mexicano. Los tractores producidos por estas empresas son poco amigables. Las tendencias contemporáneas de conservación de suelos plantean el concepto de "labranza cero" basado en un tenue dibujo de los surcos para conservar la fertilidad y humedad de la tierra. El tractor UNAM se ajustaba perfectamente al concepto de labranza cero a diferencia de los tractores de las trasnacionales. Por otra parte, los tractores diseñados en el extranjero son inadecuados en predios menores a 60 hectáreas debido a su exceso de potencia. En México, 80% de los predios es menor a cinco hectáreas, pero en lugar de modificar los tractores para adaptarlos al tipo de propiedad predominante en nuestro país, se modificó el artículo 27 para aumentar el tamaño de los predios y adaptarlos al modelo de eficiencia de los tractores.

En el contexto de la globalización, muchos funcionarios piensan que abrirse al mercado de tecnología agrícola es la solución, pero en contrapunto, la investigación histórica de Ocampo y Palacios muestra la urgencia de preguntarse: ¿qué tipo de sociedad queremos construir?, ¿a qué sectores sociales queremos favorecer?, ¿cuáles son las tecnologías más apropiadas para lograr ese objetivo?, ¿qué tipo de tecnologías debemos importar?, ¿qué adap-

taciones deberemos hacerles?, ¿qué sectores industriales debemos desarrollar desde una perspectiva nacional?<sup>4</sup> Historias como la del tractor UNAM pueden ayudar a responder dichas preguntas y en ese sentido, demuestran que las humanidades pueden contribuir a impulsar una globalización alternativa, o cuando menos, a imaginar formas más variadas, inteligentes y justas de insertar a México en la globalización. \*



- 1 Palacios, María Isabel y Ocampo, Jorge, *La tecnología agrícola en México: un proceso inconcluso*, México, Universidad Autónoma de Chapingo, 2001 (ponencia presentada en el XXI Congreso Internacional de Historia de la Ciencia y la Tecnología, México, julio de 2001).
- 2 Ocampo Ledesma, Jorge, *Alberto Camacho Sánchez constructor del tractor UNAM*, México, Programa de Investigaciones Históricas-UACH, (en prensa).
- 3 Ocampo Ledesma, Jorge, *Dr. Antonio Turrent prootor del yuntocultor y la multibarra*, México, UACH, en prensa.
- 4 Respecto al tema de la transferencia tecnológica desde el punto de vista de los países exportadores de tecnología resultan muy interesantes los trabajos del historiador estadounidense Carroll Pursell de la Case Western Reserve University. El profesor Pursell afirma que cuando los países exportadores de tecnología no toman en cuenta los intereses, los deseos y las particularidades de los países receptores en lugar de exportar desarrollo, exportan soberbia e ineficacia. Los interesados en el tema pueden consultar una versión breve de la entrevista al profesor Pursell realizada por Alberto Betancourt en "Ciencia, tecnología y diversidad cultural", *La Jornada*, 23 de julio de 2001.

## La revolución agraria mexicana

Frank Tannenbaum

Frank Tannenbaum llegó a México por primera vez en 1922. Originalmente interesado en las relaciones entre su país, Estados Unidos, y esta nación, comprendió que era necesario entender antes el proceso revolucionario mexicano. A ello se dedicó durante varios años y se relacionó con destacadas personalidades del mundo académico y político: Daniel Cosío Villegas, Manuel Gamio, Jesús Silva Herzog, Silvio Zavala, Víctor L. Urquidi, Ramón Beteta y Lázaro Cárdenas, entre otros. Como resultado de sus reflexiones publicaría tres libros, hoy convertidos en clásicos de la historiografía mexicana: *The Mexican agrarian revolution* (1929), *Peace by revolution: An interpretation of México* (1933), y *México: The struggle for peace and bread* (1950).

El mérito de Tannenbaum (1893-1969) fue sostener desde época muy temprana que la Revolución mexicana tuvo un carácter popular, rural, agrario y espontáneo, además de hacer hincapié en las iniciativas locales y descentralizadoras, adelantándose con ello a las interpretaciones actualmente predominantes sobre las “muchas revoluciones” que conformaron ese complejo proceso social iniciado en 1910. Cierto es que su visión no estuvo exenta de contradicciones—como por ejemplo, la laxitud con que empleó el concepto de indio—, mas no por ello deja de ser acertada en varios aspectos.

Este texto es la transcripción de su intervención en el Instituto de Negocios Públicos de la Universidad de Virginia, que tuvo lugar precisamente el mismo año en que se publicó su primer libro sobre México. La revista *Universidad de México* lo recuperó casi un año después, en su número inicial (tomo 1, número 1, noviembre de 1930). Hoy, cuando el campo mexicano se halla en severa crisis, resulta pertinente apelar a aquellas miradas que vieron en él un pilar fundamental para el desarrollo de la nación mexicana, y alertaron sobre las consecuencias probables de no resolverse sus problemas.

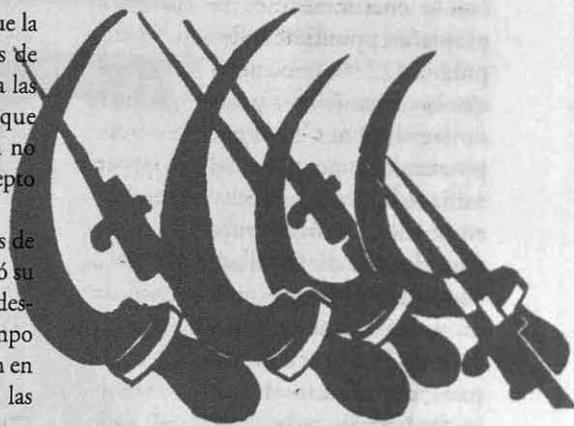
La Revolución mexicana que comenzó en 1910 ha sido y es todavía de naturaleza profundamente social. Tiene poca relación con las numerosas rebeliones políticas y militaristas que han caracterizado los cien años desde la independencia mexicana de España. Hacer esta distinción, con toda claridad, es esencial, porque de otra manera no nos sería posible comprender lo que ha sucedido en México durante los últimos diecinueve años.

En cierto sentido podríamos decir que se ha operado un movimiento básico de la población campesina transformada de peones de hacienda que eran, en ciudadanos libres habitantes de pueblos rurales democráticos. Al iniciarse la revolución, la mitad de la

población rural vivía en haciendas, sujeta a la tierra mediante un sistema de deudas que la convirtieron en esclava de hecho, si no de derecho. La otra mitad vivía en pueblos libres, pero agrupada en reducidas extensiones, confinada en las montañas o completamente rodeada de grandes haciendas. La situación era simplemente la siguiente: la gran masa de la población rural vivía en haciendas, sujeta a ellas. De las 69 mil 549 comunidades rurales en México, en 1910, 56 mil 825, o sea 81.7%, fueron localizadas dentro de los límites de las haciendas. En algunos estados como Guanajuato, esencialmente agrícolas, situados en el centro de México y con una población numerosa, 84.3% del total de la población

campesina y 96% de los pueblos fue localizada en haciendas; quiero decir que México era esencial y fundamentalmente un país feudal. Un país feudal gobernado por una reducida clase aristocrática traída de España, extranjera por sus puntos de vista y su actitud hacia la población humilde. No sólo fue una colonia durante los trescientos años de dependencia política de España, sino que ha continuado siéndolo durante la mayor parte de los cien años de su independencia nacional.

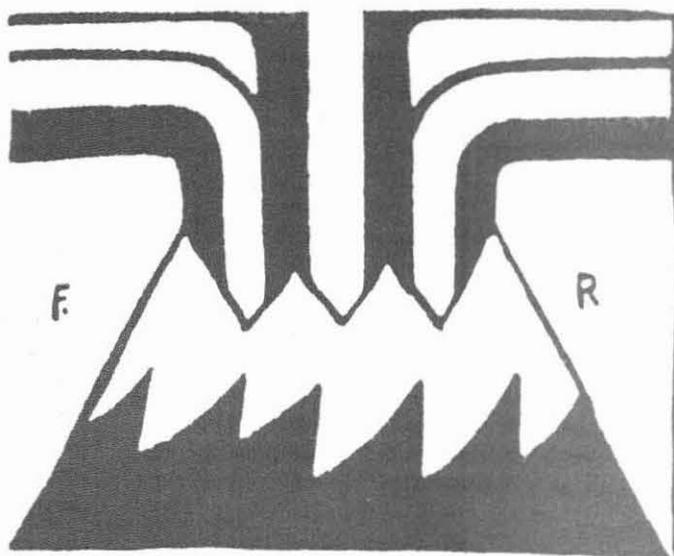
En su mayoría los hacendados eran españoles y recientemente franceses, ingleses, americanos y españoles. El propietario de minas era español, inglés o americano; el hombre de nego-



cios, aun en pequeña escala, casi siempre extranjero. Los petroleros eran casi todos extranjeros, principalmente ingleses y americanos. Fue este relativamente pequeño grupo de extranjeros —dueños de minas, de las utilidades públicas, de la tierra, de pozos petroleros— quienes dominaron la vida económica de México y fueron, sin duda, bajo el régimen de Díaz, una influencia dominante en el país. Hasta qué punto fue esto cierto, aparece en el hecho de que, aun recientemente —1923— más de diez años después de iniciada la revolución, 114 personas eran dueñas de casi la cuarta parte de la propiedad privada de la República (22.9%), mientras que los extranjeros, a pesar de legislaciones adversas, poseían la quinta parte del área total de la República y entre ellos, los americanos eran dueños de la mitad. Esta concentración económica, mala para cualquier país, se hizo aquí aún más grave por el hecho de que la clase privilegiada, tanto los extranjeros como los nativos, trataron desdeñosamente a lo que se llama el bajo pueblo. La masa de la población es india: la mitad de ella es de más o menos pura sangre india; la mayor parte de la otra mitad está compuesta en su mayoría de mestizos y sólo una fracción de blancos. Las clases acomodadas vieron con desprecio al pueblo bajo y pretendieron justificar su política económica afirmando que la masa del pueblo ocupaba un lugar inferior en la escala humana y que México debía esperar con satisfacción su cercana desaparición. Las clases altas y sus satélites intelectuales invocaron la teoría de la supervivencia del más fuerte, y las naciones de la superioridad racial para concluir que las clases bajas de México eran las de los débiles. Se-

ñalaron la pobreza de los pobres como una prueba de ineptitud.

He aquí una interesante adaptación de la doctrina científica para justificar la explotación política y económica de una clase por otra y una indicación de cómo semejante situación puede ser convertida en una posición moralmente satisfactoria. Los extranjeros, al amparo de una especie de ley, fueron despojando a una gran parte de la población rural de su "herencia a la tierra"; probaron, para su propia satisfacción,



que su comportamiento no sólo era legal, sino conforme con la mejor doctrina de la ciencia biológica y útil, socialmente, porque contribuían a la civilización. No sólo iban acumulando fortunas, sino ganando favores y gracias. Aquí tenéis, pues, una situación dentro de la que los habitantes de las poblaciones se vieron, por espacio de un periodo de cuatrocientos años, obligados a ceder sus posiciones como miembros libres de comunidades y a convertirse, cada vez más, en peones sujetos a las haciendas propiedad de extranjeros, principalmente españoles. Hacia el fin del régimen de Díaz, aquellos pueblos que aún conservaban su vida comunal, fueron despojados de sus

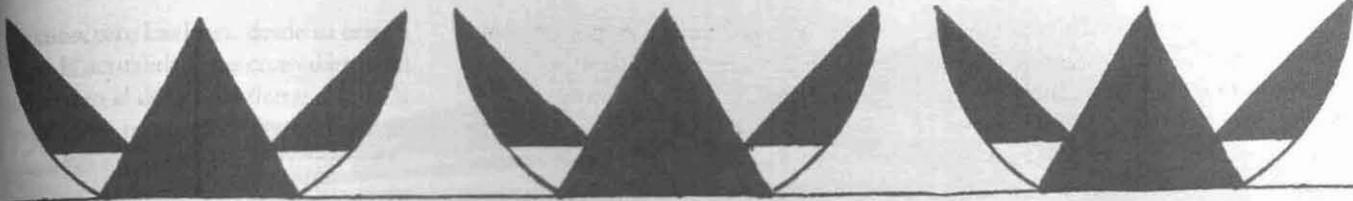
tierras y confinados dentro de los límites de las grandes haciendas, de cuya buena voluntad dependía la existencia de ellos.

Al estallar la revolución en 1910, no fue precisamente una revolución social. Fue más bien una revolución política cuyos objetivos inmediatos fueron puramente políticos. Pero el descontento social era tal, que la chispa encendió a todo el país y el pueblo humilde se lanzó a la revolución en toda la República. Esto sucedió particularmente en los estados en que las poblaciones rurales vivían aún en comunidades. Puede decirse que fue la población de las comunidades la que se levantó en defensa de sus propios derechos. Fueron los pueblos que se lanzaron al movimiento revolucionario que triunfó en la revolución, los que se han conservado fieles al programa original de la misma revolución. Se puede, por supuesto, preguntar cuáles fueron los resultados de esta revolución. Es difícil, dada la situación actual de México, valorar el resultado final. La revolución sigue su curso y lleva trazas de continuar por

espacio de veinticinco años. Es posible que haya terminado la violencia de la revolución. Pero si es así, se debe a que ha logrado los medios de realizar sus grandes objetivos sin nueva violencia. Si los terratenientes de México, nativos y extranjeros, después de 19 años de luchas intermitentes desean al fin permitir que este amplio proceso social continúe su curso a través del cauce legal alcanzado, puede ser verdad que terminó la fase violenta. Pero es casi seguro que, al menos que sea esa la disposición de ánimo del antiguo dominante y todavía poderoso latifundista, habrá lugar para nuevas violencias y revoluciones en México. El hecho político fundamental en México es sencii-

mente

mente

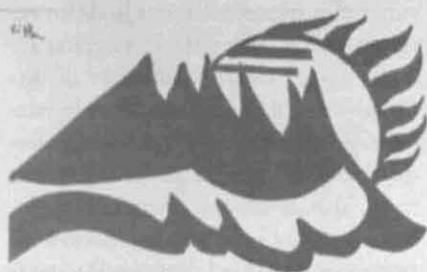


llamente éste: repartición de tierras para el pueblo. Repartición de tierras por medios pacíficos y legales o revolucionarios, si es preciso. No quiero decir que determinada persona en México se haya formulado los términos anteriores como un programa. Es solamente una articulación de lo que parecen ser las fuerzas en juego de la situación, fuerzas que hasta ahora ninguna persona o gobierno ha podido contener. Quizá sea posible guiarlas. No pueden ser detenidas. Las razones son múltiples y tal vez inútil mencionarlas en la discusión actual. Fundamentalmente y en resumen, el pueblo bajo, indio, ha logrado mayor grado de cohesión, de confianza en sí mismo y conciencia de sí mismo de la que haya alcanzado alguna vez en la historia de México. Ha querido siempre tierra. Siempre ha sido desechado en sus demandas. Mediante una combinación de razones demasiado difícil, quizás, de aclarar, ha descubierto, al fin, que puede pelear, y en caso dado derrotar gobiernos y ejércitos de gobiernos, que puede echar abajo y destrozarse a los traidores a su programa básico, y continuar haciéndolo hasta lograr su objetivo. La paz en México para la próxima generación equivale a la continuación del programa agrarista. Venga lo que venga, es ésta la realidad política de la situación. El primer hecho saliente del porvenir de México es el renacimiento político, económico y cultural del pueblo. Mientras que antes, la influencia dominante era la hacienda, en la actualidad y en un grado creciente, la influencia tiende a ser del pueblo mismo.

El pueblo ha ganado, al fin, la lucha en contra de la hacienda. Gana en po-

blación. En 1910 representaba 51.0% de la población rural: ahora representa 58.2%. Pero aún más que eso: ha ganado en fuerza política. Ha ganado en prestigio social, ha cambiado el espíritu de la comunidad rural. Su renacimiento como comunidad coincide con, y significa un, cambio del lugar que ocupan los indios en la actualidad y el que ocupaban hace diez años.

En vez de considerársele como una raza en decadencia, el indio, con sus rasgos distintivos de la cultura que representa, es considerado como la base de la cultura de México, como su pie-

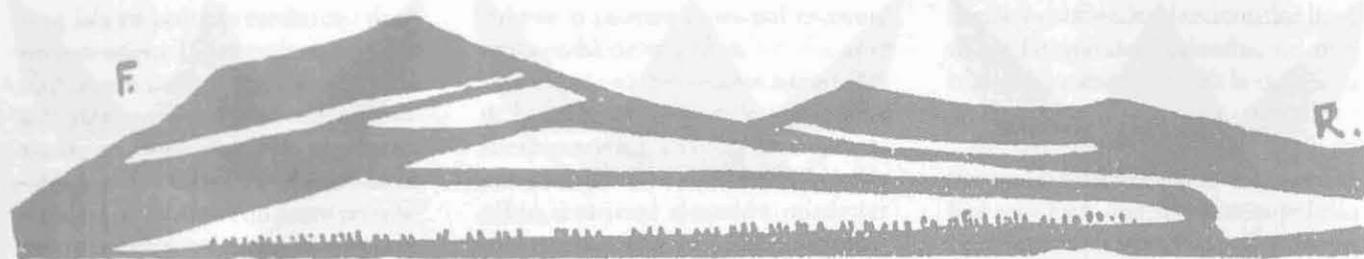


dra angular. Los intelectuales mexicanos, en vez de hablar de una raza agonizante y derrotada, hablan de una raza de bronce. Y esto, más que una simple afirmación romántica, está indicado, no sólo por la distribución de tierras a los pueblos, en su mayoría de indios, o por las organizaciones sociales que se han desarrollado entre las comunidades indias, sino más claramente por la fundación de escuelas entre ellas, por el hecho de enseñar y cantar canciones indias en las escuelas públicas y porque el renacimiento artístico se debe en gran parte a artistas, casi todos indios, quienes se identifican con ellos como parte del renacimiento racial de

México, cuando menos en su aspecto cultural.

Además de los hechos señalados anteriormente, conviene agregar que la revolución ha libertado, en realidad, a la mitad, aproximadamente, de la población rural en México, de los lazos que por razones prácticas equivalían a la esclavitud. Por vez primera, al menos en cientos de años, la población rural es libre en nuestro sentido de la palabra. Puede cambiar de lugar y cambia. El hecho de que aproximadamente una tercera parte de la población haya dejado la hacienda por el pueblo, es prueba elocuente de este hecho. Debe también hacerse notar que la población baja se libertó por sí misma más que por medios exteriores.

Cuando dejamos de considerar estos beneficios para fijar nuestra atención en otros más inmediatos y concretos, y preguntamos qué cantidad de tierra ha sido realmente distribuida, la respuesta es la siguiente: considerando los grandes estados de México, los de 12 mil acres, aproximadamente, encontramos que tenían un área total de 159 millones 106 mil hectáreas en 1923. Comparando con esta cifra el área total distribuida por el gobierno bajo la legislación agraria, o sea la que de acuerdo con la ley se apodera de tierras de propiedad particular por causa de utilidad pública y mediante compensación, encontramos que sólo 4 millones 044 mil 603 hectáreas han sido distribuidas hasta fines de 1927, o sea, aproximadamente 2.5 % de las grandes extensiones. Y si tomamos en cuenta el área total de la República, el porcentaje distribuido es de 2 % bajo el mismo sistema legislativo. No estamos toman-



do en cuenta las extensiones distribuidas por los estados de acuerdo con las legislaciones de los propios estados, ni las repartidas por el gobierno federal, que de acuerdo con su propia legislación, afecta sólo las tierras federales. Añadiendo a esta tierra distribuida el tanto por ciento de la superficie total de la República, concedida en uno u otro tipo de tierra, no sería mayor de 4 %. Si examinamos la clase de tierra repartida, habría diferencias en los diversos estados y en regiones diferentes de los mismos estados; nos encontraríamos con que los ejidos distribuidos bajo el sistema agrario se componen de 3.8 de tierra de riego, 29.1 de tierra de cultivo, 13.4 de montañoso, 53.1 de agostadero, e inclasificable 6 %. En otras palabras, parece, a juzgar por los datos disponibles, que, en general, las tierras repartidas por concepto de ejidos no figuran entre las mejores de propiedad particular. Se puede decir, en términos generales, que las mejores tierras de la República mexicana se encontraron y se encuentran aún dentro de los límites de las grandes haciendas. Esto es verdad aun en estados áridos como Chihuahua y Coahuila. En estos estados hay, en realidad, muy poca tierra de buena calidad en comparación con el área total del país, y esa poca se encuentra situada dentro de las grandes haciendas. Y parece verdad que no es indebida la participación de los pueblos en las mejores tierras, otorgada bajo la legislación ejidal.

Si consideramos brevemente la extensión de tierras quitadas a los extranjeros por la revolución, recogeremos datos interesantes. Según un cálculo moderado, la tierra poseída por extranjeros en México en 1923 alcanzaba una extensión de 32 millones 904 mil 056 hectáreas. De esta cifra la legislación agraria había tomado, hasta fines de 1927, sólo 226 mil 661, o sea menos de 1% de lo actualmente poseído por extranjeros. En concreto, sólo 0.7% ha sido definitivamente tomado de los extranjeros bajo la legislación agraria actual. La extensión tomada de los extranjeros, al amparo de dicha legislación, es infinitesimal. Considerada desde el punto de vista de la población rural, apenas 4% se ha beneficiado definitivamente con esta legislación. Si fuéramos a juzgar la revolución agraria en México sólo desde el punto de vista de la tierra realmente tomada y distribuida, lograríamos una explicación muy pobre de los desórdenes internos que significó el programa agrarista.

Existen, no obstante, otros muchos aspectos que conviene considerar. La significación de la revolución no consiste en la cantidad de tierra realmente distribuida. El hecho es que una situación institucional, social y legislativa, ha sido creada y que, a pesar de contrarrevoluciones y dificultades internas, la distribución de tierra iniciada después de que Obregón subió al poder, ha progresado, como es sabido. La significación de la situación radica en el hecho

de que existe el organismo y aparentemente la voluntad de continuar el procedimiento.

Debemos ahora considerar otro aspecto del programa de distribución de tierras, que es el que aparece en el fondo de los cambios que ocurren actualmente en México. Importa hacer notar que ha sido un programa realizado con sujeción a la ley. No fue confiscación. Desde muy al principio, con la primera ley de 6 de enero de 1915, existió la promesa de compensación al propietario de tierras de las que fue desposeído. Tal promesa de compensación ha sido repetida una y mil veces, en varias leyes diferentes. Se hicieron en repetidas ocasiones ofrecimientos a los propietarios, quienes se negaron a aceptar. Las razones de su negativa pudieron o no ser suficientes. El hecho es que el gobierno de México no intentó la expropiación de tierras sin reconocer sus obligaciones financieras, aun admitiendo su incapacidad para hacer frente a las obligaciones financieras. Aun Zapata, el más radical de los líderes agraristas y señalado como el peor de los bandidos mexicanos, admitió el derecho del terrateniente a solicitar, por la vía judicial, la correspondiente compensación a cambio de las tierras tomadas y de las que exhibiera títulos legales de propiedad. No sólo no hubo confiscación de tierras o parte de ellas, y no sólo fue legalmente reconocido el derecho del terrateniente a la compensación, sino que el derecho de la población rural a la tierra ha sido

circunscrito. Las leyes, desde su origen y en la actualidad, no concedieron ni conceden el derecho a tierras a toda la población rural. Excluyeron expresamente esa parte de la población rural, instalada en las haciendas. En otras palabras, el derecho a la tierra está limitado a los que viven en los pueblos. Además, de los que viven en haciendas, sólo ciertos individuos tienen derecho a la tierra. Estos individuos, por ejemplo, deben tener 18 años de edad. Tienen que ser agricultores. No deben poseer tierras propias, ni capital equivalente a quinientos dólares, ni ocupar puestos públicos, ni ser profesionistas o poseer cualquiera ocupación productiva de otra índole. Sólo a los no comprendidos en los casos anteriores concede la ley el derecho a tierras. Aparece claramente que esta concesión hecha a los pueblos se hace con el objeto de que las tierras sean cultivadas. La falta de cultivo puede causar una pérdida para la población y ser emprendida por otro agricultor que realmente se ocupe de ello. El favorecido no debe vender, ni arrendar o gravar en modo alguno sus tierras. Son para su uso, no para su venta. Pueden ser transmitidas de padre a hijo, pero sólo a condición de que el heredero las cultive. La extensión concedida, por término medio, en la República es, aproximadamente, de 9.2 hectáreas por persona favorecida.

Por la tierra tomada, el gobierno fija una base de compensación. Esta base está contenida en la Constitución y toma como punto de partida el valor de la tierra más un 10% por las mejoras realizadas desde la última valuación. En estas circunstancias se ha establecido una base de pago. Dificultades interiores, repetidas revoluciones y negativas de parte de los nativos y terratenientes extranjeros para aceptar los ofrecimientos del gobierno como hechos de

buena fe, han dado lugar a que se posponga la fecha de pago. Hasta ahora 809 reclamaciones, de las cuales 145 fueron presentadas por extranjeros, han sido recibidas por el gobierno mexicano. De estas 809 reclamaciones, han sido solucionadas hasta la fecha 117; de éstas 117, 21 eran extranjeras.



Más significativo que la tierra efectivamente tomada, es el hecho de que la revolución ha dado a un creciente número de mexicanos una participación en el mantenimiento de un gobierno permanente. Quiero decir que no sólo una gran parte del pueblo bajo, tanto del campo como de la ciudad, se ha organizado con el objeto de beneficiarse de hecho con la legislación obrera que aparece contenida en el artículo 123 de la Constitución mexicana, sino que un creciente número de individuos en México ha asegurado una posición en el país como resultado de la revolución. Hacia fines de 1927 había aproximadamente medio millón de hombres —que se habían beneficiado con la legislación federal agraria—, expuestos a

perder por causa del fracaso del programa revolucionario. Es aquí en donde debe buscarse la promesa de paz de México. En proporción creciente los mexicanos están buscando un interés económico de estabilidad. En proporción creciente los mexicanos están asegurando una posición en la que una revolución significa pérdida o peligro de pérdida. Desde este punto de vista, el actual gobierno mexicano no sólo descansa sobre bases más firmes que antes, sino que es más democrático, como resultado de la revolución, que nunca antes de la conquista española. \*



## Ingeniero José Manuel Covarrubias Tesorero de la UNAM

La UNAM, la ingeniería y la música han ocupado gran parte de mi vida. De no haber sido ingeniero civil hubiera tratado de ser pianista profesional, pues desde muy joven la música se convirtió en una pasión para mí. En 1949, cuando tuve que elegir carrera, esas eran mis dos opciones. Al final mi habilidad para las matemáticas y la física se impuso y fui a dar al maravilloso Palacio de Minería. Recuerdo todavía con emoción la tremenda bienvenida que se acostumbraba dar a los alumnos de primer ingreso, la famosa novatada o "perrada" como se le decía en ese entonces. Te cortaban el pelo de tal forma que luego tenías que raparte, te desnudaban y te ponían a correr dentro de la alberca vacía que había en uno de los patios, después te llenaban de chapopote, te pegaban plumas de gallina y te obligaban a salir corriendo por las calles aledañas a la escuela. Era un ritual muy humillante, pero servía, de manera simbólica, para hacerle sentir al joven recién llegado que debía pagar un precio por estar en una institución con tanta historia como la Universidad Nacional.

La Escuela Nacional de Ingeniería tendría entonces alrededor de 2 mil quinientos alumnos y la universidad en su totalidad quizá no rebasaba los 25 mil estudiantes. Eran otras dimensiones y eso permitía otro tipo de convivencia. El hecho de que el Palacio de Minería fuera un recinto cerrado le daba a la escuela un ambiente más cercano al de un claustro y permitía un mayor acercamiento entre las diferentes generaciones de estudiantes y entre alumnos y profesores. Además, el hecho de estar en el centro de la ciu-

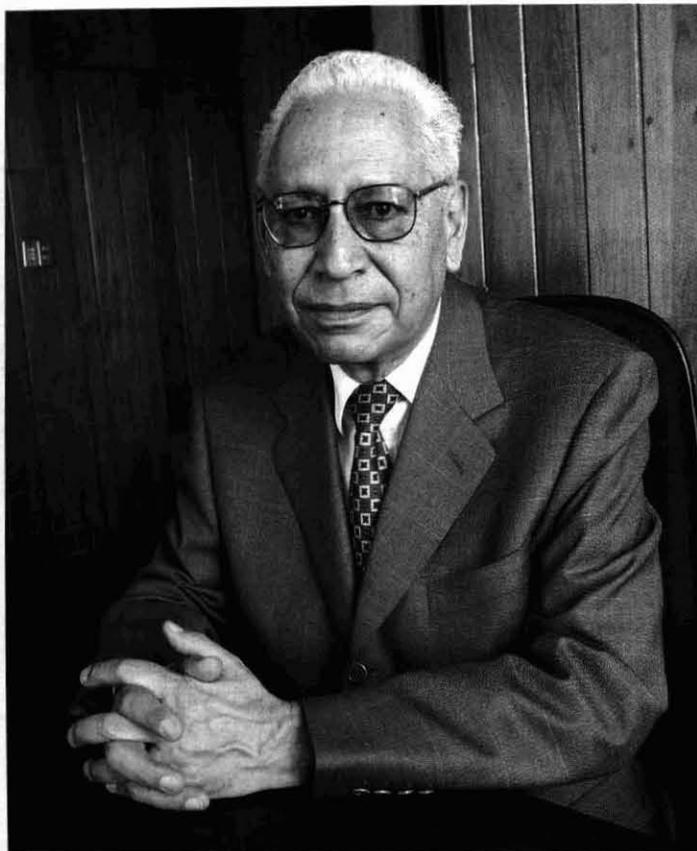


Foto: A. Estrada

dad me permitía escaparme al Palacio de Bellas Artes para escuchar música. Recuerdo que un día no tuve una clase y junto con algunos compañeros me fui a Bellas Artes y tuvimos la enorme fortuna de colarnos a un ensayo de María Callas. Esas eran las ventajas de estudiar en el centro de la ciudad.

En los últimos años de la carrera me inicié en el plano profesional como ayudante de ingeniero en la construcción de Ciudad Universitaria. Me recibí en 1953 y en 1954 se inauguraron los cursos en las nuevas instalaciones. La nueva sede transformó totalmente la vida universitaria. Al pasar de una

universidad dispersa a una universidad concentrada la posibilidad del estallido de conflictos creció. En los poco más de cincuenta años que llevo ligado a la UNAM la he visto salir adelante de muchas crisis; sin embargo, hoy necesita de un tipo de ingeniería distinta a la que yo estudié en el Palacio de Minería, me refiero a la ingeniería política. Su futuro depende en gran medida de la capacidad de sus miembros para generar los consensos básicos que le permitan reformarse. De no lograrlos las tensiones internas irán en aumento y su presencia en la sociedad tenderá a debilitarse. \*



LA FOTO • Marco Antonio Cruz

## ¿Renunciamos a la Ilustración?

El número de abril de la nueva época de la revista *Universidad de México* aborda un tema fundamental para nuestro tiempo: el de la proliferación de disposiciones religiosas y el incremento de las tendencias a creer en magias o fuerzas misteriosas; a buscar la solución de los problemas en energías o poderes superiores.

Aunque en los últimos años, en la UNAM se han organizado algunos coloquios sobre historia, sociología y teoría de las religiones, el debate sobre lo que actualmente significa la emergencia de las múltiples religiosidades había sido poco tratado. Por consiguiente, creo que debemos felicitar y agradecerle al equipo de la revista de la universidad abrir este tema a la discusión.

Los dos primeros artículos de la revista nos permiten caracterizar al “religioso posmoderno”. El artículo del sociólogo italiano, Arnaldo Nesti, “Lo religioso hoy. Arquitectura de un laberinto”, a pesar de ser esquemático, de buscar definiciones (o sea, delimitaciones) y de reducir la materia a un conjunto de clasificaciones simplificadoras, destaca cinco aspectos particulares de “las características de la sensibilidad religiosa contemporánea” que nos son útiles: la toma de conciencia del multiculturalismo; el deseo de avivar las capacidades sensibles; la pretensión de sumergirse en la experiencia mística; la búsqueda de vincularse con lo sagrado; el intento de reintegrarse armónicamente a la naturaleza; la incertidumbre y la indiferencia o la creencia en que cualquier cosa que se diga es irrelevante. Estos aspectos, frente a cualquier tradición religiosa, no presentan novedades, más bien regresiones a formas premodernas, excepto porque hoy se puede saltar de una religión a otra sin mayores consecuencias.

El otro artículo, el del sociólogo y cineasta Sergio Schmucler, aborda la religión del *New Age*. Según Schmucler, la década de los sesenta, década de su

aparición, puede tomarse como parteaguas. De entonces acá han resurgido o se han inventado todo tipo de religiones hasta alcanzar su predominio actual, visible tanto en las pequeñas comunidades geográficamente aisladas, como en el brío fundamentalista con el que el imperio estadounidense persigue y ataca a los herejes. Schmucler coincide con Nesti en que las actitudes religiosas y la fascinación por la magia, por lo oculto, lo secreto y lo milagroso son propias de la época posmoderna, pero él añade que acompañan la globalización de los intercambios registrada en las últimas décadas. Schmucler dice que el *New Age* se corresponde con el neoliberalismo y que ambos contribuyen a conservar una sociedad dominada por el mercado “que tiene en la concepción científico-tecnocrática la matriz de sus certezas y sus valores”, que promete armonía y bienestar, o sea, que promete el mismo paraíso que han ofrecido siempre las religiones y —en los siglos pasados— las ideologías fincadas en la idea del progreso.

Según Schmucler, la razón de la búsqueda y el deseo de los sujetos de aceptar tales creencias y prácticas es: “el tremendo desasosiego que provocan los vigorosos sentidos imperantes”, y, más que nada, la uniformidad que impone la cultura imperial. Más que tremendo desasosiego, yo diría el miedo que genera la ausencia o la pérdida de la individualidad a las que condujo el autoritarismo en el siglo pasado; tanto el autoritarismo de los grandes paradigmas y su fe en la ciencia y el progreso, como el autoritarismo de los regímenes fascistas y comunistas, de las dictaduras latinoamericanas y el que está inmerso en las grandes religiones monoteístas. Hoy es evidente el autoritarismo de los consumistas, esos religiosos posmodernos que siguen ciegamente la moda o las reglas impuestas por las trasnacionales al mercado, desde el uso de celulares hasta el em-

pleo de todo tipo de sustancias mágicas para la belleza, la curación o la suerte, pasando —como lo afirma Sergio Schmucler— por la afiliación a alguna secta o religión que no están fuera del mercado. Véanse los tianguis de esoterismo como, por ejemplo, el de Tepoztlán, en Morelos.

Con base en estos dos artículos y de cara a una posible reforma universitaria, me pregunto si la presión social y cultural por abandonar las formas racionales de pensamiento, si la pérdida de la autonomía y la conciencia individuales, si la sustitución del autoritarismo visible por el autoritarismo persuasivo de la propaganda, están afectando las tareas universitarias que finalmente se fincan en valores liberales e ilustrados. Es evidente que los principios estéticos, humanistas y científicos que sustentan a la UNAM son incompatibles con las actitudes religiosas, pues el punto de partida del conocimiento de la realidad física, humana y social es la duda y no la fe. Son la crítica y la reflexión y no los dogmas y los principios absolutos los que permiten el desarrollo de la investigación y la docencia. La curiosidad, la imaginación, la invención y la creación requieren libertades y no preceptos. Son las religiones las que descansan en verdades eternas y sólo los religiosos se pueden dar el lujo de ver con indiferencia lo que ocurre en el mundo para apartarse de él, para refugiarse en sí mismo o buscar “su espiritualidad”.

La lenta y difícil conquista del laicismo de las instituciones culturales, educativas y de investigación, ocurrida en México en el siglo XIX, es decir, su separación de toda influencia eclesiástica o religiosa, está hoy amenazada, particularmente en la UNAM; pero no porque pueda apropiarse de ella alguna iglesia o corporación religiosa, sino porque deje de poner en el centro de sus estudios los problemas humanos y sociales más apremiantes y se abandone en lo secundario y porque entre sus

miembros la actitud crítica ceda su lugar a la fe y sean fascinantes los oscuros artificios y los juegos con el misterio. Lo que dice sobre la literatura la crítica francesa Pascale Casanova en la entrevista que le hace Roberto Frías en este mismo número podría ser extensivo a todos los ámbitos universitarios: "No se puede hacer literatura sin crítica. Ahora, pienso que es una época dramática porque no hay crítica, no hay verdadera crítica, y es una de las razones por las que hacer verdadera literatura es muy difícil. No hay verdaderos jueces."

Creo que en esta universidad prevalecen muchas actitudes religiosas que

proceden de la época colonial. La autocomplacencia y la facilidad con la que se elogia y se alaba —pruebas palpables de la ausencia de crítica— recuerdan al México único y maravilloso que inventaron los criollos novohispanos en un acto mágico de ocultamiento de la realidad. En el texto y las ilustraciones que nos ofrece Rosario Granados sobre san Miguel Arcángel, una pintura barroca de 1750, y en los exvotos de Alfredo Vilchis, se constata cómo en México la fascinación por la magia y el milagro son profusos y cómo sigue vigente la fascinación por el México colonial que estuvo al servicio de una teología medieval y orientó a sus fieles

a ese mundo del milagro y la magia, mientras la intocada oligarquía criolla abusaba, despojaba y explotaba a sus anchas.

Otras muchas actitudes religiosas o de procedencia religiosa se observan en la UNAM y habría que analizarlas una a una: el rumor, el silencio, la mentira, la complicidad, el disimulo y la simulación; el miedo a los conflictos y, al mismo tiempo, el cultivo del maniqueísmo; la pasividad, la actitud contemplativa o el entusiasmo por los detalles, lo trivial o insustancial, claramente perceptible en la "investigacionitis" que margina los problemas centrales...

Marialba Pastor

Número 613-614 julio-agosto

# REVISTA UNIVERSIDAD DE MÉXICO 30-38

Primeros pasos

REVISTA UNIVERSIDAD DE MÉXICO  
PRIMEROS PASOS  
1930-1938

José Vasconcelos  
Salvador Toscano  
Genaro Estrada  
Justino Fernández

Alfonso Reyes  
José Gorostiza  
Carlos Pellicer  
León Felipe  
Rafael Alberti

Escúchenos en Radio Universidad  
el segundo miércoles de cada mes,  
de 7 a 8 de la noche,  
en el programa DESLINDE,  
con Carlos Garza Falla.

SUSCRÍBETE EN JUNIO DE 2002 Y  
RECIBE GRATIS, JUNTO CON TU SUSCRIPCIÓN,  
TODOS LOS NÚMEROS DE 2000 Y 2001.

SUSCRIPCIONES: 56 16 24 22

LA REPÚBLICA

Platón

*La República* es, sin duda, la culminación del pensamiento platónico. En esta obra el autor plasma su concepción del Estado como remate y perfección de la existencia humana, al tiempo que dentro de la gran riqueza temática de la obra, el tema pedagógico domina con tal intensidad que *La República* ha sido llamada el más hermoso escrito de educación con que cuenta la humanidad.



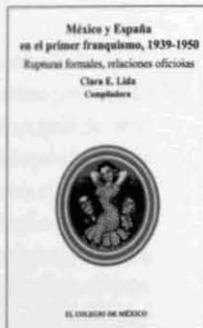
Colección Bibliotheca  
Scriptorium Graecorum  
Et Romanorum Mexicana  
UNAM  
\$196.00 m.n. 534 pp

De venta en las mejores librerías de la ciudad

CASA DE LAS  
HUMANIDADES  
UNAM



El Colegio de México



MÉXICO Y ESPAÑA  
EN EL PRIMER  
FRANQUISMO,  
1939-1950.  
Rupturas formales,  
relaciones oficiosas

Clara E. Lida  
(compiladora)

Primera edición, 2001  
Precio: \$ 180.00

AFGANISTÁN.  
La revolución  
islámica  
frente al mundo  
occidental

Roberto J. Blancarte

Jornadas 137  
Primera edición, 2001  
Precio: \$ 124.00



SECRETOS  
DEL OESTE  
Avatares de  
Investigación  
novelística

María Águeda

Coeditado por  
la UNAM y el Consejo  
Primera edición, 2001  
Precio: \$ 160.00

El Colegio de México, A. C., Dirección de Publicaciones, Camino al Ajusco 20  
Pedregal de Santa Teresa, 10740 México, D. F. Para mayores informes:  
Tel. 5449 3000, exts. 3090, 3138 y 3295. Fax: 5449 3083.  
Correo electrónico: publi@colmex.mx http://www.colmex.mx

caja  
negra



junio 2002  
diana domingues  
proyecto interactivo

Espacio dedicado a la exhibición de arte electrónico,  
interdisciplinario y experimental, entre lo que destaca:  
video, instalación electrónica, robótica, arte digital  
y sistemas interactivos.

Circuito interior, costado sur Torre de Rectoría,  
Ciudad Universitaria, 04510, México, D.F.

Tels.: 5622 0273 y 5622 0305

LA UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

LA ESCUELA NACIONAL DE ARTES PLÁSTICAS Y  
LA ESCUELA ANDRÉS SOLER-ANDA INVITAN A LA  
SEMANA DE LA COMUNICACIÓN VISUAL



- Simbología y Diseño en Soportes Tridimensionales
- Audiovisual y Multimedia
- Ilustración
- Diseño Editorial
- Fotografía
- Artes Visuales

Tema principal: La Libertad de Expresión  
Del 8 al 12 de julio

Presentación de la Multimedia Escénica



11 y 12 de julio (horario por confirmar)  
Auditorio Francisco Goitia  
Dentro de la Semana de la Comunicación Visual "D-generación 2"

Av. Constitución núm. 600 (esq. Antiguo Camino a Santiago),  
col. Barrio la Concha, Xochimilco, México, D.F.  
Entrada Libre



MUCA C.U.

**EL INSTITUTO NACIONAL DE ESTUDIOS  
HISTÓRICOS DE LA REVOLUCIÓN MEXICANA**

**Invita al foro:**

**ZARO CÁRDENAS: MODELO Y LEGADO**

19 y 20 de junio

como al homenaje a Friedrich Katz en su 75 aniversario



**El cardenismo sobre la mesa  
más de veinte prestigiados académicos debaten**

Plaza del Carmen 27, Col. San Ángel.  
Del. Álvaro Obregón  
Tels. 5616 3808, 5616 3809



Instituto  
Mora

**NOVEDADES  
EDITORIALES**

Laura Beatriz Suárez de la Torre (coordinación general)  
Miguel Ángel Castro (edición)  
**Empresa y cultura en tinta y papel (1800-1860)**  
Instituto Mora / UNAM

Virginia Guedea (coordinadora)  
**La independencia de México y el proceso autonomista novohispano 1808-1824**  
Instituto Mora / UNAM

Ernest Sánchez Santiró, Luis Jáuregui, Antonio Ibarra (coordinadores)  
**Finanzas y política en el mundo iberoamericano.  
Del antiguo régimen a las naciones independientes**  
UAEM / Instituto Mora / UNAM

Thelma Camacho Morfin  
**Imágenes de México.**  
**Las historietas de El Buen Tono de Juan B. Urrutia 1909-1912**  
Instituto Mora

Laura Solares Robles, Laura Suárez de la Torre (selección y presentación)  
**Entre la lejanía y la incertidumbre. Correspondencia  
de José María Luis Mora en torno a la guerra con los Estados Unidos**  
Instituto Mora

Graziella Altamirano, María Eugenia Arias, María del Carmen Collado,  
César Navarro, Guadalupe Villa (selección)  
**Vida social y cotidiana en la historia regional de México**  
Instituto Mora

[www.institutomora.edu.mx](http://www.institutomora.edu.mx)

Un experimento educativo:

**Escuela Práctica Minera de Fresnillo (1851-1860)**  
Guillermo Flores Clair

**El sincretismo a prueba. La matriz religiosa  
de los grupos indígenas en Mesoamérica**  
Saul Millán

**Una nueva aplicación de la lingüística: la  
logogenia**  
Liliana Radelli

**La modalidad como instrumento para el  
análisis del discurso**  
Josefina García Fajardo



**SEÑAS**  
**Estilo diplomático en el Cono Sur**  
Liliana Dutrenit Bielous y  
Guadalupe Rodríguez de Ita  
(coords.)

**DEBATE**  
**En sus propias palabras. Reflexiones para  
la desconstrucción de la arqueología  
social latinoamericana**  
Fernando López Aguilar

**Persistencia histórico-cultural.**  
**San Miguel Tollimán**  
Liliana Castillo Escalona

**Nodos y nudos. La suspendida historia del  
"marxismo" en la arqueología mexicana**  
Ignacio Rodríguez García

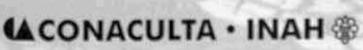
**LA VENTA EN:**  
Librería Francisco Javier Clavijero  
Avenida 43, col. Roma  
Tel. 5614 0420

Librería del Aeropuerto Internacional Benito Juárez,  
Sala A, local 11, Llegadas nacionales  
Tel. 5571 0267

Tienda del Templo Mayor,  
Guatemala 60, col. Centro  
Tel. 5542 4795

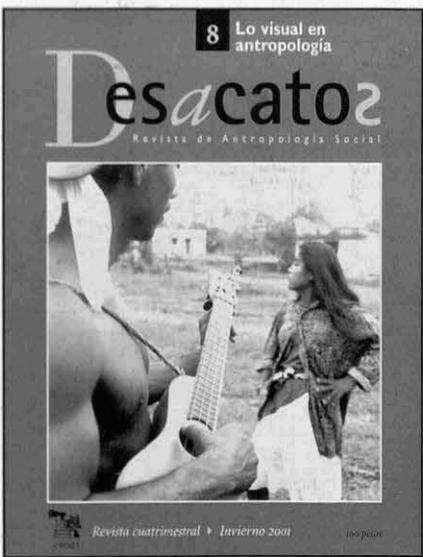
Librería del Museo Nacional de Antropología  
y de la Reforma y Gandhi, col. Polanco  
Tel. 5553 3834 / 5211 0754

Librería del Museo Nacional de Historia  
Castillo del Bosque de Chapultepec, col. Polanco



**Centro de Investigaciones y Estudios Superiores  
en Antropología Social**

Revista de Antropología Social



**8** Lo visual en antropología

**Desacatos**  
Revista de Antropología Social

Revista cuatrimestral • Invierno 2007

**Librería  
Guillermo Bonfil Batalla**

Casa Chata  
Hidalgo y Matamoros s/n  
Tlalpan, 14000  
5655 0158  
ventas@juarez.ciesas.edu.mx





COORDINACIÓN  
DE HUMANIDADES



9 770185 133008

\$35,00 ISSN 0185-1330